

CUARTA PARTE

BUENA CONDUCTA

CAPÍTULO XVIII

CONTROL DE LA MENTE

Las seis reglas de conducta que se requieren especialmente, el Maestro las expone como sigue:

- 1.— *Dominio de la mente.*
- 2.— *Dominio de la acción.*
- 3.— *Tolerancia.*
- 4.— *Alegría.*
- 5.— *Aspiración única.*
- 6.— *Confianza.*

(Sé que algunas de estas cualidades se traducen a menudo de modo diferente, como ocurre con los nombres de las Cualificaciones; pero en todos los casos utilizo los nombres que el Maestro Mismo empleó al explicármelas.)

A.B.— Como dice Alcyone, las traducciones que el Maestro da para estas cualidades son un tanto diferentes de aquellas a las que estamos acostumbrados. Las tres primeras no

difieren de las traducciones que hemos venido utilizando durante muchos años, pero las tres últimas son algo distintas, aunque su significado, desde luego, es el mismo. El tercero de estos puntos de buena conducta lo he traducido con el nombre de 'tolerancia', que es el que el Maestro utiliza aquí, pero sé que a muchas personas no les parece apropiado. El término sánscrito es *uparati*, que significa literalmente 'cesación'. Tomamos la palabra cesación en el sentido de no continuar con la crítica y el descontento; y el lado positivo de esta virtud es, por lo tanto, tolerancia.

La cuarta, *titiksha*, la he traducido siempre como paciencia; evidentemente, la idea de alegría es la misma, ya que una persona que tiene paciencia es necesariamente alegre. Aquí, el Maestro, que es —permítaseme esta palabra— risueño, se sirve de una expresión que enfatiza este aspecto de dicha cualidad, y es conveniente que todos meditemos sobre este punto. Después aparece la aspiración única, que en sánscrito está expresada como *samadhana*, que yo he traducido como equilibrio y aquí observamos que la idea es también la misma, ya que una persona con una unidad de propósito tiene equilibrio, y viceversa. Por último viene *shraddha*, que he traducido siempre por confianza, y de nuevo aparece invariable el significado, porque siempre he definido la confianza como la total creencia en el Dios interno y en el Maestro. Es muy conveniente observar bien las diferencias lo mismo que las semejanzas, porque esto nos ayudará a penetrar mejor el significado de los términos.

Dominio de la mente. La cualidad de Carencia de deseos nos indica que el cuerpo astral debe ser dominado; también indica lo mismo por lo que respecta al cuerpo mental. Significa dominio del temperamento, a fin de que no sintáis cólera o impaciencia; dominio de la mente, para que los

pensamientos sean siempre serenos y tranquilos; y (a través de la mente) dominio de los nervios para que estén lo menos alterados posible.

C.W.L.— Dominar el temperamento es precisamente una de las cosas más difíciles, porque estamos realizando el experimento de superarnos en la evolución (lo cual significa el refinamiento de nuestros vehículos para que sean cada vez más sensitivos), mientras, al mismo tiempo, seguimos en la vida mundana. Nuestra victoria será mucho más amplia precisamente a causa de estas dificultades, el vencimiento de las cuales evidenciará que hemos progresado más en la fuerza de voluntad que el monje o el ermitaño.

A veces, el hombre tiene éxito al desarraigar los sentimientos de ira, pero, a pesar de esto le resulta difícil dominar totalmente los vehículos externos; todavía puede subsistir un sentimiento de impaciencia cuando la fuerza que lo originaba ha desaparecido por completo. Esto no es tan malo como tener el sentimiento y no demostrarlo; pero hemos de librarlos incluso de eso, porque si no lo hacemos proyectaremos ante los demás una impresión equivocada. Observando clarivamente el cuerpo astral de un hombre de tipo corriente, se advierte que todo ese cuerpo no es más que una masa giratoria que en lugar de tener colores y estrías definidas circulando en la forma adecuada, tiene en su superficie cincuenta o sesenta pequeños vórtices o torbellinos en violenta agitación, cada uno de los cuales, por la velocidad de su movimiento, forma un grueso nudo parecido a una verruga. Si se examinan esos vórtices, se advierte que todos ellos se formaron como consecuencia del estallido de las pasiones, o de las pequeñas zozobras, sentimientos ofensivos, celos envidias e incluso quizá de odios sufridos por el hombre durante las últimas cuarenta y ocho horas. Los vórtices mayores que

se perpetúan durante más tiempo, se forman cuando el hombre renueva varias veces el mismo pensamiento con relación a la misma persona.

Mientras un hombre permanece en ese estado le resulta totalmente imposible pensar con la claridad y la precisión que podría conseguir en otras condiciones; si quiere pensar o escribir sobre cualquier tema, sus ideas tienden a estar teñidas o desfiguradas por esos vórtices, aunque él se haya olvidado ya de los sentimientos que los formaron. El hombre olvida sus sentimientos de disgusto, sin apercibirse de que los efectos todavía permanecen en él; hay muchas personas que mantienen siempre, más o menos nítidamente, el mismo número de vórtices.

Los prejuicios aparecen muy claros ante la clarividencia astral o mental. La materia del cuerpo mental debe tener una circulación rápida; no en todo él, pero sí en determinadas áreas o zonas. Generalizando, la materia tiende a situarse según su densidad, de tal modo que la más tosca, aunque hasta cierto punto se deslice por todo el cuerpo, tiende a gravitar hacia la parte más inferior del ovoide, por lo que la gente en la que predominan los sentimientos y los pensamientos egoístas parecen un huevo que descansa sobre el extremo más ancho, mientras que aquellos que son notoriamente altruistas, o que han logrado un desarrollo oculto, parecen huevos colocados en su extremo más estrecho. En el cuerpo mental hay cuatro zonas o sectores, de igual manera que en el cerebro hay departamentos a los cuales corresponden determinados tipos de pensamientos.

Imaginemos un hombre intransigente en materia religiosa. La materia mental, en lugar de fluir con libertad en su departamento correspondiente, va acumulándose hasta formar un amasijo y empieza a superponerse y a echarse a perder. Como sea que sus pensamientos en cuestiones reli-

giosas tiene que pasar por la división correspondiente del cuerpo mental, nunca pueden ser acordes con la verdad, porque sus vibraciones se ven afectadas por lo que literalmente constituye una verdadera enfermedad que se ha generado allí. Sus conceptos propenden al prejuicio hasta que se someta a curación mediante un deliberado control y purificación de la mente. Sólo entonces podrá aprender a pensar en verdad, es decir, a ver las cosas tal como las ve la Divinidad, que conoce absolutamente la totalidad de Su sistema tal como es exactamente.

Los prejuicios no son necesariamente contra las personas o contra las cosas; en algunos casos pueden ser a favor. Incluso así, hay en ellos una falta de verdad y se manifiestan igualmente como corrupción del aura. Uno de los casos más corrientes es el de la madre que no puede admitir que, desde el principio del mundo, haya habido un niño como el suyo. Otro ejemplo, es el del artista que es incapaz de encontrar nada bueno en ninguna escuela que no sea la suya.

Todo esto, desde el punto de vista de la fuerza psíquica, es como una llaga por la cual se derrama la fuerza de voluntad incesantemente. Esas son las condiciones del hombre común y corriente; pero cuando se trata de un hombre de temperamento belicoso el caso es peor todavía: toda su persona es una llaga carente de fuerza, porque la derrama toda. Si queremos conservar nuestras energías y realizar un buen trabajo con ellas, como debe ser si queremos llegar a ser ocultistas, lo primero que hay que hacer es vigilar todas esas vías de desperdicio. Supongamos que deseamos sofocar un incendio; tenemos que contar con una toma de agua. Hay que bombearla a alta presión y no debe existir en absoluto ningún derrame de agua por los cilindros o tuberías. Tratándose de nosotros, esto significa serenidad y dominio mental.

Parece ser que el hombre de tipo medio tiene muy poca o ninguna voluntad; cuando se le presenta una dificultad, se deja agobiar por ella y se lamenta y se queja en lugar de dirigir su voluntad para dominar el inconveniente que se le presenta. Son dos las razones que determinan esa debilidad. El grado de poder que se manifiesta en cada hombre varía según la realización de su verdadero Ego —según el grado en que el Ego Único, la Deidad— se manifiesta desarrollado en él. En esencia, todos somos de igual fuerza, pero los hombres difieren unos de otros según el grado en que manifiestan en sí la Fuerza Divina. El hombre común y corriente no ha desarrollado mucho esa manifestación, y si algo ha hecho en ese sentido, lo está desperdiciando.

Muchos de nosotros deberíamos comprender más plenamente la presencia del Maestro y deberíamos hacer llegar otras diversas buenas influencias desde los planos superiores hasta el cerebro físico. Esas influencias tienen que descender a través de los distintos vehículos; tienen que reflejarse de uno a otro. Examinemos el reflejo de un grupo de árboles sobre la superficie de un lago o de un río. Si la superficie está en calma obtendremos una reproducción perfecta y podremos ver las hojas con toda claridad; pero la más mínima agitación del agua altera por completo la imagen reflejada. Si hay una tempestad, la imagen se destruye por completo. Esto es exactamente cierto respecto a los cuerpos astral y mental. Tenemos que conservarlos en calma y serenidad para poder recibir mediante su conducto las influencias superiores. Con frecuencia se pregunta: ¿Por qué no recordamos todo lo que hacemos durante el sueño? Esta es una de las razones: porque nuestros vehículos no están lo suficientemente quietados. Puede que alguna que otra vez se encuentren suficientemente calmados para transmitirnos algo, pero incluso así, la impresión es por lo general muy confusa, porque el conducto no es perfectamente claro. Es como ver algo a través de

un vidrio de mala calidad, en lugar de utilizar un cristal fino: todas las proporciones se perciben completamente alteradas.

Cuando hayamos conseguido mantenernos en calma, podremos trabajar en medio de perturbaciones y molestias, pero, por supuesto, es necesario un gran esfuerzo para mantener los cuerpos en calma en semejantes condiciones. Es un esfuerzo de tal naturaleza, que no todos pueden soportarlo; pero la fuerza se irá adquiriendo paulatinamente.

El ocultista, mediante el auto-control, aprende a trabajar simultáneamente en dos planos, es decir, aprende a estar parcialmente fuera de su cuerpo físico al mismo tiempo que está trabajando en ese plano, de tal manera, que mientras está escribiendo o hablando, puede estar haciendo otras cosas con su cuerpo astral. He oído decir, por ejemplo, que al estar dando alguna conferencia, algunas personas del auditorio han observado entidades astrales que suben a la plataforma para hablar conmigo. Esto ha sido visto correctamente; con frecuencia esas entidades suben a hacerme preguntas o a sugerirme que haga algo, mientras la conferencia sigue su curso. Esto es solamente un pequeño ejemplo que ahora me ocurre, pero con frecuencia hay casos de trabajos mucho más serios que hay que hacer en los cuales el ocultista usa su conciencia en esa forma complicada.

Esta doble concentración también se pone en práctica con frecuencia en la vida ordinaria. Hay señoras que mientras están conversando pueden hacer labores de ganchillo o media, porque el hacer esto ha llegado a ser para ellas una actividad mecánica. En algún tiempo tuve muchos negocios con los grandes bancos de Londres y allí pude observar a hombres acostumbrados a sumar rápida y correctamente largas columnas de números, a la vez que tarareaban alguna tonadilla para entretenimiento de sus compañeros de trabajo.

Debo confesar que esto, a mí, me resultaría completamente imposible; pero lo he presenciado muchas veces.

A.B.— En la sección sobre la carencia de deseos, el Maestro ya trató del dominio del cuerpo astral y de las numerosas formas del deseo, y en la lección del discernimiento habló mucho sobre la verdad que implica la purificación del cuerpo mental. Ahora vuelve a tratar del dominio de la mente y de las emociones; una emoción es una combinación de pensamiento y de deseo. Las emociones son deseos penetrados por el elemento del pensamiento. En otras palabras, la emoción es deseo mezclado con pensamiento. Cuando el Maestro habla aquí del control del temperamento se refiere a la emoción, porque la impaciencia y los sentimientos similares proceden del cuerpo de deseos y parte del cuerpo mental. El que aspira a ser ocultista no debe dejarse arrastrar por su temperamento, porque mientras no logre controlarlo de tal manera que las emociones no lo trastornen, no estará en condiciones de ver las cosas con precisión y claridad. Las vibraciones emocionales originarán la correspondiente excitación en la materia mental, y todos los pensamientos del hombre quedarán trastornados y perturbados, lo cual no le permitirá ver las cosas correctamente.

El Maestro añade que el pensamiento tiene que estar en calma y sin alteración; esto es necesario, porque sólo en esas condiciones las influencias pueden descender a la mente inferior desde la superior. Creo que es en *El Mundo Oculto* donde el señor Sinnett cita una carta del mismo Maestro en la que le indica que si desea escribir en forma útil, debe mantener la mente en calma para que los pensamientos de la mente superior puedan reflejarse en ella, como las montañas en un lago tranquilo.

Es una idea muy buena. Cuando queráis escribir una carta sobre algún tema serio —sobre Teosofía, por ejemplo— o

concebir un artículo, sentaros quietamente durante unos minutos; sosegaros antes de comenzar a trabajar. No es una pérdida de tiempo porque al empezar a trabajar os daréis cuenta de que vuestro pensamiento fluye con calma y sin esfuerzo, y no tendréis que hacer una pausa a la mitad del trabajo para reflexionar sobre la forma de seguir adelante. Eso será así porque la mente superior se estará reflejando en el espejo de la mente inferior. Esta práctica es importante, especialmente para aquellos que no pueden abstraerse a las cosas del exterior a voluntad.

Para practicar la concentración puede hacerse uso de las perturbaciones exteriores. Cuando yo era niña me hacían estudiar las lecciones en una habitación donde otros niños recibían clases diferentes, y así fue como adquirí la capacidad de concentrarme en mi tarea mientras a mi alrededor se realizaban actividades diferentes. A consecuencia de ello ahora tengo el poder de trabajar sin sufrir perturbaciones por lo que está sucediendo a mi alrededor, aunque debo confesar que me resulta difícil hacer cálculos en esas circunstancias. Siempre he sentido gratitud hacia mi profesora, la señorita Marryat por esto. Este poder se adquiere con la práctica y es de gran utilidad en muchas formas. Por ejemplo, descubrí que también podía usarlo estando parcialmente fuera de mi cuerpo, como cuando escribí una de las vidas de Alcyone.

En el hogar hindú esta cualidad adquiere desarrollo como una consecuencia natural, porque se acostumbra a hacer diferentes cosas en la misma habitación donde, por lo general, corretean los niños y donde tiene lugar muchos pequeños acontecimientos. En la escuela del pueblo y también en el hogar se enseña a un grupo de niños cosas diferentes al mismo tiempo, todo en voz alta y a cada cual una materia distinta, estando el maestro pendiente de todos ellos para corregir los errores que vayan cometiendo. No quiero decir que éste sea el método ideal de enseñanza; pero los niños

aprenden a concentrarse, cosa que después les será de gran utilidad.

Si podéis adquirir ese poder de concentración, mucho mejor y, por consiguiente, si os veis en la necesidad de vivir entre el ruido, no lo lamentéis; antes bien, aprovechadlo. Ese es el camino que sigue el estudiante de ocultismo. Menciono esto en especial porque con esas medidas es como se forman los ocultistas. Aprender a trabajar en condiciones difíciles significa progreso y esta es una de las razones por las que algunos han conseguido progresar y otros no tanto. Por lo que a mí se refiere, siempre he tratado de recibir todas las cosas tal como vienen, en lugar de entregarme a lamentaciones. De ese modo se aprovechan todas las oportunidades.

Esto último es difícil, porque cuando tratáis de prepararos para el Sendero, no podéis evitar que vuestro cuerpo se vuelva más sensible, de modo que sus nervios se alteran fácilmente ante cualquier sonido o impresión, y registran agudamente cualquier impacto; pero debéis hacer todo lo que podáis.

A.B.— El Maestro dice que es difícil dominar los nervios. Esto es porque el cuerpo físico es aquel sobre el cual el pensamiento ejerce menos poder. Podéis afectar con una cierta facilidad vuestros cuerpos astral y mental porque están formados de materia más delicada y más dúctil a la acción del pensamiento; pero la materia física, que es más densa, es mucho menos sensible y, por lo tanto, mucho más difícil de dominar. Sin embargo, con el tiempo, controlaréis el cuerpo físico.

El discípulo tiene que ser sensitivo y, sin embargo, tiene que dominar de forma completa los nervios y el cuerpo. A medida que se va adquiriendo una mayor sensibilidad, más

difícil es la tarea; hay muchos ruidos que las personas corrientes ni siquiera advierten y que constituyen una tortura para los sensitivos. Hay ciertas enfermedades que producen una excesiva sensibilidad de los nervios; en estos casos el simple ladrido de un perro puede hacer que una persona sufra convulsiones. Este ejemplo es suficiente para demostrar hasta qué punto puede agudizarse la sensibilidad de los nervios.

Los nervios de un estudiante de ocultismo no pueden estar enfermos —si lo estuvieran no estarían sometidos a entrenamiento—, pero pueden compararse a una cuerda muy tensa que vibra al menor contacto. Sus nervios pueden adquirir tal sensibilidad que se vea obligado a ejercer un gran esfuerzo de voluntad para no sentirse irritable. La tensión del cuerpo puede llegar a ser tan grande que, en algunos casos, como por ejemplo en el de Madame Blavatsky, lo más inteligente puede ser a veces permitir que el cuerpo haga lo que le venga en gana para evitar su destrucción completa, lo cual podría ocurrir. Era necesario que esta señora conservara su cuerpo para llevar a cabo un determinado trabajo y, por consiguiente, no podía permitirse que su tensión corporal llegara al punto de ruptura. Sin embargo, este caso fue muy excepcional: el estudiante que quiera seguir la enseñanza del Maestro debe sujetarse a lo que Él dice y esforzarse hasta donde pueda por conseguir el control de sus nervios. Puede fracasar una y otra vez, pero no importa. Las últimas palabras del Maestro sobre este punto son: “Debéis hacer todo lo posible.” Esto es todo lo que Él pide y, por lo tanto, no permitáis que los fracasos os desanimen; continuad como mejor podáis.

Hay casos en que causas internas ocasionan una condición de trastornos semejantes debido a una escrupulosidad exagerada en la que tienen propensión a caer muchos estudiantes. Entre los aspirantes existen dos tendencias: la de ser descuidados y la de estarse atormentando. En el segundo

caso la conciencia puede llegar a una condición parecida a la de un nervio lesionado por el esfuerzo. Entre los mejores estudiantes es frecuente conceder importancia a los pequeños fracasos. Evitad que vuestras cavilaciones sobre estas cosas os las hagan aparecer como crímenes serios. Caminad entre los dos extremos. Nunca podríais ser en extremo escrupulosos antes de cometer una falta, pero con facilidad podéis haceros desgraciados después de haberla cometido. No os complazcáis rumiando vuestras faltas y fracasos. Limitaros a determinar la razón de vuestro fallo y esforzaros de nuevo. De esa manera ahogaréis las tendencias que os condujeron a esos fallos, mientras que si pensáis en ellos sólo conseguiréis vigorizarlos.

C.W.L.— El cuerpo físico es aquel sobre el cual la voluntad tiene menos poder. Con frecuencia se oye decir: “¡Oh, si podéis hacer una cosa con vuestro cuerpo físico; todavía podéis dominar vuestros sentimientos; pero es muchísimo más difícil dominar los pensamientos!” Ya sé que la idea general es que esto es lo más difícil. En cierto sentido, es así: por el hecho de que la materia mental es mucho más sutil y más activa, hay mucho más que controlar por lo que respecta a movimiento e iniciativa. Por otra parte, el cuerpo mental está mucho más próximo al Ego interno y, por lo tanto, se desenvuelve mucho mejor; el Ego, en el cuerpo mental, tiene muchas más fuerzas con las que influir de las que tiene aquí abajo en el plano físico; y además, la materia física es mucho menos sensible. El hombre juzga que esto es más fácil porque tiene el hábito de controlar el cuerpo físico, pero no el mental.

Suele decirse que es fácil controlar el dolor físico, pero que no es posible dejar de sentir el sufrimiento mental. En realidad, las cosas son completamente a la inversa. El sufrimiento emocional o mental dejan de existir cuando el hombre logra comprenderlos y arrojarlos fuera de sí; pero un dolor físico agudo es más difícil superarlo, aun cuando sí puede

atenuarse en gran parte despojándolo de su elemento mental. La Ciencia Cristiana procede así cuando declara que el dolor no existe; sólo deja el lado físico y éste es relativamente pequeño.

Hemos de aprender a dominar la mente para eliminar la parte mental del dolor físico, porque, como discípulos del Maestro, hemos de convertirnos en extraordinariamente sensibles. En esas condiciones constituye motivo de sufrimiento sentarse cerca de un hombre que ingiera alcohol, que fume o que se alimente de carne. Es una absoluta tortura caminar por las calles comerciales de una ciudad con su tremenda acumulación de toda clase de ruidos molestos. Todo eso lo absorbe el cuerpo físico que sufre estremecimientos, pero si uno se detiene en ello, la cosa se agrava mucho más, mientras que si se consigue no fijar la atención, la molestia se atenúa. El discípulo que se esfuerza por alcanzar los planos superiores, tiene que aprender a eliminar la parte mental, desechando todo pensamiento que pueda intensificar esas molestias.

Los que hacen de la meditación una práctica, advertirán que son más sensitivos que los que no meditan y, a causa de esto, la tensión que sufre su cuerpo físico es a veces enorme.

Hemos oído decir con alguna frecuencia que Madame Blavatsky solía tener estallidos de violencia. Es cierto, pero existía una razón poderosa para ello, porque su cuerpo físico se encontraba en unas condiciones deplorables; probablemente no pasaba una sola hora sin que tuviera algún sufrimiento físico agudo. Su cuerpo estaba viejo, desquiciado, agotado; pero era el único disponible para llevar a cabo el trabajo que debía realizarse y se vio obligada a conservarlo; no le fue posible desecharlo como lo podríamos hacer muchos de nosotros. En una ocasión tuvo la oportunidad de hacerlo, pero dijo: “No; lo conservaré hasta terminar *La*

Doctrina Secreta, que era la obra que ella se había propuesto hacer. Esto se traducía en que su cuerpo físico se encontrase en unas terribles condiciones de tensión y, en algunas ocasiones, para atenuarla, dejaba que su cuerpo actuara a su capricho. Evidentemente, hubo muchos que no podían entender esas cosas; pero los que estábamos a su alrededor sabíamos muy bien que todo aquello no tenía un gran significado. Nos tocó observar casos muy sorprendentes. En ocasiones solía aparecer despectiva, iracunda en apariencia por motivos pueriles, y cuando los que no la conocían y se encontraban a su alrededor se alejaban de ella atemorizados advertíamos que, si en medio de su excitación, alguien le preguntaba repentinamente sobre alguna cuestión filosófica, al instante todo cambiaba como si su insólita actitud hubiera sido cercenada con un par de tijeras; inmediatamente desaparecía la ira y procedía a responder a la pregunta. Una persona cualquiera, estando poseída por la ira, no hubiera podido hacer una cosa así. Muchas personas, interpretando mal su carácter, se alejaban de ella, pero yo sé perfectamente que a veces tenía que dejarse llevar por su temperamento para evitar que su cuerpo se partiera.

La mente serena significa también valor para que podáis enfrentaros sin miedo a las pruebas y dificultades del Sendero.

A.B.— El valor es una cualidad a la que se concede enorme importancia en las Escrituras hindúes. Tiene su raíz en el reconocimiento de la unidad del Ser. “¿Qué temor, qué decepción habrá para quien ha visto al Ser?” se pregunta; y también se utiliza la frase ‘el impertérrito brahman’. En mi libro *Hacia el Templo*, recomiendo a los estudiantes que mediten sobre el carácter ideal, empleando la lista de cualidades que da Shri Krishna en el principio del capítulo déci-

mosexto del *Gitâ*. La primera cualidad que se menciona allí es *abhayam*, intrepidez, valor.

El valor nace al comprobar que sois el Ego divino interno y no vuestros vehículos externos, que son los únicos que pueden sufrir daño. Todas las diferencias de poder entre los hombres dimanán del grado de fuerza que ha desarrollado el Ser interno. Cuando comprobáis que sois divinos, sabéis que vuestro poder o vuestra debilidad dependen de la fuerza que haya desarrollado el Ego que hay en vosotros; y así, vuestro refugio, cuando sintáis temor, consistirá en invocar vuestro poder interno.

Esta auto-realización como Ser es algo que ha de lograrse mediante la meditación. Los que practican una meditación matinal deben incluir en ella el esfuerzo de la realización del Ser; algo de la fuerza que se obtiene por medio de ese esfuerzo se mantendrá durante el curso del día, lo cual ayudará a conseguir el valor necesario para progresar en el Sendero. En él hay muchas dificultades que exigen fortaleza y paciencia, si es que se afrontan y se las vence, y esas cualidades sólo son formas del valor. No conozco otro modo de adquirir esa cualidad que no sea por medio de la comprobación.

C.W.L.— En todos los sistemas de entrenamiento oculto se insiste mucho en la necesidad del valor. El hombre que entra en el Sendero tiene que arrostrar murmuraciones, calumnias y falsedades. Esto ha sido siempre lo que le toca en suerte al que quiere elevarse sobre el nivel de sus semejantes. Para afrontar todo esto hace falta fuerza moral para poder mantenerse en la posición adecuada, actuando de forma correcta, sin tomar en consideración lo que puedan pensar o decir los demás. Esa fuerza es necesaria para poner en práctica las enseñanzas de este libro, y también lo son la plenitud de fortaleza y determinación.

También es necesario el valor físico. En el Sendero hay muchas dificultades y muchos peligros no expresamente simbólicos o correspondientes sólo a planos superiores; en el curso de nuestro progreso nos llegarán muchas pruebas para desafiar nuestro valor y nuestra fortaleza y hemos de estar preparados para ello. El hombre pusilánime no progresará en el Sendero, en donde se requiere no simplemente bondad, sino también fortaleza de ánimo y no dejarse abatir por la sorpresa o por el temor.

Sé de una sociedad ocultista en Inglaterra que, durante muchas semanas, se dedicó a invocar a unos a determinados fantasmas que, a la larga, tuvieron que presentarse válidamente; cuando eso sucedió nadie tuvo la entereza de ánimo para investigar aquello. De la misma manera, hay quienes tratan de conseguir resultados en los planos superiores, pero que se atemorizan cuando se presentan esos resultados. La primera vez que una persona abandona su cuerpo físico durante el período de vigilia, puede sentirse alarmado por la inquietud de si volverá o no a su cuerpo. Debe entender que no tiene una mayor importancia volver o no volver. La persona está acostumbrada a determinadas limitaciones y cuando éstas desaparecen de repente, lo más probable es que no le queda ninguna base en la que apoyarse. Al seguir avanzando en el camino, iremos advirtiendo que el valor —valor pleno, ánimo decidido— es una cosa en extremo necesaria. Hemos de hacer frente a toda clase de fuerzas; esto no es un juego de niños.

Cuando comprendemos y recordamos que somos uno con lo Divino, ya no tenemos miedo a nada; pero hay veces, cuando el peligro se presenta inesperadamente, en que el hombre se olvida y retrocede temeroso. El Ego interno es impasible, absolutamente invulnerable ante las cosas pasajeras, y por eso, si podemos comprender que nosotros somos ese Ego y no los vehículos externos, dejaremos de tener

miedo. Al asaltarnos el temor en alguna ocasión, lo que procede es acudir a los poderes internos, no pedir ayuda a alguien del exterior. La enseñanza común cristiana sobre este punto ha resultado un desastre. Se recomienda recurrir a la oración como refugio, lo cual no es otra cosa mas que pedir, lo cual no debe hacerse cuando se trata de aspiraciones elevadas. La palabra plegaria viene del latín *precari*, que significa pedir; sólo eso. Si sostenemos que Dios es todo bondad, debemos seguir el consejo del Señor Buddha: “No os lamentéis, ni claméis, ni oréis: abrid los ojos y mirad. La luz os rodea por todas partes, sólo hace falta que arranquéis la venda de vuestros ojos y miréis. Y es una luz maravillosa, resplandeciente, mucho más de lo que el hombre pueda imaginar o pedir en la oración y es para siempre jamás.”

Sé que hay personas que tienen por costumbre pedir la ayuda del Maestro cuando se encuentran en dificultades. Podemos estar seguros de que el pensamiento del Maestro siempre está cerca de nosotros y que podemos llegar hasta él; pero, ¿para qué molestarle por algo que está en nuestra mano realizar? Es cierto que podemos apelar al Maestro si así lo deseamos, pero también es cierto que si podemos apelar al Dios interno nos acercaremos más al Maestro que no solicitando débilmente Su ayuda. Reconocemos en el ser humano el derecho a esta apelación, pero sabiendo de qué forma el Maestro está ocupado en Su trabajo en beneficio del mundo, no hemos de solicitar Su ayuda mientras quede algún recurso para sortear la dificultad por nosotros mismos. No hacerlo así es falta de fe; es falta de confianza no sólo en nosotros mismos, sino también en el poder divino. La práctica de la meditación también tiene que prepararnos para hacer frente a las emergencias inesperadas, de tal modo que no lleguen a trastornarnos. Los que han penetrado el sentido de las leyes internas deben permanecer tranquilos ante cualquier eventualidad que les sobrevenga, comprobando que

proceder de esa manera es una condición imprescindible para progresar realmente y que el trastorno resultante de una explosión histérica dejará sus huellas en los vehículos sensitivos de un discípulo hasta mucho tiempo después.

Significa también la firmeza, para no tomar en serio los contratiempos que se presentan en la vida de cada uno, y evitar la continua ansiedad de las cosas triviales en las que mucha gente desperdicia la mayor parte de su tiempo.

A.B.— La entereza es la cualidad a la que seguidamente hace alusión el Maestro; es la cualidad necesaria para que el discípulo no sea zarandeado de uno a otro lado por cualquier viento que sople. Esta sujeción a las fuerzas externas es motivo de interminables inquietudes, porque el hombre, al no ejercer control sobre sus asuntos, no puede por lo mismo decidir una línea de acción definida. La inquietud es lo que hace envejecer; no el trabajo. La inquietud es la tendencia a volver una y otra vez sobre una línea de pensamientos penosos. Para una persona timorata es difícil librarse de este hábito en una u otra de sus diferentes formas.

En algunos casos la mente muestra una inclinación a dramatizar y a vivir luego el drama de su propia creación. Hasta cierto punto, yo mismo hice algo parecido. Menciono ésta y otras experiencias personales porque pienso que de esta manera podré decirles lo que quiero de una forma más vívida y útil que si lo hiciera solamente mediante pensamientos abstractos. La mayoría de los estudiantes es posible que hayan caído en esta dramatización mental, porque todos tenemos muchos puntos de semejanza. Cuando pensaba que alguno de mis amigos posiblemente se habría sentido molesto por alguna palabra o algún acto que yo hubiera hecho, imaginaba mi próximo encuentro con esa persona, las primeras palabras, toda la conversación que iba a desarrollarse.

Llegado el momento, cuando nos encontrábamos, no sucedía nada de lo que yo me había pensado, porque las primeras palabras de mi amigo eran completamente diferentes de las que yo había imaginado. En algunas ocasiones, a las personas les da por imaginar una escena desagradable y se ponen a pensar en el modo de actuar en esas imaginarias condiciones, hasta que llegan a una penosa condición mental, origen de muchos sentimientos y emociones. Lo que se ha imaginado nunca sucedió y es posible que tampoco suceda nunca; todo se reduce a un simple derroche de energía.

Todas estas cosas son simplemente molestias innecesarias que debilitan la naturaleza mental y emocional. La única forma de vencer este hábito es situarse fuera de la escena para observar si el primer pensamiento de la serie es cosa sobre la cual se tiene o no algún dominio. Si se puede controlar hay que hacerlo; si no, no tiene objeto pensar en ello y hay que esperar, simplemente, a que la cosa suceda, lo cual, con toda posibilidad, no va a pasar. Es inútil dejar que la mente se ocupe de posibles acontecimientos futuros; es igualmente inútil permitir que se inquiete, una y otra vez, por cosas ya pasadas; no es posible modificar los sucesos ocurridos y por eso es evidente la inutilidad de inquietarse por ellos.

Muchas personas hacen de su vida una pesadumbre recordando su pasado: "Si hubiera hecho esto, o si no hubiera hecho lo de más allá, quizá no hubiera estado abocado a esta preocupación." Supongamos que esto sea cierto; la cosa ya está hecha y no hay pensamiento que modifique el pasado. La gente se desvela por la noche y vive inquieta durante el día pensando en cosas ya pasadas que son inalterables, o pensando en la posibilidad de futuros acontecimientos. Esta actitud mental es comparable a la de un motor o a la del corazón cuando falta la resistencia normal; esto causa mayor desgaste que el trabajo, lo mismo para el motor que para el corazón. Hay que reconocer la ineficacia y los perjui-

cios de esta actividad mental desordenada y hay que ponerle fin, aprendiendo a utilizar en su lugar las fuerzas disponibles. Aconsejar esto parece una tontería, pero esta actividad mental desordenada que muchos padecen no debe permitirse y el aspirante a discípulo tiene que evitarla, cueste lo que cueste.

C.W.L.— La inquietud es la peor de todas las dificultades mentales. Es una barrera para obtener todo lo que pueda llamarse progreso. En esa condición mental es imposible situarse en la actitud que se necesita para la meditación. Hay quien se inquieta por el pasado; otros por el futuro; y cuando han desechado un motivo de inquietud ya tienen otro que lo substituye y de ese modo nunca pueden encontrar un estado de calma que les permita meditar con posibilidades de éxito.

El mejor remedio para esto es reemplazar el pensamiento de inquietud por un pensamiento del Maestro; pero, para hacerlo, se necesita una fuerza que no todos poseen. Pretender restablecer la calma instantáneamente en un cuerpo astral o mental en semejantes condiciones es tratar de impedir el oleaje de un mar tempestuoso valiéndose de una tabla que presione las olas. Posiblemente, lo mejor en esos casos es dedicarse a alguna actividad física: arreglar el jardín o dar un paseo en bicicleta. No puede haber calma permanente hasta que los vehículos trabajen rítmicamente a la vez; consiguiéndolo, pueden emprenderse todas las demás prácticas con razonables posibilidades de éxito.

Con frecuencia, la gente sufre la inquietud de sus defectos. Todos caemos en faltas y tenemos nuestros fracasos de vez en cuando; sería preferible que esto no sucediera, pero todavía no es posible, porque si estuviéramos libres de fallos y defectos ya seríamos Adeptos. Desde luego, es una equivocación no prestar atención a esas cosas y pensar que no tienen importancia; pero es igualmente una equivocación inquietarse por ellas sin necesidad. En un estado de inquietud la mente

gira alocada, sin propósito alguno, una y otra vez. Si os ha tocado viajar a bordo de un barco, con mal tiempo, tal vez habréis advertido que algunas veces la hélice sale fuera del agua girando velozmente en el aire. Esta forma de girar causa más daño a la maquinaria que el mismo trabajo regular, y sólo se trata de una cuestión mecánica; lo mismo sucede exactamente con la inquietud.

En nuestra Sociedad se presentan dificultades periódicamente. He presenciado gran parte de ellas en mi tiempo. Recuerdo muy bien la excitación que en 1884 produjo el caso Coulomb, y cómo muchos teósofos sufrieron grandes trastornos y ansiedad e incluso llegaron a ver destruida su fe en la Teosofía, por suponer que la señora Blavatsky los había estado engañando. Todo esto no tenía ningún valor. Nuestra fe en la Teosofía no se basa en los asertos de la señora Blavatsky ni de ninguna otra persona, sino en el hecho de que es un sistema perfecto y satisfactorio que permanece así aun en el caso de que la señora Blavatsky hubiera tratado realmente de engañar, lo cual no fue así, evidentemente. Si fundamos nuestra creencia en bases personales, fácilmente puede derrumbarse, pero si la establecemos en principios que comprendemos bien, seguirá firme incluso en el caso de que algún jefe que haya sido acreedor a nuestra confianza nos traicione.

El Maestro enseña que no importa lo más mínimo lo que le alcance a uno desde el exterior; tristezas, disgustos, enfermedades, pérdidas —todas estas cosas no deben significar nada para él, ni debe permitir que afecten la serenidad de su mente. Son el resultado de acciones pasadas y cuando llegan, tenéis que soportarlas de buena gana, recordando que todo mal es transitorio y que vuestro deber es permanecer

siempre alegres y serenos. Eso pertenece a vuestras vidas anteriores, no a ésta; no podéis alterarlo, así que es inútil preocuparos por ello.

A.B.— Aquí el Maestro nos da una razón contra la inquietud, una razón que muchos no apreciarán. Dice que no tiene absolutamente ninguna importancia lo que le suceda al hombre externo. Las cosas que nos llegan desde fuera quedan por completo más allá de nuestro control, porque nosotros mismos las hemos propiciado en el pasado; son nuestro karma.

Sin embargo, esto no quiere decir que no sea posible para nosotros hacer algo para contrarrestarlas. Por el contrario, podemos hacer mucho; Podemos encauzarlas debidamente y podemos modificar en gran manera sus efectos sobre nosotros. Si alguien nos propina un golpe directo capaz de derribarnos y nosotros cambiamos nuestra posición de manera que sólo recibamos el golpe de soslayo, su efecto será comparativamente más ligero. Todo depende de la posición en la que nos coloquemos. Si afrontáis toda aflicción que os sobrevenga con la actitud del que liquida una deuda que le conviene liquidar, la pena os parecerá ligera. El que sabe cómo afrontar la vida vivirá tranquilo y feliz en medio de las dificultades, mientras que el que desconozca la manera de hacerles frente podrá quedar destrozado por penas que, en su mitad, son imaginarias.

De qué manera las molestias y el dolor que nos aquejan son resultado de la mente, podemos determinarlo cuando sufrimos físicamente; si lo consideramos desde fuera, por decirlo así, advertiremos que el sufrimiento disminuye considerablemente. Podemos comprenderlo de otra manera estudiando los animales. Un animal que se ha roto una pata irá a comer satisfecho arrastrando la pierna herida. Ahora bien, esto no lo puede hacer el hombre, pero sí el caballo, y los fisiólogos nos dicen que el caballo tiene un sistema nervioso

más delicado que el del hombre y que sus nervios son más sensibles al dolor que los nervios del hombre. No me interpretéis mal, y vayáis a pensar que estoy diciendo que los animales no sufren, o que sus sufrimientos no tienen importancia. Al contrario. Pero el hombre intensifica y prolonga su sufrimiento por la forma en que lo conserva en su mente.

Si aprendéis la forma de reprimir el efecto del dolor en vuestro cuerpo astral, habréis aprendido a atenuar el dolor considerablemente. Los miembros de la Ciencia Cristiana atenúan mucho el dolor porque lo despojan del elemento mental que, por lo general, se mezcla con él y lo aumenta. He tenido algunas experiencias de esta clase cuando me he visto obligada a dar mis conferencias bajo la acción de agudos dolores físicos; el resultado ha sido que durante mi conferencia no sentí el dolor. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que mi mente estaba ocupada totalmente en mi conferencia. Si os fuera posible retirar por completo la atención de vuestro cuerpo físico, como tendríais que hacerlo al pronunciar un discurso, cualquier dolor físico que os aquejara desaparecería en gran parte. Si tenéis un control mental completo podéis proceder así y podéis dejar que las cosas externas afecten solamente al cuerpo externo. Algunos logran hacerlo bajo la acción de estímulos poderosos. Hay casos en que un soldado herido en el campo de batalla no siente su herida hasta que ha cesado la lucha; y, ciertamente, algunos de los mártires religiosos no sentían las llamas que los rodeaban por el éxtasis que les producía el estar sufriendo por su Señor. De la misma manera, si un niño sufre un accidente, la madre olvidará los dolores que pueda tener, al lanzarse a rescatar a su hijo.

Es posible aprender esta clase de control sin la ayuda de estímulos externos para poder neutralizar en gran parte los efectos del dolor sobre los cuerpos astral y mental. No digo que sea fácil; pero sí que puede hacerse. Personalmente, no

creo que merezca la pena dedicar una gran energía o realizar un gran esfuerzo para obtener un resultado tan pequeño como es el evitar un dolor puramente físico. En lugar de dedicar la energía de la mente al servicio del cuerpo, como hacen muchos, hay que utilizarla en algo que dé mayores resultados. Si asumís ante la vida la actitud correcta veréis que las cosas externas carecen de importancia y dejaréis que produzcan sus efectos solamente en vuestro aspecto externo. Estas cosas tienen que seguir su curso hasta el final y su único valor estriba en la fuerza que podéis obtener por medio de ellas. Mirándolas de esa manera obtendréis una gran paz mental.

Todo mal es transitorio. Podéis comprobarlo si examináis el ciclo mayor de vuestra vida y estudiáis vuestro pasado; no precisamente en detalle, porque los detalles no tienen importancia, sino con una visión extensa y generalizada. Si advertimos con cuanta frecuencia nos hemos visto asaltados por la angustia y el dolor (amigos que han muerto, enfermedades, contrariedades de todo tipo) y cómo todo se ha ido disipando, podremos estimar la poca importancia de estas penalidades. Es muy importante realizar el esfuerzo, porque el presente tiene para nosotros una apariencia tal que ahoga con sus pequeñas ansiedades nuestro conocimiento más profundo. Esta forma de examinar vuestro pasado os hará más fuertes y cuando os alcance alguna desgracia, podréis pensar: "¿Por qué inquietarse? Ya pasará."

Estoy seguro de que, por mi parte, no hubiera podido llevar la vida que llevo si no me hubiera negado a dejarme inquietar, si no hubiera reaccionado ante las circunstancias. Día tras día se me han estado presentado dificultades y si me hubiera dejado agobiar por ellas, hubiera muerto en una sola semana. Tiempo atrás tomé parte en muchos movimientos de índole parecida a aquellos en los que ahora colaboro y siempre han venido acompañados de dificultades. Lo mejor

es no anticiparse a las contrariedades, pero sí afrontarlas cuando éstas lleguen y, hecho esto, olvidarlas por completo.

Dice el Maestro: vuestro deber es permanecer siempre alegres y serenos. En una ocasión se hizo la advertencia de no echar escoria en el crisol del discipulado. El mal y el peligro de hacerlo así llega a un punto extremo en lugares como Adyar, donde cualquier escoria (cualquier forma de confusión, de sospecha, de ansiedad, de duda y de cosas parecidas) adquiere mucha más fuerza que la que le puso la persona que la originó. Si en ocasiones no podéis dominar la depresión, el enfado o cualquier otro sentimiento inadecuado que tengáis, guardadlo sólo para vosotros. No dejéis que salga y envenene la atmósfera, haciendo las cosas más difíciles para los demás. Después de este entrenamiento miraréis con sorpresa vuestra anterior condición y no podréis entender por qué semejantes trivialidades os causaron tanto malestar.

C.W.L.— El hombre que sabe, permanece tranquilo y sereno, incluso en medio de lo que para los demás sería motivo de serias contrariedades. El que no sabe, sucumbe con frecuencia a causa de la actitud que asume ante ellas. Una gran parte de nuestros sufrimientos sólo son producto de nuestra imaginación. La condonación que exige el karma, casi siempre es pequeña; pero la actitud errónea del hombre lo duplica frecuentemente e incluso lo multiplica por diez; no es sensato atribuir esto al karma pasado, porque es más bien el karma de nuestra presente insensatez; es lo que el señor Sinnett llama 'karma al contado'.

La cantidad de deuda que hay que saldar no puede modificarse; el karma exige un determinado sufrimiento; pero de la misma manera que puede incrementarse, también puede reducirse. Un esfuerzo por nuestra parte puede poner en movimiento nuevas fuerzas y puede convertir el efecto de un golpe directo en un golpe ligero, como dijo nuestra Presidenta,

lo cual se traducirá en una disminución del dolor. Cada vez que aportamos nuevos esfuerzos ponemos en juego nuevas energías; y, de ese modo, no hay nada que pueda concebirse como injusticia o interferencia con el karma. La fuerza que pudo haberse utilizado de otra manera, la hemos usado para atenuar el golpe kármico.

Todo mal es necesariamente transitorio. Hubo un rey persa que usaba este lema: "Incluso esto pasará." Es un buen lema que lo mismo puede aplicarse al placer que al dolor; a la buena que a la mala fortuna, según sea lo que se tercie en la ocasión. Lo único que no pasa es el progreso real y la felicidad interna consiguiente, que perduran para siempre. Sea como sea, nuestro sufrimiento actual pasará; hemos sufrido en vidas anteriores y hemos llegado a ésta. Si lo entendemos de ese modo será una gran ayuda para nosotros. Las cosas que nos conturbaron mucho en los primeros años de nuestra vida hoy nos parecen desprovistas totalmente de importancia. Decimos: "Es verdad, todo aquello no tuvo ninguna importancia; ahora me pregunto por qué me inquietaba tanto por todo." El sabio aprende oteando su pasado y dice: "Con seguridad que todo lo que hoy me agobia también carece de importancia." Es cierto que todas esas cosas no tienen importancia, pero se necesita sabiduría para llegar a esa conclusión.

Pensad más bien en lo que estáis haciendo ahora, lo cual estructurará los acontecimientos de vuestra próxima vida, porque eso sí que podéis cambiarlo.

C.W.L.— Vuestra próxima vida dependerá, en gran medida, del karma que creéis en la presente. Más todavía: pronto llegará el Maestro del Mundo; actualmente existe una gran agitación; la fuerza que está siendo derramada es tremenda

y como sea que todo ello nos afecta en gran proporción, los que nos estamos esforzando para preparar su advenimiento podemos no sólo modificar nuestra próxima vida, sino también lo que nos reste de la presente.

El karma del discípulo entregado a este trabajo es más intenso que el de la mayoría. Posiblemente habrá muchas cosas que el hombre del mundo hace constantemente sin que desemboquen en malos resultados; pero si un hombre próximo al Sendero hiciera esas cosas ello le acarrearía un mal karma. Tratándose de un discípulo, todo lo que le suceda a él le sucede también al Maestro, porque Él lo ha convertido ya en parte de sí mismo. "No hay quien viva para sí y no hay quien muera para sí." Esta verdad es general para todos, pero los que se encuentren a la vera de los Grandes Maestros tienen que ser doblemente cuidadosos, especialmente en todo aquello que represente un obstáculo en el camino de un condiscípulo en el ocultismo, porque esto crea un karma muy serio.

No os abandonéis jamás a la tristeza o a la depresión. La depresión es mala porque contagia a los demás y hace que sus vidas sean más penosas, a lo cual no tenéis ningún derecho. Por esta razón, si alguna vez os alcanza, libraros de ella en seguida.

C.W.L.— Todos los que sufren seriamente de depresión probablemente moverán la cabeza y dirán: "Buen consejo, si pudiera seguirlo." Como ya he dicho, el pensamiento sobre el efecto negativo que nuestra depresión puede ocasionar a los demás, nos facilitará la fuerza necesaria para desecharla, cuando todo otro recurso haya sido inútil. La depresión es mala porque afecta a nuestros condiscípulos y a todos los demás en general, haciendo que su camino sea más difícil. Nada que no se derive de nosotros mismos, de nuestras vidas pasadas, de nuestro propio karma, puede afectarnos. De aquí

que tengamos que ser muy cuidadosos para que nadie sufra daño por culpa nuestra. Si alguien ha dicho algo desfavorable de otro, hemos de pensar: "No voy a contarle a nadie; no haré ni diré nada que pueda ser motivo de dolor para nadie." También hemos de tomar la decisión de no ser jamás un instrumento del mal karma ajeno. Si ofendemos o dañamos a alguien, ciertamente, no seremos otra cosa que instrumentos de su mal karma; pero este papel no es digno de ser desempeñado. Hemos de ser los instrumentos del buen karma, ayudando a los demás y allegándoles bendiciones y bienestar; el mal karma debe actuar a través de otros canales; no a través nuestro.

También en otro sentido debéis controlar vuestro pensamiento; no permitáis que vaya a la deriva. Sea lo que fuere lo que estéis haciendo poned vuestra atención en ello para que pueda quedar a la perfección.

C.W.L.— Debería resultar tarea fácil fijar nuestro pensamiento en cualquier cosa que estemos haciendo, para que quede hecha de manera perfecta. Por ejemplo, si estamos escribiendo una carta, debemos concentrarnos en ella para conseguir una carta tal como debe ser la de un ocultista. Un hombre corriente escribe sus cartas de manera descuidada, sin fijarse demasiado en lo que hace; dice lo que tiene que decir, sin esforzarse especialmente para ver si la carta está bien hecha. Se considera novedoso que las cosas pequeñas, como escribir cartas, por ejemplo, tengan que estar bien hechas. Yo recibo muchas cartas y tengo que decir que un gran número de ellas no cumplen los requisitos que yo mismo me exijo para las que yo escribo. Con frecuencia su manera de expresarse es defectuosa y están escritas con una caligrafía tan mala que su lectura ocasiona mucha pérdida de tiempo.

Esa forma descuidada tiene mucha importancia para los ocultistas y para aquellos que se esfuerzan por llegar a serlo. La carta de un ocultista tiene que estar redactada cuidadosamente y bien escrita, tanto que se haga a mano como a máquina. Tiene que presentar un buen aspecto; causar placer a la persona que la recibe. No quiero decir que sea nuestra obligación escribir con signos caligráficos, hacer una obra de arte de cada carta que escribamos, cosa que ya no se corresponde con nuestra época. Aparte del ocultismo, por simple deferencia hacia quien escribimos hemos de hacerlo en forma clara y legible. Si escribís mal a causa de vuestra precipitación y para economizar un poco de tiempo, tened presente que vuestra economía del mismo significa quizá una pérdida cuatro veces superior para el que recibe vuestra carta. No tenemos derecho a hacer eso.

Todas las cartas que escribamos deben ser unos buenos mensajeros; hemos de hacer que cada una de ellas sea como un mensaje del Maestro. Tanto que traten de negocios como de cualquier otro asunto, deben ir repletas de buenos sentimientos. Podemos hacerlo al momento; mientras estamos escribiendo la carta hemos de tener en mente potentes pensamientos bondadosos; esto afectará la carta sin que, por nuestra parte, sea necesario nada más; pero, al poner la firma, hemos de dedicar un momento a estampar en ella una corriente de buena voluntad. Al escribir a un amigo hemos de derramar afecto en nuestra carta, de tal modo que cuando la abra este afecto fraternal le alcance. Si la carta va dirigida a un hermano teósofo, poned en ella un pensamiento de cosas elevadas y del Maestro, para que lleguen hasta su mente los pensamientos elevados que los teósofos desean recibir siempre. Si estamos escribiendo a alguna persona necesitada de una cualidad en particular, debemos derramar esa cualidad en la carta, aprovechando de ese modo la oportunidad de dar

lo que se necesita. Esforcémonos, pues, para que nuestras cartas queden bien escritas y, a la vez, que tengan alma.

Se puede prestar el mismo servicio cuando se trata personalmente a las personas. Muchos de nosotros establecemos contacto con diferentes personas durante el día; tenemos que hablar con ellas y, algunas veces, hemos de estrecharles la mano. Podemos aprovechar este contacto personal físico para afluya nuestra vitalidad, el vigor de nuestros nervios, el afecto, o lo que juzguemos más conveniente. Nunca hemos de dar la mano a nadie sin dejar algo de cualquiera de esas cosas; es una oportunidad. Nuestra aspiración —si deseamos llegar a ser discípulos del Maestro— es aprovechar esas ocasiones de servicio. El que no es útil a sus semejantes de una u otra manera, no está en vías de ser aceptado. Pienso que no debe considerarse una ofensa pensar que el hombre en general, al hacer una nueva amistad, piensa siempre en sacar algún provecho de su nuevo amigo. Puede que no sea un beneficio material, pero sí ventajas sociales; en la manera de proporcionarse diversiones; en sacar provecho de cualquier tipo que sea. Nuestra actitud tiene que ser precisamente la contraria: “He aquí una oportunidad para mí; ¿puedo dar?” Al ser presentado a un extraño, lo observo y derramo sobre él un buen pensamiento, de cualquier clase que sea; ese pensamiento se quedará allí y ya se identificará cuando llegue el momento. Los discípulos del Maestro proceden de esa manera al caminar por las calles o al viajar en los tranvías o en las barcas que llevan a las ciudades. Están pendientes de aquellos casos en que sea necesario un buen pensamiento y lo dan, siempre que tienen oportunidad; cien veces, quizá, en el curso de una mañana o de una tarde.

Cuando saludemos a alguien debe ser con sinceridad, no simplemente de manera automática. Cuando se utiliza el nombre de Dios para saludar invocando sus bendiciones, como es costumbre entre los musulmanes, por ejemplo, suele

no pasar de una mera fórmula; pero a veces son buenos deseos cordiales y en ellos está realmente el pensamiento de Dios. Decimos “Adiós”. Pocos saben que esto es una contracción de “Dios sea con vosotros.” Pero nosotros deberíamos saberlo y decirlo con intención. Todas estas cosas parecen pequeñas, pero son las cosas pequeñas de la vida cotidiana las que establecen la diferencia. Son exponentes del carácter y van moldeando este último, y si practicamos con cuidado estas pequeñeces, pronto seremos cuidadosos, bien controlados, exactos en todas las cosas, tanto en las grandes como en las pequeñas. No es posible tener un carácter cuidadoso en las cosas grandes y ser descuidado en las pequeñas. Con un carácter así se corre el peligro de olvidar ser cuidadoso en el momento preciso; así pues, hemos de ser constantemente cuidadosos. Más todavía: muchas pequeñeces constituyen una cosa grande y, con algo de práctica, podemos aprender a proporcionar no una pequeña ayuda, sino una gran ayuda a una persona al darle la mano o al escribirle una carta.

Dice el Maestro: “Sea lo que fuere lo que estéis haciendo, poned vuestra atención en ello”. Esto abarca incluso las cosas que hacemos con el único fin de proporcionar descanso a nuestra mente, como la lectura de novelas o periódicos. El mejor descanso, aparte de la relajación y el sueño es, por lo general el cambio de un ejercicio a otro, así que cuando estamos leyendo algo con el fin de disfrutar o de descansar, la mente tiene que ser nuestra servidora, no tiene que esclavizarnos. Si estáis leyendo una historia centrad en ella vuestra mente y tratad de comprenderla; tratad de entender la idea del autor. Con frecuencia la gente lee en una forma con tanta divagación que al llegar al final de la historia han olvidado el principio; leen en forma tan confusa que no son capaces de explicar el argumento, ni de apercibirse de la enseñanza de la obra. Si queremos entrenar nuestra mente, cuando estamos leyendo por placer hemos de hacerlo bien. Y lo mismo

cuando tratamos de descansar. Hay millones de personas que no saben como acostarse para descansar adecuadamente. No saben que diez minutos de relajación valen tanto como dos horas de estar acostados, tensos y forzados. Incluso para lograr un descanso satisfactorio es necesario un control mental sosegado. Este control, como cualquier otra cosa, llega a formar un hábito y los que lo practican se encuentran con que ya no pueden hacer las cosas descuidadamente; si quieren descansar tienen que hacerlo en la forma apropiada.

No dejéis que vuestra mente divague; antes bien, tened siempre buenos pensamientos en su trasfondo, dispuestos a salir en el momento en que esté libre.

A.B.— Esto debería ser fácil para cualquier hindú, porque desde niño se le enseñó a repetir buenas frases durante los momentos en que no trabaja. En la India, incluso la gente corriente tiene esa costumbre. Con frecuencia podéis observar que un hombre, al terminar su trabajo empieza a recitar reiteradamente ciertas palabras: “Ram, Ram, Ram, Sitaram, Sitaram, Sitaram.” Podría juzgarse que ésta es una simple práctica; pero no es así, porque tiene un efecto real sobre la persona que recita esas palabras; mantiene su mente desocupada con un pensamiento sedante y elevado. Es infinitamente mejor que dejar a la mente divagar a su aire ocupándose, la mayoría de las veces, de los asuntos de sus prójimos y dejándose llevar hasta la murmuración, causa de daños innumerables. Por supuesto que el que pueda dominar su mente sin necesidad de la repetitividad externa, hará mejor en proceder así; pero la mayoría no hacen ni una cosa ni otra.

Es una buena práctica, recomendada por muchas religiones, elegir por la mañana alguna frase para memorizarla. Esta frase acudirá a la mente por sí misma durante el día y

ahuyentará a otros pensamientos inconvenientes, mientras la mente esté desocupada. Podéis elegir alguna buena frase o sentencia de algún libro y, repitiéndola unas cuantas veces por la mañana (cuando os estéis vistiendo, por ejemplo), con el pensamiento centrado en ella, lograréis que acuda a vuestra mente por sí misma durante el día. Podemos advertir cuán fácil es para la mente esta repetición automática observando cómo una canción de moda, una tonadilla alegre la impresiona y se apodera de ella, que la repite una y otra vez. Durante muchos años he conservado en el fondo de mi mente el pensamiento de los Maestros y ahora está siempre allí, de tal manera que en cualquier momento en que mi mente queda libre de trabajo, automáticamente vuelve a Ellos.

C.W.L.— En el fondo de nuestra mente hemos de tener siempre pensamientos del Maestro para que se manifiesten en ella siempre que no esté ocupada en otro trabajo. Mientras estemos leyendo o escribiendo una carta o realizando algún trabajo físico, no estaremos pensando de manera activa en el Maestro; pero al iniciar el trabajo decimos: “En obsequio del Maestro haré esto bien.” Al haberlo dicho así, se está pensando en el trabajo; no en Él. Pero finalizada la tarea, el pensamiento del Maestro vuelve a aflorar en la mente. Con ese pensamiento no sólo se logra que la mente esté bien ocupada, sino también que nuestro pensamiento en otros asuntos sea más claro y fuerte. En ocasiones se practica esta repetición de los nombres de Dios con la finalidad de establecer una base para la mente. En la India es muy frecuente que mientras esperan un tren o van por un camino, la gente habla consigo misma en voz baja y, a veces, se les puede escuchar algún nombre sagrado que repiten una y otra vez. Una de las críticas que los misioneros acostumbran a hacer de los ‘gentiles’ es la de que ‘son dados a las vanas repeticiones’. El mahometano camina recitando textos; siempre tiene en sus labios el nombre de Alá. Puede que en algunos casos no piense mucho en

Él, pero hay veces que sí tiene algún significado. Es cierto que una persona puede decir muchas de estas cosas rutinariamente, sin pensar en ellas; un cristiano puede repetir sus oraciones mientras su pensamiento deambula todo el tiempo por otra parte. Incluso un sacerdote puede recitar sus oraciones sin concentrar en ellas su pensamiento, porque las conoce de memoria; puede pronunciar las palabras del Ave María y del Padrenuestro sin pensar para nada en Nuestra Señora ni en nuestro Padre que está en el cielo. En cualquier religión es fácil no trascender la forma; no pasar de la corteza externa ni llegar al espíritu interno; pero eso no ocurre más entre los hinduistas y budhistas que entre los cristianos; me inclinaría a decir que no pasa tanto entre los primeros. Es cosa comprobada que la repetición de un nombre como 'Rama, Rama, Rama', ayuda a mantener el pensamiento de la deidad en la mente de la gente y que, cuando se consigue, con toda seguridad es bueno. Si podemos pensar en el Maestro con la misma presteza y con el mismo resultado, sin que tengamos necesidad de repetir su nombre, mucho mejor: pero es infinitamente mejor todavía la repetición verbal que no tener ni el pensamiento.

En el mundo mental existe un determinado tipo de vibración adecuado para ese sentimiento de devoción; con el tiempo, esa vibración se constituye en hábito y, de ese modo, la devoción aflora fácilmente e impregna el carácter. Este hábito también sirve para evitar los malos pensamientos. Si la mente está vacía, cualquier pensamiento pasajero puede penetrar en ella e influirla; esos pensamientos, por lo general, son malos, o cuando menos inútiles. Proceden de la gran cantidad de pensamientos que flotan a nuestro alrededor y que representan el nivel mental del país; pero nosotros aspiramos a algo superior. Queremos ponernos en condiciones de elevar a nuestro hermano de tipo medio y esto no nos

es posible hasta haber alcanzado nosotros mismos un nivel más elevado.

Utilizad el poder de vuestro pensamiento cada día con buenos propósitos; sed una fuerza en la dirección de la evolución.

C.W.L.— Hemos sido educados en la ingenua teoría de que lo único que hace falta es que seamos buenos; pero no es suficiente ser piadoso y abstenerse de hacer cosas malas; hemos de lanzarnos a la lucha y hacer algo con nuestra bondad y con nuestra piedad. ¿Con qué finalidad estamos en la tierra? ¿Por qué ocupamos un lugar, si no es para hacer algo? Sentarnos y ser buenos (aunque sea mejor que sentarnos y ser malos, evidentemente) no es sino un estado negativo. Estamos aquí para ser canales de la Fuerza Divina. Nosotros, la Mónada, surgimos de Dios tiempo ha, como radiante chispa del Fuego Divino. Es cierto que, como dice *La Doctrina Secreta*, 'la chispa arde poco' —muy poco, en muchísimas ocasiones— pero nosotros podemos inflamarla con el fervor de nuestro entusiasmo, fe y amor, hasta convertirla en ardiente llama que dé calor a los demás.

Pensad cada día en alguien a quien conocéis que esté triste, o que sufra, o que necesite ayuda, y enviadle pensamientos de amor.

C.W.L.— El poder del pensamiento es tan real y tan claro como el dinero o como el agua que vaciamos desde una botella a un vaso. Si enviamos a alguien una corriente clara de esta fuerza, podemos tener la absoluta seguridad de que llegará a su destino, aunque no lo veamos. Conocemos muchas personas cuyo dolor y cuyo sufrimiento pueden verse muy atenuados por medio de una corriente de esta fuerza que les enviamos. Si en alguna ocasión ocurre que no sabemos de

ningún caso en particular, podemos enviar nuestro pensamiento generalizando, porque éste ya encontrará algún destino ente los muchos que sufren.

Si conocéis a alguna persona que, (como la Dra. Besant, por ejemplo) esté en contacto con multitud de seres necesitados y tristes, podéis enviarle pensamientos de devoción y fuerza para que ella tenga algo más que poder derramar. Lo mismo pasa con los Maestros. Cuando alguien les envía un pensamiento de devoción, como respuesta, Él hace descender un pensamiento que posee la naturaleza de una bendición. Pero, además de esto, se añade algo del caudal de la fuerza del Maestro, quien la utiliza para el bien de los demás.

A.B.— Tengo que confesar que, hasta que lo leí, no se me ocurrió realizar una práctica clara y regular de esta forma mental de ayudar a los demás. Ciertamente, es una cosa excelente. Elegid por las mañanas a alguna persona para ayudarla durante el día en vuestros ratos de ocio; desgraciadamente, son muchísimas las personas necesitadas de ayuda. Después, durante el día, cuando vuestra mente esté libre, en lugar de dejar que se convierta en hospedaje para toda clase de huéspedes, utilizadla para enviar a la persona elegida pensamientos de fuerza, de bienestar, de felicidad o de lo que sea más necesario. Esta práctica es un paso superior a la repetición verbal de buenas frases.

De una u otra manera, como sea, cerrad vuestra mente a los pensamientos inconvenientes, hasta que ésta sea lo suficientemente fuerte para poder prescindir de estas ayudas. El pensamiento del Maestro debe estar continuamente en vuestra mente; este pensamiento es uno de los que siempre proporcionan ayuda sin estorbar ninguna de las actividades mentales elevadas. No sólo no rechaza otras formas de ayuda, sino que proporciona a éstas una fuerza mayor. Transcurrido el tiempo, ocupará todo vuestro horizonte mental y entonces,

como consecuencia de esto, todo lo que hagáis lo haréis mejor y con más firmeza.

Apartad vuestra mente del orgullo, porque el orgullo es hijo de la ignorancia.

C.W.L.— Los estudiantes de ocultismo suelen ser víctimas de un descarado y sutil orgullo. No pueden dejar de hacer ostentación de que saben un poco más de los hechos reales de la vida que los que no los han estudiado. Sería una torpeza no admitirlo, pero es preciso tener mucho cuidado de no caer en el desprecio hacia los que no han estudiado estas cosas. Sobre esto, ciertamente, los estudiantes de ocultismo están por encima del hombre corriente, pero pueden muy bien existir otras materias en las que los demás estén muy por encima de ellos. El que conoce a fondo la literatura, la ciencia, las artes, por ejemplo, ha empleado mucho más tiempo y se ha tomado mucho más trabajo para estudiar que no muchos de los que se han dedicado a estudiar Teosofía, y sin ninguna duda merece nuestro reconocimiento por lo que ha hecho y por su labor altruista. No es un ejemplo de sabiduría despreciar el trabajo ajeno, sino comprender que estamos progresando todos por igual.

Muchas personas tienen un elevado concepto de sí mismos; les satisface juzgarse siempre benévolamente; se conceptúan muy buenas personas. Pero lo que sirve de base a su propia estimación no es siempre lo que el Ego aprueba. En cambio, cualquier cualidad que se desarrolle en el Ego es pura. Por ejemplo, si se trata de un afecto, esa cualidad estará siempre libre de celos, de egoísmos, de envidias. Es un reflejo del amor divino hasta donde el Ego puede reproducirlo en su propio nivel. En ocasiones nos enorgullecemos de nuestros progresos, lo cual se asemeja al orgullo de un niño de cuatro años, muy satisfecho de su crecimiento, cosa que puede ser

muy explicable a su edad, pero no si se trata de un joven de veinte años. Nuestros poderes intelectuales, de devoción, de afecto, de simpatía, existen en nosotros en grado muy pequeño en relación con lo que tendrán que llegar a ser. Por lo tanto, en lugar de sentirnos halagados por nuestras cualidades, hemos de esforzarnos para que éstas aumenten.

La meditación es una gran ayuda en estos casos. Si un hombre decide desarrollar sus afectos y medita sobre ellos tratando de vigorizarlos, se sorprenderá del grado que, en un corto tiempo, ha alcanzado en él esa cualidad.

El orgullo, dice el Maestro, siempre es hijo de la ignorancia. Cuanto más sabe un hombre menos caerá en el pecado del orgullo, porque más fácilmente comprenderá que no sabe. Especialmente esto será una verdad para él si tiene la suerte de ponerse en contacto con alguno de los grandes Maestros. Los que lo consiguen jamás volverán a sentir orgullo, ni siquiera el orgullo de no ser ya orgullosos, porque al pensar que pueden hacer alguna cosa o que poseen alguna cualidad, invariablemente se aposentará en su mente esta idea: "He visto esta cualidad en el Maestro, y ¿qué es lo que vale la mía al lado de la Suya?"

Las virtudes de los Maestros tienen un desarrollo tan magnífico que es una cura instantánea contra el orgullo el conocer a uno de Ellos. Sin embargo, el desaliento nunca viene por parte del Maestro. En la vida diaria pensamos que podemos hacer alguna cosa en cualquier sentido y cuando nos ponemos en presencia de un experto en ese sentido, de inmediato vemos nuestra insignificancia en relación con el gran hombre y nos sentimos oprimidos y desanimados. Pero éste no es el sentimiento que nos inspira el Maestro. Nos damos cuenta cabalmente de nuestra incompetencia y de nuestra insignificancia pero, al mismo tiempo, en Su presencia, comprobamos nuestra potencialidad. En lugar de ver que

hay un abismo infranqueable, nos alcanza esta idea: "Yo puedo hacer esto. Me propongo imitarlo." Ese es el estímulo que siempre nos proporciona nuestro contacto con el Maestro. En Su presencia penetran en nosotros las palabras del Apóstol: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece." (Filipenses, iv, 13.) La fuerza del Maestro nos hace pensar: Nunca más me sentiré deprimido; ya no puedo estar triste; nunca más caeré en el error de la irascibilidad que ayer me embargó; vuelvo la vista hacia atrás y veo las ridiculeces que me han inquietado: ¿de ahora en adelante, qué es lo que puede preocuparme? Posiblemente, después, fuera ya de la influencia directa de esos rayos divinos, volvamos a caer, olvidando que esa influencia puede seguir alcanzándonos, aunque sus rayos no sean visibles y directos y de que podemos vivir siempre en el aura del Maestro si así lo deseamos.

El que no sabe cree que es grande, que ha hecho ésta o aquella cosa importante; el sabio sabe que sólo Dios es grande, que toda obra bien hecha es sólo Dios quien la hace.

A.B.— Aquí tenemos una gran lección del *Gitâ*. Es la voluntad una la que actúa a través de todos. Todo trabajo es hecho por el todo, no por las partes, y lo más que nos es dado es convertirnos en buenos conductores para la labor de la actividad divina. Nuestro alardear es tan necio como lo sería el de uno de los dedos de la mano. Convertiros en órganos sanos de la voluntad divina y encontraréis que el Actor único os está utilizando, porque ya os habéis capacitado para ser aprovechados.

Y he aquí que hemos vuelto a nuestro punto de partida: hemos visto ya que la realización del Ser aniquila todo temor; ahora vemos que también destruye todo orgullo. Esa es la única verdad fundamental. Es positivo observar de qué ma-

nera todas estas cosas multiformes nos conducen a la verdad única: la Vida Una inmanente en todos los seres.

C.W.L.— Dios está en cada uno de nosotros y cualquier bondad o cualquier grandeza que exista en el hombre, no es sino Dios que resplandece en él. Todo lo que hacemos, Él lo hace a través nuestro. Esto puede parecer extraño. Juzgaréis, tal vez, que destruye el sentido de individualidad, pero esto sólo es debido a que la realidad de esta relación no puede ser captada por nuestro cerebro físico. No sin razón, los cristianos de la Edad Media acostumbraban a decir: "A Dios sea la gloria." Enorgullecernos de cualquier cosa que hayamos hecho equivaldría a que uno de los dedos de la mano, mientras estamos tocando el piano, se envaneciera por haber hecho sonar tal o cual nota, por haber enriquecido tal o cual tono; siendo así que, de hecho, todos los demás dedos tuvieron su protagonismo, todos actuaron, no con una voluntad separada, sino como instrumentos del cerebro que los ponía en marcha. Todos somos los dedos de Su mano, las manifestaciones de Su poder. Sé muy bien que nos resulta prácticamente imposible demostrar esto de manera absoluta; pero, cuanto más desarrollemos la conciencia superior, más claramente lo percibiremos y, algunas veces, durante la meditación, en momentos de exaltación elevada, alcanzaremos un vislumbre momentáneo de la unidad.

CAPÍTULO XIX

DOMINIO DE LA ACCIÓN

Si vuestra mente es lo que debería ser, tendréis pocas preocupaciones en vuestros actos.

A.B.— Estas palabras hacen hincapié en que el pensamiento es más importante que la acción, cosa bien sabida por todo estudiante de ocultismo. Este punto de vista es exactamente el contrario de la idea general; pero es el correcto, porque el pensamiento precede a la acción. Puede existir lo que se llama acción espontánea, pero esto sólo significa que para encontrar el pensamiento precedente hemos de retroceder mucho, posiblemente hasta una vida anterior.

Cuando se ha acumulado fuerza suficiente —pensamiento en la mente en cualquier dirección— y se presenta la ocasión para que ese determinado pensamiento se manifieste como acción, ésta se realiza incuestionablemente. Todo pensamiento en determinada dirección no es más que un aumento de la fuerza impulsora hasta que, finalmente, la fuerza almacenada nos conduce inevitablemente a la acción. El hindú estima, muy correctamente, que la acción o karma está integrada por tres partes: pensamiento, deseo y acción. Es cierto, podéis actuar en una de vuestras vidas en forma premeditada, pero sólo por lo que se refiere a un pasado inmediato, a un acto cometido por el impulso del momento. Cuando la actividad del pensamiento ha terminado, el acto, que es la última parte de la acción completa, debe realizarse como resultante del

impulso acumulado. De ese modo puede suceder que, agotado ya todo vuestro poder de pensamiento, y habiendo puesto en juego toda vuestra capacidad de control, en la primera ocasión, vuestro pensamiento se traduzca en acción. También puede quedar en latencia durante mucho tiempo mientras no se presente la oportunidad de manifestarse; pero, tan pronto como las circunstancias lo permitan, la acción tendrá lugar.

He aquí la gran importancia de comprender el mecanismo del pensamiento. Conservadlo bien y dirigidlo por buen camino, porque nunca podréis saber cuando surgirá la ocasión para que el próximo pensamiento cristalice en acción. Es por eso que los Grandes Instructores del mundo confirieron siempre una gran importancia al pensamiento, y es por eso que en este libro también se le recuerda al estudiante. Es oportuno recordar aquí que *manas*, la mente, es actividad en sí. Tenemos en la Mónada los tres aspectos de voluntad, sabiduría y actividad que vienen a manifestarse en *atma*, *buddhi* y *manas*. Y aquí se reconoce también que el pensamiento se manifiesta en acción.

C.W.L.— Es incuestionable que el pensamiento precede a la acción. Hay ocasiones en las que actuamos sin pensar, pero sólo es aparentemente, porque esas acciones son la consecuencia de pensamientos anteriores: el hábito de pensar en determinados asuntos o en determinada forma nos conduce, inevitablemente, a actuar instintivamente. Cuando alguien hace una cosa y dice: “No pude evitarlo; no pensé en ello”, en realidad es que está dando expresión, como acción, a pensamientos previos, quizá de encarnaciones anteriores. Si bien, por lo general, el hombre no usa en su actual encarnación el mismo cuerpo mental que en la precedente, sí tiene la misma unidad mental, que es el núcleo de su cuerpo mental anterior, una especie de epítome del mismo, que va conservando de vida en vida el impacto del tipo de pensamiento a que el hombre ha estado acostumbrado.

Con frecuencia se ha dicho que el hombre sólo puede transferir a su cuerpo causal, de vida en vida, las buenas cualidades. Esto es estrictamente cierto. El cuerpo causal está integrado de materia de los subplanos superiores del plano mental (primero, segundo y tercero), y la materia de estos subplanos no puede vibrar en respuesta a las cualidades inferiores o menos deseables. Por lo tanto, el hombre sólo puede asimilar el bien, lo cual es una suerte, porque de lo contrario asimilaría mucho mal, lo cual significaría un retraso en lugar de una ayuda en nuestra evolución. Pero, también es cierto que el hombre lleva en sí los átomos permanentes de los diversos planos (mental, astral y físico) y es por ello que las cualidades correspondientes se transfieren a los nuevos vehículos como cualidades inherentes.

Por eso aportamos posibilidades de cualidades, más bien que cualidades de hecho. Madame Blavatsky solía denominar a esto, entre otras cosas, ‘Reservas de materia’, esto es, fuerzas que tendrán que actuar cuando encuentren la materia apropiada, pero que permanecerán en latencia hasta que esa materia se concentre nuevamente alrededor del Ego. Así, cuando un hombre actúa ‘sin pensar’, procede según la importancia que hayan tenido esos antiguos pensamientos. Esta es una de las razones por las que hemos de vigilar cuidadosamente nuestros pensamientos; nunca sabemos cuándo se traducirán en actos. El hombre que se deja influir por un mal pensamiento pensando que nunca dejará que le arrastre a la acción, puede llegar fácilmente a ella sin apercibirse.

Puede hacerse muy buen uso de este conocimiento para ayudar a los niños. Cuando el Ego toma bajo su control los nuevos vehículos, los familiares y los amigos pueden ayudarle mucho estimulando las buenas cualidades a medida que éstas se vayan manifestando, y no dando a las malas ninguna oportunidad para que se manifiesten. Ayudamos enorme-

mente a los niños cuando conseguimos que sus buenas cualidades se traduzcan en actos y se conviertan en hábito, antes de que las malas puedan afianzarse en él. Estas últimas, tarde o temprano tendrán que manifestarse, probablemente porque el mundo externo las pondrá en evidencia, pero si las primeras ya están firmemente asentadas, las malas tendencias encontrarán mucha dificultad para impactar. Y entonces, será de plena voluntad del Ego actuar a través de sus vehículos en oposición a esos impactos, y en semejantes casos esas malas tendencias quedarán desarraigadas en el curso del período de esa vida, y en la siguiente encarnación el Ego volverá completamente libre de ellas.

Sin embargo, recordad que para ser útiles a la humanidad, el pensamiento debe traducirse en acción. Para el buen trabajo no debe existir la indolencia, sino una actividad constante.

A.B.— He aquí una advertencia importante: el pensamiento, para que sea bueno, ha de traducirse en actos. Este es un punto en el cual muchos de nosotros pecamos por defecto: tenemos en la mente pensamientos que no se traducen en acción y que son fuentes de debilidad. El Maestro Morya dijo en una ocasión que un buen pensamiento que no se traduce en acción es como un cáncer mental. Este es un símil muy gráfico que nos puede ayudar a comprender que esos pensamientos no son simplemente negativos, sino que son absolutamente dañinos. No debemos debilitar nuestra fibra moral con buenas resoluciones que no lleguen a ponerse en práctica, que se conviertan en obstáculos y que hagan más difícil poner en práctica esos buenos pensamientos cuando de nuevo se presenten. No dejéis las cosas para después; no las 'aparcéis': llevadlas a término. Muchos de nosotros obstaculizamos nuestro desarrollo con resoluciones que no ponemos en

práctica. Dice un proverbio inglés que el camino del infierno está pavimentado de buenas intenciones.

Una buena intención que no se lleve a la práctica se transforma en una fuerza para el mal porque actúa como una droga que embota el cerebro. Tened cuidado en controlar vuestros pensamientos y cuando os llegue un impulso de servicio procedente del Ego, ponédlo en práctica; no lo dejéis para mañana. Este dejar las cosas para después es la causa de que muchos seres estén perdiendo el tiempo. Es frecuente encontrar personas muy buenas que se hallan ahora lo mismo que hace diez años, cuando las conocimos. Y así es como hay personas que pasan los años con las mismas dificultades y las mismas tentaciones; con las mismas debilidades y la misma fuerza. A un miembro de la Sociedad Teosófica nunca debe pasarle una cosa así, porque todos nosotros hemos de saber algo de la forma en que actúan estas leyes.

Que esto sea así se debe en gran parte —creo yo— a que no comprendemos que los buenos impulsos que no se llevan a la práctica, se convierten en obstáculos. Si ponéis en práctica todos los que recibáis os irán llegando cada vez más y más. No hay circunstancia externa propicia ni ampliación de conocimiento que puedan suplir la falta de esfuerzo y de resolución para poner en práctica lo que ya sabemos. Vuestro pensamiento debe traducirse siempre en acción. Haced de esto una norma de conducta. Comprendo que no siempre os será posible poner en práctica de inmediato vuestro pensamiento, porque las circunstancias del momento os lo pueden impedir; pero ya llegarán las oportunidades. En tales casos continuad pendientes de vuestro pensamiento, no lo desechéis. Que sea como un fruto que está madurando. Si procedéis así, el pensamiento que acariciáis no os perjudicará y tan pronto como llegue su momento lo traduciréis en acción.

Pero tiene que ser vuestro propio deber el que hagáis —no el de otra persona, a menos que sea con su permiso y con objeto de ayudarla. Que cada uno haga su propio trabajo, a su propia manera; estad siempre dispuestos a ayudar donde haga falta, pero sin interferir nunca. Para muchas personas lo más difícil de aprender en el mundo es ocuparse de sus propios asuntos; pero eso es precisamente lo que debéis hacer.

A.B.— Esta es una advertencia para aquellos que tienen una naturaleza muy activa, una naturaleza *rajásica*. Consideremos ahora el otro aspecto de la cuestión: por una parte, hay que combatir la pereza pero, por la otra, hay que evitar la intromisión. Las personas muy activas son propensas a meter el dedo en todos los pasteles, como dice el refrán. Pero los pasteles ajenos son ajenos y no debemos poner la mano en ellos. Recordaréis con cuanta frecuencia, en el *Bhagavad Gitâ* —que es un evangelio de actividad, pues su constante conminación es 'actua, actua'—, nos previene en contra de la actividad indebida. El deber de otro —dice— está lleno de peligros.

La razón es clara. Si tú, con tu particular clase de actividad mental, te metes en los asuntos de otra persona, que también tiene su particular clase de actividad mental y que es distinta de la tuya, puedes tener la seguridad de que entorpeces su trabajo. Su acción es el resultado lógico de su actividad mental; no es, ni puede ser, el resultado propio y adecuado de la tuya. La persona de tipo enérgico debe comprender que mezclarse en asuntos ajenos sólo ocasiona confusión. Particularmente, me gustaba arreglar las cosas de los demás según lo que, de acuerdo con mi punto de vista, yo creía que era lo que debían hacer, naturalmente, pero en el transcurso del discipulado comprendí que ésta no era la manera de trabajar.

Aunque la manera de actuar de una determinada persona no sea la mejor desde un punto de vista abstracto, puede que sea la mejor desde su punto de vista personal. En apoyo suyo tiene lo mismo la fuerza de sus faltas que la de sus virtudes y marca la línea de evolución adecuada que le corresponde. Supongamos que una persona, para escribir, coge la pluma de una manera especial, que no es la mejor; si intervenís y lográis que coja la pluma de otro modo, lograréis que escriba peor, no mejor. Perderá la ventaja de su prolongada práctica en la forma antigua, y le costará mucho trabajo adaptarse a la nueva. Desde luego, si es él el que quiere cambiar la forma de escribir porque está convencido de que hay una mejor manera y solicita vuestra ayuda, ya es distinto; tiene derecho a hacer lo que mejor le parezca y contará con su fuerza de voluntad para este cambio.

Es evidente que una persona fuerte puede dominar fácilmente a otra durante algún tiempo. La historia está llena de grandes personajes que durante su vida dominaron a los demás pero cuyo trabajo se hundió con su muerte. Olvidaron que eran mortales y que debieron formar un sucesor capaz de sustituirlas; el fatal desmoronamiento de toda su actividad al ocurrir su desaparición, no fue otra cosa que el karma de su error y de su egolatría. Esto pone de manifiesto que esos hombres no comprendieron las condiciones de una actividad fecunda. No se percataron de que un trabajador, un líder de masas, tiene que rodearse de colaboradores capaces, y debe darles su confianza, dejándoles a su libre albedrío dentro de su radio de acción, en su línea de trabajo; estos líderes no se dieron cuenta de que no se debe intervenir en todos los detalles, cosa que, por lo demás, tampoco es posible.

El mundo es un conglomerado de diversidades, que son expresión de la unidad inmanente. Las clases inferiores obedecen la ley, porque se ven impelidos a ello debido a su

desconocimiento de la realidad. Pero el hombre goza de una libertad relativa; de cierta libertad dentro de un gran círculo de leyes externas a cuya acción no puede oponerse, pero dentro de las cuales puede proceder como mejor le parezca. El desarrollo del hombre consiste en hacer su trabajo a su manera. El plan divino es tal, que a medida que el ser humano va progresando, se le confiere cada vez más libertad, según se va haciendo acreedor cada vez a una mayor confianza de que sabrá utilizarla sabiamente; y así es como, poco a poco, paso a paso, el hombre alcanza su libertad plena. El animal, en el peldaño más bajo de la escala, obedece perfectamente, inconscientemente; el Maestro, en la cima de la misma, obedece perfectamente, de manera consciente; todos los demás estamos en algún punto situado entre ambos extremos.

Hemos de tener presente que la intromisión concierne también a lo mental y que la no intromisión tiene que ver también con la calificación previa, con el dominio de la mente. La intromisión mental es muy poderosa. Tomemos el siguiente ejemplo: Uno de nosotros tiene un defecto determinado que está tratando de erradicar, resultado, quizá, de alguna debilidad de carácter, tal vez una manera inadecuada de pensar o de actuar, o una inclinación producida por antiguos hábitos. Sea como fuere, la persona está intentando corregir su defecto. Otra persona entra en sospechas sobre esa determinada debilidad o defecto; sospechas que, sin pensar, han causado un daño.

Esta persona no se da cuenta de que, con un pequeño impulso, contribuye a afianzar la acción indebida de la primera. Las dos fuerzas opuestas, el hábito y el esfuerzo, estaban nivelando el fiel de la balanza y el pensamiento sospechoso hizo que se inclinara hacia un lado. Por eso es tan malo sospechar. Siempre es malo. Si, por desgracia, la sospecha es cierta, añade un impulso a la mala inclinación; si no fuera cierta, podría coadyuvar más a que la otra persona

cediera de nuevo a su debilidad. De las dos maneras se arroja un mal pensamiento sobre esa persona, por lo cual y en cualquier caso, la sospecha es mala. Nuestro deber es pensar siempre bien de los demás, aunque nuestro pensamiento sea mejor que sus prácticas; de esa manera sólo enviaremos pensamientos buenos a los demás que contribuirán a su bien.

También es importante tener presente estos hechos porque, más pronto o más tarde, una gran cantidad de malos pensamientos es proyectada por las fuerzas negras contra todo aquel que está avanzando rápidamente en el Sendero. Cuando estéis siendo el blanco de una avalancha de mal lanzada sobre vosotros para empujaros a las malas acciones, debéis comprobar el nefasto trabajo de la sospecha y tenéis que extremar la vigilancia sobre vuestros pensamientos y sobre vuestros actos. Tenéis que pensar en lo que os está pasando, y limitaros a reconocer los hechos sin sentirnos víctimas de la ira o del resentimiento; y cuando os veáis arrastrados por el torbellino del odio, tened presente que vuestro deber —para decirlo con una frase bíblica— es sujetar vuestra mente y limitaros a poner en movimiento una fuerza adicional de naturaleza contraria que neutralice las malas fuerzas que os acosan. Hacedlo así y el mal lanzado contra vosotros no os dañará; por el contrario, sacaréis provecho del mismo, porque os ayudará a conocer vuestras debilidades, las sacará a la luz, cuando de otro modo podrían haber quedado ocultas. Vuestra simple decisión ante el ataque os fortalecerá y os conducirá a un estado de elevación en el que ya no podrán causaros más que pequeños efectos.

Por lo tanto, realizad a la perfección vuestro trabajo y dejad a los demás que hagan el suyo, a menos que ellos soliciten vuestra ayuda. Haced vuestro trabajo con el máximo de vuestras capacidades y dejad que también los demás realicen el suyo al máximo de la suyas.

C.W.L.— Muchas de las intervenciones en las cuestiones ajenas se deben a los prejuicios religiosos. Los cristianos ortodoxos estiman que es incumbencia suya intervenir en las cuestiones de los demás. Se preocupan por salvar las almas de los demás, en lugar de aceptar que cada cual tiene que salvarse a sí mismo. Evidentemente, y sin duda alguna, nadie tiene derecho a intervenir entre la individualidad y la personalidad de otra persona, en ninguna circunstancia. Los inquisidores estimaban que tenían el derecho de atormentar a los demás para salvar sus almas, obligando a sus cuerpos a decir tal o cual cosa. Ni siquiera llegaron a pensar, según entiendo, cómo podían hacer que un hombre *creyera* determinadas cosas; pero estimaban que era suficiente el que su cuerpo *dijera* que la *creía*, para que esa afirmación, aunque falsa, tuviera la virtud de salvar su alma. Si *realmente* los inquisidores creían eso (me resisto a creer que haya habido *alguien* que *realmente* aceptara tan monstruosa falsedad), tenían una base para justificar sus horribles procedimientos, porque cualesquiera que fueran los horribles suplicios a que sujetaban los cuerpos de sus infortunadas víctimas, sólo duraban unos cuantos días o unas cuantas horas y no eran nada en comparación con las horribles penalidades eternas de las cuales estaban salvando las almas. En esas circunstancias el torturar a un semejante llegaba a ser una acción meritoria. Nos resulta muy difícil comprender que haya habido quien tuviera este criterio y sin embargo es notorio que hubo muchísimos que lo sustentaron, aun descartando a aquellos que utilizaban los poderes de la Iglesia con fines políticos.

Porque si tratáis de empezar una labor más elevada, no debéis olvidar vuestros deberes ordinarios, porque hasta que éstos no se hayan hecho no estaréis libres para otro servicio. No debéis comprometeros con nuevos deberes en el

mundo; pero aquellos que ya tenéis a vuestro cargo debéis cumplirlos debidamente — todos los deberes evidentes y razonables que vosotros mismos aceptéis, es decir, no deberes imaginarios que los demás traten de imponeros. Si vais a hacer Su trabajo, tenéis que realizar el trabajo ordinario mejor que los demás, no peor; porque también debéis hacer eso por consideración a Él.

A.B.— Por lo general, cuando una persona se pone en contacto con el ocultismo, a mi parecer, es cuando empieza a hacer su trabajo ordinario peor y no mejor de lo que lo hacía antes. Pero esto es una total equivocación. Su desbordante entusiasmo en sus estudios, y su esfuerzo por llegar hasta las cosas superiores, encierran un peligro a la vez que una ventaja; y el peligro estriba precisamente en que los trabajos cotidianos le parecen poco importantes. Esta idea encierra algo de verdad y en eso radica el peligro; los errores son peligrosos solamente porque en su fondo existe algo de verdad. Es lo poco de verdad que hay en un error lo que le da importancia; no la envoltura de falsedad que oculta el poco de verdad.

La ejecución perfecta de los deberes que tengamos que desempeñar en la vida del mundo es lo que pone de manifiesto que la fuerza descendente de los planos superiores está siendo utilizada en forma apropiada. “Yoga es destreza en la acción”, (*Bhagavad Gitâ*, II, 50). Si un hombre ya se ha disciplinado en los planos superiores, su actividad en los inferiores será correcta; pero no lo será si todavía no ha logrado esa disciplina. Esto último, sin embargo, es preferible a la indiferencia en cuestiones espirituales. La actividad incorrecta de una persona que se esfuerza ya en este terreno puede causar mucho daño temporal; pero no un daño permanente, porque su propósito interno es bueno.

El discípulo tendrá que esforzarse para cumplir sus deberes del plano físico mejor que los demás. Es frecuente que, cuando un discípulo actúa con torpeza pueda intervenir el Maestro para corregir sus actividades. Por eso el Maestro pone a prueba al chela, y a esto se debe que ese período de prueba se prolongue con frecuencia. Generalmente, el hombre necesita un tiempo determinado para moderar su entusiasmo y para actuar de manera ponderada y premeditadamente.

El discípulo es válido, en primer lugar, por su utilidad para los demás. El aspirante no debe pensar nunca que su trabajo esotérico es más importante que el exotérico. El teósofo que descuida su Rama y su trabajo por la Sociedad para dedicar su atención a su propio progreso en las cuestiones esotéricas, comete un error. Si, por ejemplo, descuida su trabajo externo en favor de sus estudios, actúa mal. El estudio es bueno pero debe supeditarse a su utilidad; tenéis que estudiar para ser más útiles, no tenéis que dejar de ser útiles para poder estudiar. Y cuando surge un conflicto entre vuestros deberes y vuestros estudios, los primeros son los que cuentan.

En todas estas cuestiones hemos de recordar siempre que el sendero del ocultismo es tan angosto como el filo de una navaja. Podemos dedicar todo nuestro tiempo vigilico a realizar pequeños servicios a los demás, pero en este caso muchos no serán los procedentes, y la mayoría de ellos no los haremos bien. De la misma manera que hemos de dedicar algún tiempo a comer, a fin de tener fuerzas para trabajar el resto del tiempo, debemos dedicar algo de éste a la meditación y al estudio y a considerar qué clase de trabajo hemos de hacer y cómo hemos de llevarlo a cabo. Este punto ya fue abordado por el Maestro en la sección del discernimiento. Toda Su enseñanza tiende a dirigir al discípulo hacia el camino del medio; si éste lleva un consejo hasta el extremo,

sólo logrará caer de nuevo. Se ha dicho que la mejor ruta de una nave no es la línea recta, sino la que resulta de ir de uno a otro lado. La vida del discípulo tiene alguna semejanza con esto; el Maestro es el capitán que está en el puente y va señalando las estrellas que sirven de guía, y ayuda al discípulo con el fin de que las siga con la mayor exactitud posible. Hay muchas personas que se aferran a una buena idea y que se dejan llevar por ella hasta la muerte.

El Maestro le dice al discípulo que no debe comprometerse con nuevos deberes mundanos. El que ha hecho votos de servir al Maestro deberá comprender la importancia de estar siempre dispuesto para servirlo en la forma y en el lugar que Él considere oportuno. Puedo dar un vívido ejemplo de mi propia experiencia. Cuando era joven y me fueron arrebatados todos mis hijos en contra de mi voluntad, luché contra esa separación poniendo en juego todos los recursos legales a mi alcance; pero perdí el pleito y la ley rompió mis ataduras; me liberó del deber maternal de proteger a mis hijos. Tan pronto como pudo hacerlo, mi hija regresó a mi lado; había dejado de verla y de escribirle durante diez años, pero ella no me olvidó y regresó para verme. Por aquel entonces yo vivía con Madame Blavatsky, quien me hizo esta advertencia: "Ten cuidado de no atar de nuevo los lazos que ya rompió el karma". Si después de haber hecho votos de servir al Maestro hubiera reanudado mi vida anterior, hubiera procedido mal. Evidentemente, no quiero decir que mi deber era descuidar a la niña; ella vino a vivir con nosotros y permaneció a nuestro lado hasta que se casó; pero ocupaba el segundo lugar, no el primero.

Vosotros sois los responsables de los deberes que tenéis que desempeñar; nadie más; sois responsables ante el Maestro; nada más que ante Él. Si alguien trata de imponeros algo que imagina que es deber vuestro, y vosotros os dais cuenta de que no lo es, limitaros a expresar vuestra disconformidad;

de buena manera, pero firmemente. Sois *vosotros* los que tenéis que decidir. Tenéis que hacerlo así, tanto que acertéis como que os equivoquéis; si os equivocáis, sufriréis; pero la decisión tiene que ser vuestra. Nadie debe interferir en esta responsabilidad de una persona consigo misma y con su Maestro. Vosotros sois los responsables ante vuestro Maestro y, en servicio de Él, tenéis que hacer vuestro trabajo mejor que los demás.

C.W.L.— El deber que tiene el ocultista de hacer bien su trabajo ordinario queda expuesto en las religiones antiguas. En la historia de la juventud del Príncipe Siddharta, que llegó a ser el Señor Buddha, por ejemplo, se explica que dedicaba mucho tiempo al estudio y a la meditación; pero cuando tuvo que conquistar a su esposa dando pruebas de destreza en deportes viriles, puso de manifiesto que le era posible sobresalir en éstos lo mismo que en las cosas superiores. En el *Bhagavad Gitá* se dice que yoga es destreza en la acción; es proceder como se debe en forma cuidadosa, atinada y cortés. Los discípulos de los Maestros tienen que saber equilibrar sus vidas: tienen que saber cuando hay que dejar a un lado las cosas ordinarias y cuando no.

El que haya hecho votos de servir al Maestro dedicándole todo su tiempo y toda su energía, no debe emprender nada que no sea en Su servicio. No debe permitir que los demás le impongan obligaciones que él no reconozca como tales. Fácilmente imagino que puede que haya quien juzgue que los miembros de la Sociedad Teosófica tengan que acudir a reuniones sociales diversas. Alguien dirá: "Gustosamente dedico algo de mi tiempo a cultivar mis amistades"; pero sería mucho mejor para esa persona dedicar la mayor parte de su tiempo disponible a cualquier trabajo por la Sociedad.

A esta instrucción relativa a los deberes del discípulo se le dio mucha importancia en el caso de Alcione mientras

estuvo en Adyar bajo la dirección de su Maestro. Por ejemplo, en cierta ocasión se vio en el caso de tener que dedicar el día entero a una ceremonia relacionada con un familiar de parentesco muy lejano. La cuestión se sometió al Maestro, quien dijo: "Teniendo en cuenta que el resto de la familia puede hallarse conturbada o sufriendo, sí, puedes ir cuando gustes, pero sólo durante una hora; y durante todo ese tiempo ten mucho cuidado de no repetir nada que no entiendas; de no decir en ningún sentido nada a ciegas, y de no permitir que otros hagan por ti lo que tú puedas hacer por ti mismo; esto por lo que se refiere a las ceremonias y a las bendiciones".

CAPÍTULO XX

TOLERANCIA

Debéis sentir una tolerancia perfecta hacia todos, y un sincero interés por las creencias de los que profesan otra religión, tanto como por la que vosotros profesáis. Porque su religión es un camino hacia lo más elevado, igual como lo es la vuestra. Y para ayudar en todo, tenéis que comprenderlo todo.

A.B.— Pienso que la tolerancia es una de las virtudes de las que se habla más; pero una de las que menos se practica. Esta es una de las virtudes más difíciles de adquirir, porque cuando una creencia es firme se tiene en mucha estima y se crea la tendencia a querer imponerla a los demás. Esta agresividad ha sido la causa de todas las guerras y persecuciones religiosas, públicas o privadas; pero incluso esa misma agresividad es mejor que la indiferencia que tan frecuentemente se confunde con la tolerancia. Indiferencia no es tolerancia, y nunca debemos confundirlas.

Actualmente, y por lo que respecta al Estado, existe muy poca persecución religiosa, pero hay todavía mucha persecución social y familiar. En algunos estados donde predomina el libre pensamiento, todavía queda algo de persecución. Los librepensadores fueron perseguidos tan enconadamente que ahora sienten grandes deseos de venganza, aunque, evidentemente, al pensar de esta manera están violando directamen-

te sus principios. Es de esperar que sólo sea la reacción ante la persecución de que han sido objeto por parte de los partidos religiosos y que pronto terminará.

En el mundo todavía existe mucho del espíritu religioso que dio origen a la persecución, y hay casos en que el Estado se ve obligado a imponer pública sanción, como en la India, por ejemplo, para evitar los disturbios y contratiempos que se pudieran originar. La tolerancia aparente que suele existir entre los miembros de diferentes credos en los países en que existe diversidad de religiones, más o menos equiparables en cuanto al número de sus adeptos, generalmente es el resultado del temor mutuo.

El estudiante de ocultismo debe aspirar a aquel sentimiento de bondad que nace del reconocimiento de que, en cada uno, el Ego es el que está recorriendo su camino. Esa es la única actitud correcta y nada que no sea este reconocimiento podrá hacer que la tolerancia sea una virtud bien difundida. Hemos de reconocer que cada uno tiene su peculiar manera de alcanzar su elevación y hemos de dejar a todos en entera libertad, lo cual implica no solamente que no deberemos tratar de convertir a nadie a nuestra religión, sino también que no tenemos que tratar de imponerles nuestros argumentos y nuestras opiniones, ni socavar las creencias que puedan servir de ayuda a cualquier persona. Esta indulgencia perfecta debe ser nuestra aspiración; y esa actitud está tan alejada como los polos opuestos de nuestro planeta, de lo que suele llamarse tolerancia —esto es, ese sentimiento semidespectivo de que las cosas religiosas carecen de importancia y no son más que una especie de cuerpo de policía para conservar el orden. La religión de los demás debe ser sagrada para nosotros, porque es sagrada para ellos. La Logia Blanca no permitirá la entrada en la Fraternidad a nadie que no haya logrado adoptar esta actitud en grado considerable.

C.W.L.— Es posible que hoy exista una mayor tolerancia de la que ha habido desde los tiempos del gran Imperio Romano, una tolerancia parecida a la que había entonces. Se nos cuentan muchas cosas de la manera cómo los romanos trataban a los primitivos cristianos. Una cuidadosa investigación ha hecho que descubriéramos que las grandes persecuciones de las que tanto se habla no ocurrieron jamás y, en cambio, vemos que fueron los mismos cristianos los que crearon esas dificultades. No quiero negar que las condiciones de la época no fueran un tanto bárbaras, pero, por lo que parece, los primeros cristianos eran algo turbulentos y cuando chocaban con las autoridades no era a causa de su religión, sino debido a lo que decían y a lo que hacían. Los romanos no recibieron con beneplácito la fraternidad que los cristianos predicaban y cuya idea, más o menos, era la siguiente: "Sois mon frère ou je te tuerai". (Sé mi hermano o te mataré). En muchos casos se negaban a celebrar pequeñas ceremonias que se estimaban como muestra de lealtad; rehusaban quemar un poco de incienso en los altares y ofrecer al Emperador una copa de vino, actos más o menos equivalentes a quitarse el sombrero en Londres, ante el paso del rey. El imperio Romano fue el más tolerante del mundo para con las religiones. No le interesaba en absoluto qué Dios era el que adoraba la gente, sencillamente, porque no creían en los dioses. Tenían un enorme panteón con templos dedicados a todos los dioses y cuando se dieron cuenta de que el Cristo estaba siendo adorado, de inmediato le erigieron una estatua. Su tolerancia, pues, no era otra cosa que indiferencia.

Muchos de los romanos de la antigüedad están hoy encarnados en la raza inglesa. Hay muchos que son tolerantes con todas las creencias, por la única razón de que ellos no tienen ninguna creencia. Consideran a la religión como un pasatiempo femenino, sin ninguna importancia por lo que a los hombres respecta. Ésa no es la tolerancia que nosotros tenemos

que agenciarnos. Nosotros hemos de aceptar que las creencias de los demás también son caminos de superación. Cuando alguien entra en una iglesia o en un templo de una religión que no es la suya, tiene que adaptarse a las costumbres del lugar, no sólo por seguir la costumbre, sino por respeto a los que no piensan como él y por respeto a una religión diferente a la suya propia. Hay algunas personas que cuando entran en una iglesia se resisten a hacer la acostumbrada genuflexión reverencial ante el altar e incluso presumen de darle la espalda. Sé de algunos que han entrado en una mezquita sin descalzarse. No tenemos nada que hacer en un templo o iglesia de otra religión si no estamos preparados y dispuestos para conducirnos en forma de no herir los sentimientos de los creyentes. El que crea inapropiado hacer una genuflexión ante el altar de una iglesia católica, que se quede fuera, y el que crea que no debe descalzarse al entrar en una mezquita, que no entre en ella.

Todos los seres humanos son manifestaciones del Ser Único, y por eso deberán respetarse las formas que tomen las aspiraciones ajenas. Frecuentemente, hay manifestaciones pueriles; pero el hombre bueno no debe burlarse de ellas, ni tratar de poner a nadie en contra de las mismas, porque no hay que esperar que el hombre de escaso desarrollo intelectual se sitúe en el punto de vista del más evolucionado. La tolerancia debe conducirnos siempre hasta el punto conceptual de los antiguos romanos, 'puesto que soy hombre, nada que sea humano debe serme extraño', y a tratar de comprender el punto de vista ajeno; incluso como simple ejercicio, este método pronto permitirá que veamos cuán numerosos son los ángulos en los que la mente humana puede reflejar la verdad. El mundo resultaría muy monótono si todas las cosas se hicieran de la misma manera. Sería como una cárcel donde todas las cosas se hacen a la misma hora y de la misma manera.

Hay algunas grandes divisiones, como por ejemplo la que existe entre católicos y protestantes. Cada una de estas sectas religiosas se acerca al cristianismo desde un punto de vista particular, y en los dos lados hay muchas personas que son incapaces de comprender el punto de vista de los otros. El católico estima que su ritual debe ser muy ceremonioso; que ese ritual tiene que ser tan bello como sea posible para gloria del Dios al que adoran y para impresionar a la gente. Tienen la profunda convicción de que el ritual y las ceremonias y la belleza que los circundan constituyen la ayuda más poderosa en sus devociones. El protestante, al contrario, estima que todo eso es inadecuado y perjudicial, porque distrae la mente del significado interno. Con toda probabilidad, el protestante interpreta que si se viera obligado a concurrir a todas esas ceremonias, no podría conservar en su mente las cosas internas. Lo que es motivo de tan profunda impresión para el católico, para el protestante más bien sería motivo de distracción, un estorbo para su devoción interna.

Hay muchas personas que sienten que su devoción y sus aspiraciones son confusas e inciertas cuando sólo se ponen en práctica métodos subjetivos de adoración. La forma externa les propicia mucha ayuda y bienestar; ¿por qué no han de servirse de ella? Los que en las ceremonias, en las esculturas, en las pinturas, en las manifestaciones físicas, encuentran una satisfacción y una inspiración intensas pertenecen, de manera clara, a uno de los siete rayos de vida, a una de las siete líneas del esfuerzo humano que conducen al trono de Dios. Los que no son partidarios de estas cosas, los que encuentran en ellas más bien motivos de distracción y confusión, también siguen su línea correspondiente; dejémosles que la sigan: ¿por qué impedirselo?

De la misma manera que cada uno tiene su propia lengua —el idioma del país en el que nació— todos tenemos lo que podría llamarse un lenguaje religiosos, es decir, una forma

de dar rápida expresión a nuestros pensamientos, a nuestros sentimientos y a nuestras aspiraciones. Sería una verdadera insensatez despreciar a un francés porque no habla nuestra lengua, y también es una insensatez despreciar al que no profesa nuestra religión. En francés se dice 'maison' en lugar de 'casa'; las dos palabras significan lo mismo; sería tonto sostener que una de esas dos palabras es mejor que la otra. Me viene a la memoria el famoso señor Lillywick, personaje de la novela de Dickens *Nicolás Nickelby* quien, al saber que 'eau' significa 'agua' en francés, llegó a la conclusión de que esa lengua es pobre. También hay un cuento de una pobre mujer de la época de las guerras napoleónicas que pedía a Dios la victoria del ejército inglés, y cuando alguien le dijo que, probablemente, en el otro lado alguien estaría pidiendo la victoria de los franceses, respondió: "Eso no importa, ¿cómo va a entenderlos Dios si hablan un idioma tan disparatado?"

No hay razón alguna para que una persona no siga el camino que le parezca mejor para llegar hasta Dios. Lo que hace falta, para que haya paz y armonía, es que todos aceptemos esta realidad. Cada uno de nosotros debe decirse: "Prefiero mi camino, pero estoy completamente de acuerdo en que todos los demás gocen del mismo privilegio, que sigan el camino que mejor les acomode." Esto no es pedir demasiado y, sin embargo, son pocos los que están dispuestos a aceptarlo. Cada uno cree que lo que es mejor para él tiene que ser lo mejor para los demás. El hombre con un criterio amplio comprende que hay multitud de caminos; que todos esos caminos conducen a la cima de la montaña, y que cada uno tiene que tener libertad para escoger el que más le guste.

Y aquí, confieso que existe una determinada inclinación que me resulta imposible comprender: la devoción religiosa que emplea para la Deidad términos empalagosos sacados de poemas de amor y de novelas. Me causa extrañeza, porque

me da la impresión de irreverencia, aunque sé perfectamente que todas esas palabras son sinceras y bien intencionadas. Es posible que los partidarios de ese lenguaje me tilden de frío y falta de emoción, pero mi inclinación es considerar las cosas con sentido común y tratar de razonar sobre ellas para comprenderlas. Los libros devocionales escritos para personas de un determinado nivel tienen, en todas las religiones, una notable similitud. Por ejemplo, si comparamos los libros de los católico-romanos con los que emplean los devotos de Sri Ramanujacharya, encontraremos un notable parecido. Igualmente, la vida de un buen cristiano es la misma que la de un buen budhista, un buen hindú o un buen musulmán, o que la de cualquier buen seguidor de otra religión. Todos practican las mismas virtudes; todos se esfuerzan por alcanzar idénticos fines; todos condenan el mismo mal.

Pero, para adquirir esta tolerancia perfecta, primero debéis liberaros del fanatismo y de la superstición.

A.B.— Fanático es aquel que sólo tiene en cuenta sus propias opiniones y desdén las ajenas. En cierta ocasión, una buena señora de la secta más radical de los evangelistas —y en realidad excesivamente fanática—, dijo que nadie debería leer ningún libro que no hubiera sido escrito justamente desde el punto de vista de sus creencias religiosas. Esa es la posición del fanático; no leer jamás nada escrito desde un punto de vista que no sea el suyo, por miedo a ver tambalearse sus opiniones. Este es un concepto radicalmente opuesto al de aquel que busca la verdad, al del que busca actuar en forma elevada. Éste trata de leer todo cuanto le sea posible respecto a un tema en particular, para poder ver desde cuántos ángulos distintos los rayos de la verdad se han reflejado sobre la mente humana y han sido refractados por ella. Si queréis llegar a la verdad tenéis que estudiar todas las

opiniones y puntos de vista distintos para poder asimilar la pequeña o la gran verdad que puedan contener.

También es conveniente estudiar las supersticiones humanas; porque, como dice con una hermosa frase del Upanishad, "Sólo la verdad conquista, no la falsedad." Las supersticiones derivan su fuerza del fragmento de verdad que contienen. Debéis encontrar ese fragmento de verdad. El fanático, desde luego, solo verá la falsedad que hay en ellas, pero vosotros debéis conocer algo de todas las religiones; no estudiándolas con espíritu misionero, sino de una manera comprensiva. Lo mismo cabe hacer respecto a las cuestiones políticas y sociales.

Asimismo, debéis destruir la superstición que en el curso de este libro se habrá de calificar como uno de los tres mayores pecados que ocasionan daño en este mundo, por ser un pecado contra el amor. La religión y la superstición están tan mezcladas, que es necesario separarlas en la mente por medio de una cuidadosa definición. Mi definición favorita de la superstición, aun cuando no la abarca por completo, es la de tomar lo no esencial por esencial, confundir un aspecto sesgado, con un aspecto importante. En las controversias religiosas, la pugna se establece por cuestiones no esenciales y, por regla general, cada uno de los polemistas sostiene una confusión diferente de la verdad. Otra definición de la superstición —que tampoco la abarca por entero— es que es una creencia que carece de fundamento racional. Y es por eso que muchas verdades pueden ser supersticiones porque el que las profesa no tiene para ello buenas y sólidas razones. El Señor Buddha dijo que la única base sólida para creer una cosa es que esté de acuerdo con la razón y el sentido común, de manera que podamos decir que la conocemos. Si aplicamos este examen a la gran mayoría de los conceptos religiosos, todos ellos tienen cabida dentro del término superstición. Para la gente en general, esto carece de importancia, pero

para los que quieren hollar el sendero es indispensable dejar de lado, por el momento, todo aquello que no quede aprobado por la razón y por la intuición. Como sea que el sentido superior que permite reconocer la verdad a primera vista se va desarrollando poco a poco, también poco a poco podréis ir conquistando más parte de la verdad. De ese modo, iréis adquiriendo una profunda convicción interna, y cuando se os presente una verdad sabréis reconocerla. Este sentido corresponde a la visión óptica del plano físico. Es la facultad de Buddhi, la razón pura. Todos debemos someter a este examen nuestras creencias, porque hemos heredado muchas que, para nosotros, no son más que supersticiones. Procediendo así, y en la medida en que esta actitud mental vaya constituyéndose en hábito en nosotros, nos iremos liberando de la superstición e iremos desarrollando la tolerancia.

C.W.L.— Con frecuencia, la superstición ejerce tal dominio sobre la mente humana, que se ha llegado a decir que, sin ella, no es posible tener religión. Es cierto que existe mucha confusión en materias religiosas, y que muchas de ellas no son razonables; pero todas esas creencias tan difundidas tienen detrás de ellas, probablemente, un fragmento de verdad. Por regla general, las supersticiones no son simples invenciones, sino que más bien son deformaciones o exageraciones de la verdad.

Nuestra Presidenta citó en cierta ocasión un ejemplo muy conocido de superstición entre los hindúes. Hubo una vez un hombre muy virtuoso, que era dueño de un gato, y estaba tan encariñado con él que, para poder poner en práctica sus ceremonias religiosas le era indispensable atar al animalito a una de las patas de su cama. La gente llegó a creer que el tener atado el gato de esa forma era una parte imprescindible de la ceremonia y, con el transcurso del tiempo dejó de prestarse atención a la ceremonia propiamente dicha y de esta práctica

sólo quedó la tradición de que debía atarse un gato a la pata de una cama.

Los escribas y los fariseos, a los que Cristo acusó de hipócritas, comparándolos con sepulcros blanqueados, adolecían de una forma parecida de superstición. Pagaban sus diezmos en menta, anís y comino con religiosidad, porque tenían la obligación de pagar diezmos sobre todo lo que poseían, y acataban escrupulosamente todo lo que constituían nimiedades, pero pasaban por alto lo esencial de la ley: la justicia, la misericordia y la fe.

En la Gran Bretaña, especialmente en Escocia, la superstición de guardar fiesta el domingo, es causa de muchas complicaciones, y ese día resulta insoportablemente fastidioso. La idea era reducir parte del trabajo ese día, para poder dedicarse a las cosas espirituales. Sin embargo, los oficios divinos han ido reduciéndose, y hay más borracheras y más libertinaje los domingos que en los demás días de la semana; un caso bien claro de tomar lo no esencial por esencial. Como sea que hay un día a la semana dedicado a la observancia de las prácticas religiosas, el hombre parece interpretar que no tiene importancia el que durante los demás días se observen o no los preceptos e ideales de este tipo. He podido observar que los que no hacen fiesta los domingos —hindúes, budhistas, etc., reciben un influjo mayor por parte de su religión que no los cristianos. No quiero decir que los que no hacen fiesta los domingos sean todos personas intachables; entre ellos hay de todo, como ocurre entre los cristianos; pero sí que para ellos la religión tiene un significado mayor que para el cristiano de tipo medio, que parece creer que, por el hecho de asistir una vez a la semana a las prácticas religiosas, ya ha cumplido con todas sus obligaciones.

La superstición ha sido definida también por nuestra Presidenta como el hecho de profesar una creencia sin una

base racional. Es perfectamente racional creer en la rotación de la tierra; en la existencia de lejanos países que no conocemos; en la realidad de los átomos y de los electrones que no caen dentro del radio de acción de nuestra visión física, porque para ello tenemos buenas razones. Pero hay muchas creencias populares que no son de este tipo. La creencia ordinaria del cristiano en el fuego eterno y en el castigo sin fin, no es más que una forma peculiar de superstición perniciosa. No existe ninguna base racional para aceptar esas cosas, pero si decís esto a un cristiano os dirá que sois ateos y que os estáis burlando de su religión. El primero que aseguró tal cosa, pudo no haberla creído; pero millones de personas lo han hecho después, convirtiéndose así en víctimas de la superstición.

Según el concepto cristiano, lo único que debería tener importancia en lo relativo a esta cuestión, son las palabras del Cristo. Según entiendo, hay ocho pasajes en los que se supone que habló de este castigo eterno, y todos y cada uno de ellos ponen de manifiesto que no tienen nada que ver con la idea popular que se les atribuye. Hay un valioso libro relativo a este tema titulado *Salvator Mundi* escrito por un célebre clérigo cristiano, el Reverendo Samuel Cox; en él examina con gran minuciosidad el original griego de lo que se supone que dijo el Cristo y demuestra prestamente y de manera concluyente que no hay base en las Escrituras para sostener la creencia en los castigos eternos. Ciertamente, no puede haber una base racional, porque si Dios es un padre amoroso esos castigos son absolutamente imposibles. Cabría esperar que los cristianos hubieran ya desechado esta horrible superstición, causa de grandes daños en el mundo, pero todavía existen millones de seres víctima de la misma e incluso la sostienen como enseñanza. No hace demasiado tiempo, en un catecismo católico-romano para niños encontré la antigua idea del infierno como lugar de castigo eterno,

expuesta con la misma torpeza de siempre. Pensando en esta enseñanza podríamos deducir que vivimos todavía en la época más brutal de la Edad Media, al considerar que aún se está impartiendo esta enseñanza a los niños. Es una cosa muy lamentable. Muchas sectas cristianas han abandonado ya esta creencia; pero la más antigua y numerosa de ellas se aferra todavía a esta afirmación medieval. Hay algunos sacerdotes que, individualmente, lo explican tal como podríamos hacerlo nosotros, pero la enseñanza escrita que dan a los niños es horrible y blasfema, porque hace que comiencen la vida con una idea totalmente errónea de la Deidad y llena sus mentes de miedo y crueldad, en serio detrimento de su carácter y de su evolución.

La enseñanza del Señor Buddha fue espléndida con respecto a la creencia y a la razón. El primer Concilio que tuvo lugar después de su muerte para determinar cuáles de las muchas versiones que circulaban debían ser aceptadas como dichas por él, estableció antes que nada la regla siguiente: "Lo que sea contrario a la razón y al sentido común no es enseñanza del Buddha." Descartaron todo aquello que no era satisfactorio desde ese punto de vista, diciendo: "Esto, evidentemente, está en contra del sentido común; él no pudo haberlo dicho." Probablemente hayan prescindido de dos o tres cosas buenas que no les fue dado entender, pero salvaron la religión de una superstición enorme. Los fundadores de las grandes religiones —a excepción de Mahoma— no dieron sus enseñanzas al mundo en forma escrita. No obstante, se dice que el Señor Buddha escribió un libro que conservan los adeptos y que no ha sido publicado para el mundo. Por regla general, han pasado dos o tres generaciones antes de que las enseñanzas hayan tomado forma escrita y es por ello que esos escritos han sido recopilados de muchas fuentes. Por ejemplo, en el libro de Isaías, los eruditos han creído encontrar ocho orígenes diferentes de tradición: tres de Isaías, una tras

otra, luego una de un comité, etc. Las enseñanzas religiosas sufren deformación cuando los que las transcriben anotan, no lo que saben, sino lo que han oído decir y luego discuten sin ton ni son.

La confusión aumenta por el hecho de que al predicarse una nueva religión ésta se esparce como una oleada conquistadora sobre las religiones ya existentes, pero sin aniquilarlas. Un general hábil, al conquistar un país, trata de legislar de acuerdo con la idiosincrasia de los conquistados, con miras a minimizar las dificultades; de esa manera las religiones se han ido adaptando a las diferentes comunidades que las fueron aceptando. Así es como chinos y japoneses reverencian a sus antepasados siguiendo la costumbre tradicional de Shinto pero han aceptado la ética budhista, mientras que en Ceilán todavía subsiste una religión materialista cuya idea es que nada del hombre trasciende de una vida a otra, más que su karma; a pesar de lo cual, hablan de sus vidas pasadas y esperan alcanzar el nirvana en una vida futura. Los cristianos también adoptaron las festividades de las naciones en las que propagaron su fe: pero dándoles nombre de santos cristianos.

En todas partes se hallan huellas de viejas tradiciones —las danzas de Ceilán, el culto de Kali en la India, etc.— las cuales con frecuencia se toman por lo esencial, dando como resultado una prolífica fuente de supersticiones.

Puede suceder que sepamos que una cosa es cierta sin que podamos razonar el por qué; este es otro aspecto de la cuestión. El Ego sabe, y basa en buenas razones su conocimiento; pero en algunos casos no puede hacer llegar sus razones al cerebro físico, aunque el conocimiento tenga la certeza de una realidad. Así, cuando se nos presenta una nueva verdad, sabemos de inmediato si podemos o no aceptarla. Esto no es superstición sino una intensa convicción

interna. No creo que se pueda encontrar una persona que tenga esa intensa convicción interna por lo que respecta al infierno. Creen que serán arrojados al fuego eterno porque eso les han enseñado. Tal vez parecería que equivale a dar preeminencia a la intuición sobre la razón; pero hemos de tener presente que la palabra 'buddhi' que traducimos como 'intuición' se conoce en la India como 'razón pura'. Es la razón del Ego, que es de tipo superior a la de los planos inferiores.

El Maestro continúa con ejemplos de superstición:

Debéis aprender que no es necesaria ninguna ceremonia; tampoco pensaréis que, de alguna manera, sois mejores que los que no las practican. Sin embargo, no debéis condenar a los demás que todavía necesitan las ceremonias. Que hagan lo que quieran; sólo que ellos no deben interferir con vosotros que conocéis la verdad —no deben tratar de obligaros a aquello que vosotros ya habéis superado. Sed indulgentes con todos; sed bondadosos con todos.

C.W.L.— El Maestro dio mucha importancia a la cuestión de las ceremonias, posiblemente porque la vida de un joven de la casta brahmánica a la que Alcione pertenecía comienza a saturarse de ellas más o menos a la edad que él tenía entonces. Un muchacho de su edad sufre la tendencia de creerse muy importante, porque las ceremonias de su *upanaya* o iniciación en sus plenos privilegios de casta, lo convierte en el foco de atención de los demás. La vida de un brahmán ortodoxo está repleta de ceremonial. Hay que asumir determinadas posturas y hay que recitar ciertos textos al levantarse, al bañarse, al comer y casi en todos los demás actos. Probablemente, algunos de los que rodeaban a Alcione trataban de conseguir que se apegara a todo esto con precisión, por temor a que la educación moderna y los amigos

Europeos que tenía lo desviarían de su viejo culto tradicional; por eso el Maestro puso en guardia a su discípulo diciéndole que esas ceremonias no eran necesarias y que al practicarlas o al dejarlas de practicar tuviera cuidado de no caer en el error y en la simpleza de creerse por ello superior a los demás. Las ceremonias cristianas difieren de las hindúes y budhistas en que, por lo general, se celebran colectivamente. Entre estos últimos, la adoración tiene casi siempre una forma individual; pero entre los cristianos es principalmente colectiva. Aunque todas estas ceremonias no son necesarias (excepto para aquellos cuyo temperamento se inclina tanto en favor de ellas que no pueden ser felices sin practicarlas) son, sin embargo, de índole científica, porque ponen en juego fuerzas de los planos internos en formas perfectamente definidas.

Muchas son las maneras en que las fuerzas espirituales pueden derramarse sobre el mundo. La celebración de la Misa, la Sagrada Comunión o Sagrada Eucaristía, son formas instituidas por el mismo fundador del cristianismo para derramar, por medio de su Iglesia, lo que solemos llamar la Gracia de Dios, es decir, determinadas fuerzas espirituales de los planos superiores, fuerzas, desde luego, no supranaturales, sino suprafísicas. Él estableció esas formas para que el sacerdote, cualquiera que sea su naturaleza, al celebrar la ceremonia sirva de canal de distribución de esas fuerzas. Sería más conveniente que el sacerdote fuera en verdad un hombre puro, lleno de pensamientos de devoción y de servicio, pero el ceremonial está de tal modo constituido en beneficio de los hombres, que es efectivo en el caso que sea. El concepto cristiano sobre este particular es que tienen que existir una profusión de templos para que las fuerzas irradien por todas partes y nos alcancen a todos. Esta ceremonia de la Misa hace un bien enorme a millones de personas; pero

decir que es indispensable para la salvación, sería supersticioso.

Según sean las ceremonias, así son las fuerzas que se derraman sobre el mundo. Todas ellas, independientemente de su grado de espiritualidad, actúan por la acción de las leyes naturales, y si su beneficio debe sentirse en el mundo físico, tiene que haber un mecanismo físico para que se manifiesten. Es un caso semejante al de la electricidad; esa fuerza nos rodea constantemente y siempre está activa, pero si queremos realizar un trabajo determinado y en algún lugar en particular, debemos proveernos de un mecanismo físico especial a través del cual esa fuerza pueda actuar.

A.B.— Dice el Maestro que no hay ceremonias necesarias, y así lo reconocen todas las religiones. En la India, el hombre más elevado y más respetado por los demás es el *sannyasi*, que no practica ninguna ceremonia en absoluto. Rompe y arroja lejos de sí la hebra sagrada, su posesión más importante, que le fue confiada cuando era niño al ser iniciado en su casta, y que ha venido utilizando durante toda su vida como el símbolo más sagrado, hasta convertirse en *sannyasi*.

Las ceremonias son necesarias mientras el hombre no ha alcanzado la comprensión y el verdadero conocimiento, mientras ellas puedan ayudarlo a sentir rectas emociones, a tener la mente tranquila y aspiraciones nobles. La gran mayoría de la humanidad está todavía poco desarrollada y necesita toda clase de ayuda posible. Por eso, ningún hombre sabio condenará las ceremonias aun cuando para él ya no sean necesarias. El *Bhagavad-Gitá*, que es el evangelio del *sannyasi*, dice: "No perturbe el sabio la mente de los ignorantes aferrados a la acción; antes bien, haga toda acción actuando en armonía Conmigo." (obra citada, III, 26). El niño que está aprendiendo a andar se agarra a todo lo que está a su alcance capaz de sostenerlo: las sillas, las patas de la mesa, las paredes. De ese

mismo modo, las ceremonias son puntos de apoyo útiles para aquel que todavía no puede sostenerse solo. Según la persona se va desarrollando sus ceremonias son más refinadas, más hermosas, más simbólicas, hasta que, finalmente, llega a un punto determinado en el que ya no le son necesarias y prescinde de ellas. Hay dos clases de seres que no practican ceremonias: los que están por encima de ellas y los que todavía están por debajo.

Cada uno tiene la responsabilidad de decidir el momento en el que debe abandonarlas: cada cual tiene que decidir por sí mismo. Nadie puede abrogarse la responsabilidad de decidir cuándo una persona tiene que convertirse en yogui. Lo mismo sucede con las ceremonias. No debe criticarse ni al que decide seguir practicándolas ni al que decide abandonarlas. Puede que a veces una persona decida seguir asistiendo a las mismas aunque ya no le sea necesario a causa de la posición que representa en su comunidad. Únicamente él mismo es el responsable de su elección, y nadie debe condenar a los que las practican, ni tampoco a los que no las practican.

Las ceremonias pueden ser lo mismo perjudiciales que beneficiosas. En el antiguo hinduismo había una regla estricta que prohibía pronunciar una determinada fórmula ante la multitud; esa regla no tenía por finalidad impedir que unos determinados beneficios alcanzaran a la gente, como se ha supuesto, sino que, muy al contrario, tendía a evitar el daño que ciertas vibraciones pudieran ocasionar a algunas personas. Por eso el Manú estipuló que sólo deberían asistir a las ceremonias del *shraddha* los brahmanes ilustrados y de buena conducta. Una persona que posee un determinado poder pero que no sabe cuándo debe usarlo ni cuando debe reprimirlo, puede dotar a la fórmula de cierta fuerza que produzca daño a los asistentes a una ceremonia; por esa razón, el que ha empezado a captar ese poder puede optar

por no concurrir a ella. Por ejemplo, una vez que asistí en Gaya a unas ceremonias de *shraddha* observé que, de haber yo contribuido con mi fuerza, hubiera podido perjudicar a los sacerdotes, pues algunos de los mantras que estaban recitando tenían un poder excesivo. Por supuesto que ellos no pusieron en movimiento esa fuerza, porque eran hombres ignorantes y de vida no muy pura. La señora Blavatsky aconsejaba a los estudiantes de ocultismo que no se mezclaran con la multitud, a menos que estuvieran en perfecta empatía con ella, no precisamente por el efecto que podía repercutir en sus propias auras, sino porque su fuerza podría ser mayor motivo de mal que de bien. En esos casos, es preferible que una persona dotada de conocimiento, se abstenga de concurrir a ciertas ceremonias, mientras que aquellos que no sepan cómo pronunciar la fórmula, la manera de poner en movimiento el poder que realmente hay en ella, puedan acompañar a los demás, sin importar qué clases de personas puedan ser.

Ahora que vuestros ojos se han abierto, algunas de vuestras antiguas creencias, de vuestras viejas ceremonias, puede que os parezcan absurdas; tal vez, en realidad, lo sean realmente. Sin embargo, aunque ya no toméis parte en ellas, respetadlas en consideración a esas buenas almas para las que todavía son importantes. Las ceremonias ocupan su lugar, tienen su utilidad; son como esas líneas que os sirvieron de pauta en vuestra niñez para escribir derecho y parejo, hasta que aprendísteis a escribir mucho mejor y más libremente sin ellas. Hubo un tiempo en que las necesitásteis; pero ahora ese tiempo ha pasado.

A.B.— Inevitablemente, al ir creciendo en años y en conocimiento, algunas de nuestras antiguas creencias se nos van apareciendo como irreales e incluso absurdas; pero debemos considerarlas con benevolencia y con simpatía, igual como miramos a una niña que acaricia un montón de andrajos haciéndose la ilusión de que se trata de una muñeca. Desde cierto punto de vista, la actitud de la niña puede parecer grotesca, pero deriva para ella un servicio real, porque va desarrollando en ella el instinto maternal; ella no ve los andrajos; ve un niño, y al acariciar y mimar a su imaginaria criatura desarrolla la ternura y la protección maternal y el cuidado del débil y el desamparado. Y por eso, cuando sonreímos ante esa niña, nuestra sonrisa es tierna y amable. Lo mismo tiene que suceder con nuestras viejas creencias y con las ceremonias; tuvieron su tiempo; rindieron su utilidad.

Al encontrar una tribu salvaje practicando ceremonias que pueden parecernos realmente absurdas, o al hallar, como suele pasar en la India, un andrajo atado a un árbol, como un signo de ofrenda, no debemos menospreciar la pobre expresión externa de la devoción del salvaje o del aldeano; debemos considerar el sentimiento que lo anima. Sus humildes ofrendas pueden tener para ellos tanto significado como para nosotros las más costosas: se inspiran en el mismo sentimiento, en el mismo espíritu.

Las ofrendas exteriores son innecesarias; la única ofrenda aceptable es la del corazón, y cuando va acompañando la ofrenda, cualquier cosa se convierte en aceptable. En el *Gitá* se dice: "Incluso una hoja, una flor, un fruto o un poco de agua, ofrecido con devoción, es aceptado por el Supremo." (Obra cit. ix, 26). Sería un acto duro y falto de fraternidad arrancar un andrajo de un árbol, por ejemplo, como se ha hecho algunas veces: demostraría una completa falta del sentimiento de unidad.

C.W.L.— Sed siempre amables y benevolentes con la niñez; tanto la que está integrada por niños como la que está constituida por humanos en su actual estado de desarrollo. Nuestra Presidenta os ha mencionado una niña que, imaginando que está jugando con una muñeca acaricia un puñado de andrajos. Esto, evidentemente, es una superstición, pero a nadie se le ocurrirá reñir a la niña por ello. En el plano físico no hay sino un manojito de harapos, pero en la imaginación de la niña quizá hay una cosa viviente con todo tipo de cualidades. No es posible perturbar esa idea en la mente infantil sin causar un daño en el desarrollo de los buenos sentimientos que se están despertando.

También ha mencionado la costumbre popular de la India de atar unos harapos a un árbol como ofrenda a la deidad. El misionero cristiano, por lo general, se sentirá muy contrariado por esto, evidenciando así su misma ignorancia, porque la ofrenda ha sido hecha con la máxima buena fe. El alma relativamente primitiva e infantil tuvo buena intención y debemos considerar su proceder como en el caso de la muñeca, es decir, como la intención que lo inspiró. Arrojan por la boca un poco de agua u ofrecen una flor —pequeña ofrenda, en verdad— pero, ¿por qué menospreciarla? El mismo Cristo dijo que aquellos que dieran tan sólo un vaso de agua en Su nombre y en Su servicio, no podrían quedar sin Su recompensa. Al mismo tiempo, hemos de tener presente que, con toda probabilidad, no habrá una sola persona por primitiva que sea que piense que la estatua o la forma son una realidad; por el contrario, todos experimentan cierto sentido de la Deidad que la forma o la estatua representan.

Un gran Instructor escribió una vez: "Cuando era niño hablaba como niño, comprendía como niño, pensaba como niño; pero cuando me hice hombre abandoné las cosas infantiles." Sin em-

bargo, el que ha olvidado su niñez y ha perdido su simpatía por los niños, no es el hombre que puede enseñarles o ayudarles. Así que miradlo todo con bondad, con amabilidad, con tolerancia; pero, por encima de todo, miradlos a todos de la misma manera, budhistas o hindúes, jainos o judíos, cristianos o mahometanos.

A.B.— Aquí tenéis una descripción exacta del ocultista: es el hombre que no ha olvidado su niñez. Ha alcanzado su edad adulta pero recuerda todo lo que le ha sucedido y así puede ayudar a los demás. Para poder entrenarnos en este poder de comprensión hacia los demás y de ayuda para todos, es muy buena la práctica de traducir nuestros pensamientos religiosos al lenguaje especial de una determinada religión exotérica; de fijar nuestro pensamiento en sus fórmulas. Todos tenemos un lenguaje particular propio con el cual nos explicamos las cosas a nosotros mismos, hasta que llegamos a cierta etapa en la que hablamos una lengua común para entendernos con los demás. El discípulo hará bien estudiando algún lenguaje o forma de expresión distinta a la suya. Los que nacieron en el seno del cristianismo pueden hacer prácticas de hablar y pensar en términos hinduistas; aprenderán entonces a verlo todo desde el punto de vista hindú y se maravillarán al observar cuán distintas de lo que se imaginaban son todas las cosas. De la misma manera, los hindúes, deberían estudiar y pensar en los mismos términos utilizados por los cristianos.

Shri Ramakrishna Paramahansa, el *gurú* de Swami Vivekananda se sometió a este entrenamiento. Estudió, una tras otra, diferentes religiones y durante el tiempo necesario siguió los métodos y las prácticas de cada una de ellas. Al estudiar el cristianismo, oró en forma cristiana, pensó en términos cristianos e incluso vistió ropas cristianas, continuando así

con cada una de las demás religiones, aprendiendo a identificarse con cada una de ellas. Para facilitar su esfuerzo, hizo uso de toda la ayuda externa que le fue posible imaginar. Cuando trató de comprender el aspecto maternal en la naturaleza —representado en Occidente por la Virgen María y por las Shaktis en el Hinduismo, se vistió como mujer y pensó en sí mismo como si se tratase de una mujer. Verdaderamente, los resultados que logró obtener de esas prácticas fueron magníficos, porque dejaron de afectarlo por completo todas las diferencias externas de las religiones.

¡Cuán diferente es este proceder del que siguen los demás! Y, sin embargo, solamente podemos prepararnos para el discipulado aprendiendo a identificarnos con todo lo que nos rodea. Shri Ramakrishna era básicamente un bhakta, un individuo de temperamento emocional, e hizo su aprendizaje por el camino de la devoción.

El estudiante debe esforzarse durante algún tiempo en pensar como un hindú, como un budhista, como una mujer; como alguien que no sea él. ¡Cuán pocos son los que se esfuerzan por sentirse como una mujer, por ver las cosas como ellas! Entiendo que tampoco no son muchas las mujeres que se esfuerzan realmente en ver las cosas desde el punto de vista masculino; pero esta renuencia es mayor por lo que respecta al hombre; el hombre siempre quiere sentirse varón. Me parece que incluso entre los teósofos es frecuente no prestar atención al hecho de que nuestra Sociedad no reconoce ninguna diferencia en cuanto a sexos.

Aprended también a comprender como apreciaríais las cosas si os sucedieran en un ambiente al que no estáis acostumbrados. Tenéis que curaros del hábito de considerar todas las cosas desde vuestro exclusivo punto de vista; eso es contrario al ocultismo. Hacedlo así y el mundo os lo reprochará; vuestra imparcialidad y vuestra simpatía se interpre-

tarán como indiferencia; pero no importa en absoluto. He sido acusada de 'demasiada hindú' en Occidente y de 'demasiado cristiana' en Oriente, porque en Occidente hablo en términos occidentales, cosa que no agrada a los hindúes y en Oriente me expreso en términos orientales, lo cual no agrada a los habitantes de Occidente. Mi respuesta a esas acusaciones siempre ha sido que hablo a la gente en el lenguaje que entienden.

Estas acusaciones y estas censuras son el resultado de considerar las cosas desde un punto inferior, en lugar de hacerlo desde el más elevado. Aprender muchos lenguajes religiosos es una lección necesaria para el que ha de llevar el mensaje a muchas tierras. Esto no es una verdad nueva, como tampoco lo es el censurar esta manera de actuar. El gran reproche lanzado contra San Pablo fue que él lo era todo para todos. Este Apóstol escribió: "Porque, aunque sea libre de todos los hombres, me he hecho siervo de todos ellos para poder salvar a los más. Y ante los judíos me he vuelto judío para poder ganar a los judíos; para los que están bajo la ley, me pongo bajo la ley, para poder ganar a los que están bajo la ley; ante los que están fuera de la ley, me coloco fuera de la ley (no estando fuera de la ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo) para poder ganar a los que están fuera de la ley. Ante los débiles me hago como débil para poder ganar a los débiles. Yo soy todas las cosas para todos los hombres, para poder por todos los medios salvar a algunos." (Corintios ix, 19-22.) Siendo uno de los hombres más estrictos se transformó en uno de los hombres más liberales; pertenecía a una de las sectas judías más rígidas y se convirtió en el Apóstol de los Gentiles, una maravillosa transformación.

El ocultista profesa todas las religiones o ninguna de ellas, según queráis expresarlo; no pertenece exclusivamente a ninguna, sino inclusivamente a todas. Esto es lo que se entiende por tolerancia. La razón de que sea conveniente

evadir las controversias es porque en la polémica podemos caer en la intolerancia; es difícil ser completamente imparcial si se quiere ser efectivo en el debate, cuando se argumenta contra un prejuicio unilateral. Exponed siempre la verdad desde el punto de vista de la unidad, no desde el de la diferencia; solamente así podréis ayudar a todos, y a todos por igual. Sólo entonces podréis ver lo bueno en todo y en toda cosa, con una visión amplia, mirando a través de lo defectuoso.

C.W.L.— El teósofo aspira a una fraternidad sin distinción de raza, credo, casta, sexo o color. Esa fraternidad puede vivirse mejor cuando podemos penetrar en los sentimientos y en los pensamientos de las otras razas, de los otros credos y del sexo opuesto. El hombre olvida que ha pasado por muchas encarnaciones en cuerpo femenino; la mujer olvida que ha pasado por muchas encarnaciones en cuerpo masculino. Aunque no resulta fácil llevarlo a cabo, es un ejercicio magnífico para un hombre esforzarse en situarse en el lugar de la mujer y entender la manera de ver la vida según ella; y también lo es para una mujer tratar de ver de qué manera el hombre entiende las cosas. Los dos puntos de vista son sorprendentemente diferentes en muchos aspectos. El que puede identificar su conciencia con la de las personas del sexo opuesto, ya ha dado un paso hacia adelante en la fraternidad que trasciende la idea de sexo. Cuando un hombre ya ha tratado de comprender el punto de vista de sus hermanas, o de su madre, o de su esposa, puede ampliar esa práctica a las personas de otra religión y de otra raza distinta a las suyas. Es un ejercicio muy válido, porque cuando ya se puede comprender realmente el punto de vista de los demás, la perspectiva personal se amplía en grado parecido.

Por lo que respecta a la tolerancia, en el Talmud hay una hermosa historia sobre Abraham, quien, habiendo recibido la visita de un viajero al que iba a dar de comer, según

costumbre del desierto, le pidió que alabase antes a Dios, y cuando el viajero se negó a ello manifestando que él no sabía nada acerca de Dios, Abraham montó en cólera y lo arrojó de su casa, decidido a negarle la comida. Entonces, el Señor vino a él, cosa frecuente en aquellos tiempos, y le dijo: “¿Por qué lo has arrojado de tu casa?”, a lo que Abraham contestó muy indignado: “Señor, se negó a reconocer Tu nombre; es un infiel de la peor condición.” “Sí, dijo Dios, pero yo lo he tolerado durante sesenta años; con toda seguridad tu debías de haberlo tolerado durante una hora.”

Muchos teósofos profesamos todavía alguna religión externa, pero pienso que deberíamos ser capaces de decir que no pertenecemos a ninguna religión en exclusiva, sino a todas ellas en conjunto. Por ejemplo, yo soy sacerdote cristiano, pero, al mismo tiempo, soy un budhista porque hice mis votos y adquirí el compromiso de tomar como guía al Señor Buddha. Al hacer esto, no se me exigió que renunciara a ninguna otra religión. El Buddhismo es tal vez la religión más liberal entre todas; no se nos pregunta qué es lo que creemos; se nos recomienda seguir las enseñanzas del Señor Buddha y vivir de acuerdo con ellas. Un cristiano, un musulmán o cualquier persona de otra religión dicen que consideran que la enseñanza es buena y que se proponen seguirla, y con sólo eso se hacen budhistas, sin tener que abjurar de su religión previa. Teosofía es la verdad que subyace en todas las religiones. Estudiamos religión comparada no sólo con la idea de ver que las verdades teosóficas aparecen en todas las religiones, sino también para comprender las diferentes formas en que se presenta la verdad y ponernos en condiciones de impartir nuestra ayuda a través de todas ellas.

Nuestra Presidenta nos ha hecho ver lo valioso que es hacerlo así. Ella habla como hindú a los hindúes; les cita pasajes de sus Escrituras apoyando lo que dice y utilizando términos sánscritos, los cuales, para ellos, tienen tanta fuerza

como la sonoridad de la lengua latina para los católico-romanos. Cuando se dirige a los budhistas dice lo mismo, pero utilizando las palabras del Señor Buddha y sirviéndose de la terminología budhista. En el mundo occidental la oiréis édirigiéndose a los cristianos en los términos de ellos y sin tergiversar en lo más mínimo su religión o sus creencias, sino simplemente hablándoles en lenguaje cristiano. Evidentemente, ella posee un gran conocimiento de todas esas religiones. Cuando conozcamos la verdad que subyace en todas ellas, aunque no podamos compararnos con ella en cuanto a conocimiento ni en cuanto a facilidad de expresión, estudiando los fundamentos de cualquier religión en particular, seremos capaces de comprenderla bien y de poder presentar, en sus correspondientes expresiones, la verdad que esa religión contiene, explicando el significado de muchos puntos oscuros para los demás. He oído hablar al Coronel Olcott en forma parecida y en muchísimas ocasiones. Él no era un hombre de educación universitaria, pero sí que era un excelente conferenciante práctico. Hablaba con soltura a auditorios hindúes, parsis y budhistas, y los hombres doctos de esas diversas escuelas quedaban convencidos de que el Coronel les había proporcionado nuevas luces en sus respectivas religiones. Lo cual demuestra que la Teosofía es la llave maestra para todas las religiones. En las grandes Convenciones de nuestra Sociedad que se celebran en Adyar, hay evidencia de este mismo hecho en otra forma, porque allí se reúnen personas de muy distintas razas y religiones y ninguno de los asistentes deja de quedar profundamente impresionado, no sólo por la tolerancia, sino por la afectuosa fraternidad que allí reina.

CAPÍTULO XXI

CONTENTAMIENTO Y ALEGRÍA

Debéis soportar vuestro karma de buena gana, cualquiera que éste sea, aceptando como un honor que el sufrimiento os alcance, porque esto demuestra que los Señores del Karma piensan que sois merecedores de ayuda.

A.B.— Para nominar esta cualidad —como ya se ha dicho— se utilizó originalmente la palabra Paciencia. La paciencia puede considerarse como una virtud un tanto negativa; sin embargo, lo que hay que hacer no es sólo tener una paciente resignación ante lo inevitable, sino afrontarlo con alegría; recibir con una sonrisa toda contrariedad. La palabra alegría nos proporciona una idea cabal de lo que los Maestros piden en relación con esta cualidad en particular. Muchos pueden soportar sus adversidades con paciencia, pero con tristeza; vosotros tenéis que soportar todas vuestras pruebas y contrariedades gozosamente. Los hindúes hacen mucho hincapié sobre esta cuestión: hay que recibir todas las cosas con alegría.

Se ha insistido mucho en el hecho de que el karma presiona a aquellos que se ofrecen como candidatos para entrar en el Sendero; esto se hace, primero, para prevenirles sobre lo que deben esperar, y segundo, para levantar su ánimo cuando llegue la experiencia práctica, en lugar de la simple advertencia teórica, tan diferente una cosa de otra.

El karma, que no es otra cosa que una ley natural, puede soslayarse durante cierto tiempo, o bien puede lograrse que tenga una consecuencia inmediata; es decir, la persona puede situarse en condiciones de verse afectada prontamente por su karma, o bien puede situarse en otras que le permitan soslayar su acción durante algún tiempo. A menudo, es necesario advertir que las leyes naturales no son decretos; no nos ordenan hacer esto o aquello. Pongamos un ejemplo muy común: las fuerzas eléctricas están siempre activas a nuestro alrededor, pero si queremos que produzcan unos efectos determinados en un tiempo y lugar señalados, necesitamos un aparato especial para que se manifiesten. Del mismo modo, el karma es una ley natural, y el aparato que hace que sus fuerzas se activen puede ser la aparición del hombre en el escenario físico mediante el proceso llamado nacimiento. Muchos cambios en la vida física pueden intensificar y apresurar la acción kármica sobre él. Por ejemplo, cuando un hombre se ofrece como candidato para un progreso rápido, los que administran las leyes kármicas, y con el consentimiento de este candidato, pueden modificar el aparato, por decirlo de algún modo, y pueden permitir que la fuerza acumulada se manifieste con más poder sobre él, y se extinga en menos tiempo. La voluntad del hombre es la causa de la alteración del instrumento.

Si el deseo de progresar más rápidamente y, por lo tanto, de cancelar antes la deuda kármica es realmente sincero por parte del hombre, de tal manera que su alma se sitúe en la dirección adecuada, este deseo llega hasta los Señores del Karma, quienes actualizan el karma creado por el hombre en su pasado para que se precipite sobre él. El karma ya estaba creado, no es que el hombre cree algo nuevo, sino que empieza a liquidar sus deudas anteriores.

Si comprendéis lo que ocurre, nada de lo que os pase os sorprenderá. Recordad las vidas de Alcione y las cosas

terribles que en ellas suceden. En una de sus vidas le asesinaron a un hijo; en otras, pagó un crimen que no cometió. Casi no comprendísteis estas cosas cuando las leísteis como si fuera una cosa novelada, pero pensaríais en ellas con horror si supiérais que alguna de las mismas os iba a ocurrir a vosotros en esta vida. Todas estas desgracias y sufrimientos no fueron sino la cancelación de mal karma.

Cuando los sinsabores os vayan llegando en rápida sucesión, esto demuestra que los Señores del Karma han escuchado vuestras plegarias, lo cual es bueno. Si las cosas siguen un curso apacible, esto significa que Ellos no os han prestado atención. Y he aquí de nuevo que el punto de vista oculto está en total contradicción con el criterio del mundo; lo que el mundo llama cosas malas, desde el punto de vista oculto son buenas.

Cuando al dolor y a las pérdidas que sufrís se les añade la censura y la crítica despiadada por parte de los que os rodean, es cuando os ha alcanzado el mejor de los karmas. Las desgracias simultáneas despiertan la simpatía de los demás, y esa simpatía derramada sobre el hombre sufriente, lo ayuda muchísimo. Pero la censura la pueden suscitar otras desgracias; podéis haber actuado de la mejor manera posible pero os veis acosados por intensos sufrimientos y también tenéis el mundo en contra con vituperación. Cuando pasa eso, es que el hombre está liquidando mucho de su karma pasado; este factor desagradable añadido capacita al hombre para cancelar sus deudas rápidamente y totalmente.

Es fácil aceptar estas cosas como verdad cuando no trascienden el terreno de la teoría; cuando se nos explican o cuando las leemos; pero lo que tenemos que hacer es recordarlas cuando se nos presentan en la práctica. Lo que la gente hace es admitirlas hasta que llega el momento de la verdad y entonces, de repente, las olvidan. Tratad de que estas cosas

penetren en vuestras mentes de una manera total que os sea imposible olvidarlas, para que su pensamiento os fortalezca en vuestros sufrimientos y os capacite para ayudar a los que sufren. Esto puede acercarnos a la comprensión de las cosas cuando vemos que hay personas que sufren penalidades sin cuento sin que hayan hecho nada para merecerlas, como suele decirse; puede que sea así por lo que respecta a sus vidas actuales, que pueden ser muy nobles y de mucha utilidad. Sentimos la inclinación de compararnos con aquellos que son más afortunados que nosotros; es muy conveniente, de cuando en cuando, compararnos con los menos afortunados para poder sentirnos agradecidos por los bienes que estamos recibiendo. Con facilidad olvidamos cuántas cosas hay por las que deberíamos sentirnos agradecidos, porque siempre estamos preocupados por las cosas que nos llegan, si bien esto no debería hacerse.

C.W.L.— Nadie que realmente comprenda y crea en la ley del karma puede dejar de sentirse alegre. Hay que tener presente con toda claridad que el karma es una ley, como la de la gravitación, y que siempre está actuando. La gente, a veces, piensa y habla sobre el karma como si éste actuara sólo ocasionalmente cuando hacemos algo. Esto no es verdad; en cada instante estamos bajo su acción. El hombre es el que establece las condiciones en las que la ley del karma puede actuar sobre él mismo, siempre que hace, dice o piensa algo definido. La ley del karma tiene en cuenta a cada uno de los hombres en todo momento; la suma total de todos sus actos, buenos y malos. Como sea que hemos llegado hasta donde estamos pasando antes por etapas de salvajismo, es muy probable que exista una determinada cantidad de karma malo esperando para su liquidación, a menos que hayamos dedicado ya muchas vidas liquidándolo. Cuando el sufrimiento se precipita sobre nosotros, hemos de pensar que tal vez estamos liquidando la última parte de nuestro karma. Si

leemos las vidas de algunos de los más grandes santos podremos observar que atravesaron enormes sufrimientos. Todos aquellos que han tratado de ayudar al mundo han sufrido terriblemente. Es una parte del entrenamiento para la Iniciación, pero siempre dentro de la más estricta justicia, puesto que ni siquiera con fines de entrenamiento puede existir la menor injusticia.

Los Señores del Karma son, sencillamente, los Administradores de esa Ley. La palabra señores, en cierto modo, quizá pueda parecer poco clara, porque más bien parece señalar que Ellos son los que dirigen y regulan el karma. Vosotros no podéis dirigir ni regular la gravitación, pero sí que podéis arreglar las cosas de tal manera que os sea permitido utilizarla en ciertos puntos y en ciertas formas. Lo mismo pasa con la ley kármica; los que actúan en conexión con ella son sus administradores. Una de las funciones de los Señores del Karma es elegir una parte determinada del karma acumulado por una persona para que la liquide en su siguiente encarnación. Ellos no pueden tomar más o menos de karma bueno, o más o menos de karma malo del que el hombre tenga acumulado, pero sí que pueden elegir entre lo que el hombre pueda mermar. Sin embargo, la voluntad del hombre es soberana y si el karma elegido queda saldado por él en menos tiempo del que Ellos habían calculado —permítaseme esta forma de expresión— pueden designar algo más de karma para su cancelación. “A quien el Señor ama lo purifica por el castigo”, ese es el significado de esta extraña aseveración. El hombre se hace acreedor a muchas penas que no entran dentro de su karma pasado cuando su actitud al recibirlo es torpe y también insensata en lugar de filosófica; pero de esto no son responsables los Señores del Karma.

Por duro que sea, agradeced que no sea peor.

C.W.L.— La tendencia de casi todos los hombres que sufren es lamentarse y pensar en tiempos mejores. Nuestra actitud debe ser la contraria. “Las cosas pudieron haber sido mucho peor; me siento contento por estar liquidando todo este karma; se me pudo haber demandado un pago mucho mayor; por lo menos éste lo soportaré lo mejor que pueda.”

Recordad que sois de poca utilidad para el Maestro hasta que vuestro mal karma esté agotado y seáis libres.

A.B.— Desde el punto de vista del Maestro es muy conveniente para el hombre liquidar una parte del mal karma pendiente, porque hemos de tener presente que el Maestro se ve imposibilitado por ese karma para utilizar a los que tienen deseos de servirle; le impide servirse de ellos con la libertad con que podría hacerlo si el karma ya estuviera liquidado. Madame Blavatsky, que siempre hablaba de ella con mucha franqueza, dijo con relación al caso Coulomb: “Ahora yo no merecía esto; fue mi pasado.” Era cosa de vital importancia para ella liberarse de ese karma, y de aquí que el escándalo y la vergüenza de los que fue víctima mientras duró este asunto se convirtió en su mayor bendición; así lo aceptaba cuando consideraba las cosas de manera filosófica, aunque a veces, superficialmente, parecía conturbada.

Todos los aspirantes deberían sentirse estimulados con este pensamiento; tendrían que sentirse animados para olvidarse de ellos mismos y elevar sus miradas hacia el Maestro diciendo: “Estos contratiempos que me acucian me hacen más útil para Él.”

Si pedís que vuestro karma se precipite no es razonable lamentarlo cuando la petición os ha sido concedida. Conservad siempre esta idea inspiradora en vuestras mentes: “Seré más útil al Maestro cuanto más libre me sienta.” Una dádiva,

una vez entregada, no debe retirarse. Este concepto es muy corriente en los libros antiguos de la India y se repite, una y otra vez, en sus narraciones; una dádiva que se ha hecho o una palabra que se ha dado, ya no pueden retirarse. Si, a causa de unas determinadas circunstancias, os devuelven un obsequio que habíais hecho, debéis devolverlo de nuevo; ya no es vuestro y conservarlo sería un hurto. Así pues, cuando hayáis hecho la entrega de vosotros mismos —la más elevada y la más noble de las dádivas— jamás tenéis que retirarla. Con frecuencia los hombres se entregan al Maestro verbalmente, pero conservando siempre un dedo en la dádiva para poder retirarla en el caso de que el Maestro parezca aceptarla; a esto equivale en realidad. Se retiran si el Maestro presta atención a sus palabras, como puede hacerlo ocasionalmente, para hacerles ver que se han estado engañando a sí mismos y que han prometido más de lo que estaban dispuestos a cumplir.

C.W.L.— Si todo nuestro mal karma quedara extinguido, todo nuestro tiempo y toda nuestra energía quedarían libres para servir al Maestro. Se ha dicho que el Maestro se encuentra impedido por nuestro mal karma y, por lo tanto, al liquidarlo rápidamente, nos capacitamos más para servirle. Madame Blavatsky se afirmó en este punto de vista cuando fue víctima de los ataques de la señora Coulomb y de otras personas en Madrás, en el año 1884. Si bien es cierto que se indignó ante esos ataques y se sintió invadida por la tristeza ante la ingratitud que le demostraron, sintiéndose muy preocupada por lo que ello pudiera afectar y perjudicar a nuestra Sociedad, su actitud, siempre inamovible, queda expuesta en sus palabras: “Por lo menos hay que tener siempre presente que todas estas contrariedades me capacitan más para servir al Maestro.”

Esta idea la podemos aplicar tanto a las contrariedades de la Sociedad como a las nuestras. Pensad siempre en el

servicio del Maestro cuando la Sociedad se esté librando de algún mal; sus impulsos se hacen más fuertes cuando ha pasado por determinados contratiempos, porque ha quedado libre de parte del mal karma y se ha vuelto más útil; ya es un mejor instrumento en manos de sus verdaderos dueños.

Al haber agotado ya una parte de su karma, la Sociedad puede emprender mayores empresas. Ese karma expulsa el material muerto, es decir, expulsa a las personas que han alcanzado 'su punto de saturación para la verdad'. Como decía Madame Blavatsky, ya no pueden progresar más. Hasta aquel momento, esas personas pueden haber sido una gran ayuda, pero se han convertido en un obstáculo para un ulterior progreso de la Sociedad. Sin embargo, los que quedamos nos sentimos muy afligidos por la pérdida de esos amigos. En estas últimas dificultades me pareció que yo era algo así como el centro de la tormenta, y que para muchas personas que no comprendían existía un magnífico pretexto; por consiguiente, me aventuré a exponer al Mahachohan que la prueba era muy dura y a pedir un poco de indulgencia para ellos. Naturalmente, Él sonrió bondadosamente ante mi petición y dijo: "¿Quedaría usted satisfecho si ellos mismos abandonasen a la señora Besant?" "¡Oh, sí! —contesté— ¡Desde luego!" Yo creí que ellos no iban a hacer eso, pero pocos meses después se volvieron contra ella y el Mahachohan me dijo con la misma sonrisa bondadosa: "Ya ve usted, para esta encarnación el Sol se ha puesto para ellos, pero llegarán otras encarnaciones y el Sol les alumbrará de nuevo."

No hay nadie indispensable, aunque en la India suele suceder que una Rama determinada progresa mucho bajo la influencia de algún miembro y pierde el ritmo cuando éste se traslada a otra ciudad. Cuando falleció Madame Blavatsky muchos de nosotros, acostumbrados a su diaria inspiración, temíamos que sobreviniera la oscuridad. Surgió otra gran

personalidad con nuestra actual Presidenta. Estoy seguro de que ella será la primera en decirnos que, cuando le llegue el turno y nos deje, no tenemos que preocuparnos por la Sociedad. Los instrumentos cambian de cuerpo; "a los ojos del necio parece que mueren." Pero los Maestros que nos inspiran no mueren y mientras Ellos estén ahí, siempre habrá quien continúe Su trabajo.

Al ofreceros a Él habéis pedido que vuestro karma se acelere, y por eso ahora, en una o dos vidas y a base de esfuerzo dejaréis cancelado lo que, de otro modo, podría haber alcanzado hasta cientos de ellas. Pero para sacar el mejor partido posible de ello, debéis soportarlo con alegría, contentos.

A.B.— Según la manera como se paga una antigua deuda se pone en juego una nueva causa. No hay que olvidarlo nunca. Si afrontáis de la mejor manera posible vuestro mal karma, ponéis en movimiento nuevas formas generadoras de bien, mientras que si os resistís a pagar vuestras deudas y refunfuñáis al hacerlo, sucederá lo contrario. Recordad las palabras del Cristo en el Sermón de la Montaña: "Conciliate pronto con tu adversario mientras estés con él en el camino." (Mateo v, 25.) Es un buen consejo para seguirlo en las circunstancias desfavorables. Vuestras molestias y vuestras pérdidas se os aparecen como adversarios; afrontadlas con valor; tened con ellas un pronto arreglo y cesarán. Podríamos liberarnos de nuestro mal karma con mucha mayor rapidez si no generásemos más mientras estamos cosechando el anterior.

C.W.L.— La gente habla de entregarse al Maestro y después se asusta de que Él le pida demasiado. Ese es el espíritu de Ananías y de Sáfira. Esta desventurada pareja tenía todo el derecho a retener una parte de sus bienes si así lo deseaban;

pero cometieron el error de presumir que lo estaban dando todo. Decir: "Yo puedo dar esto; yo puedo hacer tanto más cuanto en Su servicio, pero no puedo entregarme sin reservas", indica un grado de desarrollo por el cual todos debemos pasar. Pero el que se ofrece a sí mismo al Maestro debe hacerlo de todo corazón, como cuando hacemos un regalo. Tendrá que entregarse sin reservas por lo que respecta al uso que se haga de él y sin el deseo de retirar esa entrega. Nadie debe temer que el Maestro exija demasiado. Si nos ofrecemos a Él no debe sorprendernos ni debemos sentirnos heridos si el sufrimiento nos asalta de repente. Demuestra que el ofrecimiento ha sido aceptado en parte. Muchas de las cosas que el mundo califica como malas y considera como sufrimientos, tienen que tomarse como signos de progreso rápido. Cuando en lugar de acompañarnos en nuestro dolor la gente nos vitupera, hemos de interpretarlo como el mejor de todos los karmas. Ser mal comprendidos de manera que nuestra buena conducta sea censurada —como dice Ruysbroek— siempre ocurre cuando el hombre se está aproximando a su meta final. Eso es lo que ha sucedido a través de la historia a todo gran Instructor místico y ocultista. El mismo hecho de soportarlo todo con alegría genera buen karma y desarrolla en nosotros valiosas cualidades: paciencia, perseverancia, resignación, capacidad de sufrimiento, determinación. Y de ese modo, del mal de tiempos pasados podemos derivar el bien.

Una cuestión más. Debéis ahuyentar todo sentimiento posesivo. Puede que el karma os arrebathe las cosas que más queréis —incluso las personas a las que más amáis. Aún así, debéis estar contentos —dispuestos a desprenderos de cualquier cosa y de todo.

A.B.— Llegamos aquí a una cosa enormemente más difícil que la anterior. Soportar el karma pasado es mucho más

fácil. Debéis eliminar todo sentimiento de posesión; primero por lo que respecta a las cosas y luego por lo que se refiere a las personas. Lo último es una tarea mucho más sutil: ¿habéis desechado toda idea de posesión con respecto a las personas que más amáis? Aunque el hombre piense que lo ha logrado, se presentan circunstancias de prueba y, con frecuencia, resulta que no había conseguido nada. ¿Podéis veros despojados de una vida que para vosotros es más querida que la propia? Podéis considerarlo como la última y más difícil prueba de vuestra devoción hacia el Maestro. En este punto todos los aspirantes deberían probarse antes de que las circunstancias los sometan a la verdadera prueba, para atenuar así el golpe por medio de la práctica anticipada. No tratéis de matar el amor que sintáis hacia alguien: esa es la forma en que proceden las fuerzas negras. Podéis practicar amando a una persona constantemente, pero alejándoos durante algún tiempo de la sociedad de esa persona; realizando algún trabajo que tenga que hacerse lejos de quien os hace feliz la vida, o de algún otro modo parecido. Si podéis hacerlo, alegre y gozosamente, ya estáis en el camino de responder a la llamada cuando llegue: la llamada de abandonarlo todo para seguir al Maestro.

Tened presente con cuanta frecuencia se trata de este punto en las explicaciones que nos han llegado de cuando el señor Maitreya estuvo en Palestina. No todos los que fueron llamados estuvieron a la altura de su oportunidad; sólo algunos. Los que lo abandonaron todo para seguirlo llegaron a ser Maestros cuando acaeció Su muerte; los otros nunca volvieron a oír nada de Él. Recordad el caso de aquel joven rico que se sintió abatido por el dolor aunque sólo se le pedía que abandonase sus riquezas. La gente cree que hubieran atendido la llamada inmediatamente si se hubieran encontrado en el caso de ese joven; pero no estoy muy segura de que haya muchas personas capaces de renunciar a sus posesiones

para seguir a un predicador ambulante rodeado de algunos hombres poco educados. Pero así es la prueba del discipulado; renunciar a todas las cosas, las cosas que más os agradan y las personas que más amáis, para seguir al Maestro.

C.W.L.— Hemos de comprender que nada es nuestro, en un sentido personal; que cualquier cosa que tengamos sólo nos ha sido entregada en custodia para lograr los fines de la evolución. El que tiene dinero o el que ocupa una posición influyente ha sido agraciado con la oportunidad de realizar un trabajo mejor. Nada es nuestro en el sentido de que podamos hacer de ello un uso por separado; siempre estamos en la situación de un gerente o un empleado de confianza que maneja los fondos del negocio; pero que debe tener tanto cuidado con cada centavo como si fueran realmente suyos. Esa debería ser la actitud de cada hombre rico o de todo el que ocupa una posición influyente.

La actitud de vivir como representante de la humanidad ya se ha explicado por parte de los Maestros de una manera asombrosamente bella. Ellos se consideran a Sí Mismos como simples administradores de todas las fuerzas poderosas que poseen. Por eso el Maestro no crea karma, ni bueno ni malo, que lo ligue a la condición humana. Los grandes actores, los grandes ejecutores de la evolución, no generan karma que los ligue porque todo lo hacen de manera impersonal; sin ningún deseo personal en absoluto. Actúan como el soldado en el campo de batalla que lucha sin pensar siquiera en un enemigo en particular al que le toque matar, sino con el sentimiento de que combate por una causa y como parte de una poderosa maquinaria. Y así es como trabajan Ellos, como parte de la Gran Fraternidad, como parte de la Jerarquía, como parte de la humanidad, y todo el bien que generan retorna a la humanidad y contribuye a su progreso.

Primeramente, no hemos de tener la sensación de posesión por lo que respecta a las cosas y, después, por lo que respecta a las personas, lo cual es mucho más difícil de asumir todavía; podemos vernos separados de ellas por lo que denominamos muerte y tal vez también por el servicio en pro de la humanidad. Durante la Guerra Mundial pasó esto en miles de casos; la esposa entregó a su marido; la madre al hijo, para luchar por la causa. Es evidente que nosotros no hemos de mostrarnos indecisos al proceder así en servicio del Maestro, como lo han hecho miles de personas en servicio de sus patrias. Es doloroso vernos separados de una vida que significa para nosotros mucho más que la propia, y son muchos los que han tenido que hacerlo así; algunos en muy tristes circunstancias y otros en condiciones que hacían su sacrificio sagrado y hermoso.

La forma que utilizan los que practican la magia negra es matar el amor para escapar al sufrimiento. Pero los que aspiran a pertenecer a la Gran Fraternidad Blanca tienen que acrecentar siempre su amor, despojándolo del egoísmo que frecuentemente lo empaña. Recordad cómo el corazón de Nuestra Señora la Virgen María fue traspasado por una espada. Ella pudo haberse abstraído a ese dolor decidiéndose a arrancar de su corazón todo recuerdo de su hijo y olvidándose de él por completo. “No penséis que vine a poner la paz en la tierra; no vine para poner la paz, sino la espada.” (Mateo 10.34.) Significaba que Sus enseñanzas serían aceptadas aquí y allá por alguien de cada familia, y que los demás se enfrentarían a ellos, lo cual sería motivo de luchas y algunos tendrían que abandonar sus hogares y sus amigos en aras de algún trabajo en especial que se les encomendara. De forma parecida ha habido muchos casos en que un solo miembro de una familia ha comprendido la verdad teosófica, lo cual ha sido causa de divisiones y sufrimientos. En la actualidad, el que lo desea, puede abandonar a su familia y

trasladarse al otro lado del mundo con la idea de hacer dinero, sin que haya quien tenga nada que objetar ante esa decisión; pero si alguien trata de hacer lo mismo por el bien de la humanidad, de inmediato surgen las protestas; ese es el pequeño grado de evolución del espíritu de nuestro tiempo.

Recordad las dificultades que puso el rey Suddhodana cuando el Príncipe Siddharta manifestó su deseo de entregarse a la vida religiosa. Gastó mucho dinero y gran parte de su vida en esfuerzos para impedir que su hijo aceptara el superior destino que se erigía ante él, luchando para convertirlo en el rey más poderoso de la India —en lugar del mayor Instructor religioso de todos los tiempos, alternativa que los astrólogos ya le habían vaticinado. El rey sabía que para convertirse en un instructor religioso su hijo tenía que enfrentarse a la pobreza y ser abnegado; sin percibirse de que su destino habría de ser mucho más elevado que el de cualquier rey. No es el nombre de un rey el que más se ha perpetuado en la historia, sino el del gran Instructor religioso. El rey Suddhodana quería gran poder y fama sin igual para su hijo, y lo obtuvo, pero no de la manera que él había proyectado. El poder del Señor Buddha es mayor que el de cualquier monarca de la tierra, y su nombre ha circundado el mundo entero.

El Cristo dijo al pueblo: “Abandonadlo todo y seguidme.” Cuando nuestros amigos cristianos leen estas palabras en los Evangelios creen que ellos lo hubieran seguido de inmediato. Eso no es muy convincente. Hagamos un esfuerzo y situémonos en el lugar de la gente de aquella época. Recordemos al joven, dueño de grandes riquezas y posesiones que llegó hasta Él; esas riquezas le imponían obligaciones que él creía que debía atender y, por consiguiente, no tuvo el valor de abandonarlas. Toda la opinión pública de su tiempo, todo lo que era respetable ante la sociedad, todos los poderes ortodoxos, se agruparon contra el Cristo; Él sólo era un pobre predicador

vagabundo que ni siquiera tenía donde reclinar la cabeza. ¿Lo hubiéramos seguido en esas condiciones? ¿Es verdad que hubiéramos renunciado a todo para seguir a Aquel a quien las personas mayores, el alto sacerdocio y la opinión ortodoxa estigmatizaban como fanático? ¿No nos hubiera asaltado la duda de que pudiera ser que estuviésemos recogiendo cáscaras y desechando el grano? No podemos darlo por sentado. En la actualidad, las circunstancias tal vez sean muy parecidas, pero los que hemos renunciado a todo para seguir a los Maestros no lo lamentamos, ni siquiera por un instante.

A menudo el Maestro necesita derramar Su fuerza sobre los demás a través de Su servidor; no puede hacer eso si el servidor se hunde en la depresión. De modo que la regla debe ser el contentamiento.

C.W.L.— En el contexto de este libro se nos expone constantemente la razón que tenemos para hacer cualquier cosa; es decir, siempre en servicio del Maestro. Podríamos esperar algunas otras razones en contra de la depresión: que es mala para la persona que la sufre; que ejerce una nefasta influencia sobre los demás; pero la razón sobre la cual se hace más hincapié es que el Maestro no puede utilizar como canal para Su fuerza a la persona que se deja abatir por la depresión.

A.B.— Aquí se nos presenta la razón por la cual la alegría debe ser en nosotros una regla y es que el Maestro necesita nuestra ayuda; que así podemos ser útiles para Él. Su fuerza siempre es gozosa, porque es parte de la fuerza del Logos; por consiguiente, no puede discurrir a través de un canal obstruido por la depresión.

Puede que parezca extraño afirmar que el Maestro no puede hacer esto o aquello; pero, en realidad, es así. De vez

en cuando podemos oír al Maestro: “No logré hacer esto.” Los Maestros, cuando actúan aquí abajo, tienen un poder limitado debido a las condiciones del plano físico. Es frecuente que no puedan ponerse en contacto con alguna persona de este plano a menos que utilicen un intermediario, y por eso Ellos necesitan una ayuda que tal vez vosotros les podéis dar. Sin esa ayuda, queda mucho sin hacer y, como consecuencia, más tarde será necesario allanar los obstáculos que ya no deberían existir.

CAPÍTULO XXII

ASPIRACIÓN ÚNICA

Lo único que tenéis que tener presente es realizar el trabajo del Maestro. De cualquier otra cosa que pueda presentarse en el camino de vuestras ocupaciones, esto, al menos, no debéis olvidarlo nunca.

C.W.L.— La aspiración única es condición indispensable para tener éxito en la vida diaria. El hombre que la asume triunfa finalmente, porque todos sus poderes trabajan con un solo fin, mientras que los demás tienen una gran variedad de propósitos y constantemente están cambiándolos. El hombre que se dedica a hacer dinero, por ejemplo, y pone en juego todo el potencial de su pensamiento y toda su voluntad para conseguir lo que busca, vigilando y planeando constantemente, casi puede estar seguro de que logrará su propósito. Si nos proponemos servir siempre al Maestro, decididos a dejar de lado *todo* lo demás, nuestro progreso será realmente rápido.

Sin embargo, de todo lo que pueda llegaros, y que sea beneficioso para todos, la labor desinteresada es el trabajo del Maestro, y debéis llevarla a cabo por Él. Y debéis poner toda vuestra atención en cada parte de la misma a medida que la realicéis, para que pueda ser lo más perfecta posible.

C.W.L.— Una gran parte del trabajo del aspirante consiste en prepararse para trabajos futuros y para una mayor responsabilidad en servicio del Maestro. Algunos de estos trabajos, por el momento, no tienen una utilidad directa en los planes que tiene el Maestro. Pero pueden compararse, por ejemplo, al trabajo de un niño que estudia latín en la escuela, lo cual, por de pronto, no le aporta ningún beneficio, pero que hace que en él se desarrollen cualidades de carácter que le resultarán útiles en su vida, más adelante. Los deberes de la vida diaria combinan ambas cosas con mucha frecuencia, porque proporcionan un magnífico entrenamiento y educación a los que los cumplen bien, al mismo tiempo que nos ofrecen muchas oportunidades para ayudar a los demás a progresar, lo mismo en carácter que en ideales, lo cual, de una manera clara, ya es un trabajo al servicio del Maestro. Todas las diferentes actividades cotidianas quedan dentro del campo de acción de nuestra aspiración única, la de servir al Maestro cuando aprendemos a ejercerlas en Su nombre y en Su servicio, dentro del campo de lo que constituye nuestra aspiración única. Educar una buena familia que, llegado el momento, también Le servirá; hacer dinero para emplearlo en Su servicio; adquirir poder para estar en condiciones de ayudarLe; todo queda dentro del campo de acción del discípulo; pero cuando hacemos eso, hemos de ponernos en guardia contra la posibilidad de estarnos engañando a nosotros mismos; de estar tapando con la capa de la santidad del nombre del Maestro lo que tal vez no sea nada más que la satisfacción egoísta de ejercer el poder o de manejar el dinero.

Ese mismo Maestro escribió también: "Sea lo que fuere lo que hagáis, hacedlo de corazón, para el Señor, y no para los hombres." Pensad en cómo haríais una parte del trabajo si supierais que el Maestro iba a venir en seguida a verlo: así es como debéis hacer todo vuestro trabajo.

Aquellos que saben más sabrán mejor lo que esa expresión significa. Y hay otra como ésta, mucho más antigua: "Todo lo que trates de hacer, hazlo con todas tus fuerzas."

C.W.L.— Todo el mundo está dentro de la conciencia del Señor del Mundo, el Iniciador Único y, por lo tanto, todo lo que hacemos lo hacemos en Su presencia. De aquí se deriva el antiguo concepto cristiano de la omnisciencia y la omnipresencia de Dios, de Quien se dice, "en Él vivimos y nos movemos y tenemos nuestro Ser." No es una figura poética, es una realidad científica que vivimos dentro del aura del gran Rey Espiritual del Mundo. Desde luego, nos resulta totalmente incomprensible y no podemos concebir una conciencia que pueda abarcar simultáneamente todo el mundo; sin embargo, día llegará en que tendremos que alcanzar ese estupendo nivel.

El antiguo concepto de Dios sobre la omnipresencia es algo terrible; se suponía que Dios estaba siempre buscando un fallo; pendiente siempre de alguna violación de sus leyes para poder esgrimir toda su cólera ante el desventurado pecador. Muchos niños han sufrido terriblemente con esta idea de que Dios ve todos sus actos; sufren con la creencia de que no pueden hacer nada que sea privado. Pero esto es así porque el niño aterrorizado no puede imaginar cómo juzgará su mentor las cosas que él está haciendo. Pero, si en lugar de esta actitud constatamos el poderoso amor divino, empezaremos a comprender que Su omnipotencia es nuestra mayor bendición.

A.B.— La prueba que el Maestro nos da aquí tiene que aplicarse a todo nuestro trabajo. Supongamos que hemos de escribir una carta: si sabemos que el Maestro ha de venir a leerla, la escribiremos con mucho cuidado, tanto por lo que se refiere a su contenido como a su caligrafía. Cualquiera que

sea vuestro trabajo, es Su trabajo, si es el mejor que podéis hacer, tanto si se trata de algo que Él desea con una finalidad inmediata, como si es algo que os prepara para futuras actividades. Todo es para Él, si nosotros somos suyos; no puede ser para nadie más. Haced que ésta sea una actitud mental normal y constante y crearéis la atmósfera en la que se crea la aspiración única.

¡Cuán espléndidamente se desarrollaría todo si tuviéramos realmente esa aspiración única! Ese pensamiento de hacerlo todo en Su servicio lo mantengo siempre en mi mente, como así pueden hacerlo los discípulos más jóvenes, aunque yo pueda tener un hábito más arraigado que ellos por la fuerza de la costumbre que me ayuda. “¿Por qué he de contestar esta carta?”, me pregunto a mí misma a veces, y la respuesta llega de inmediato a mi mente: “Este trabajo se ha presentado en mi camino porque es un trabajo del Maestro.”

Continuaréis con este pensamiento predominante en vuestra mente durante todo el tiempo que seáis discípulos; sólo se trata de crear un hábito, y cuando esto se haya conseguido, todo contribuirá a fortalecerlo. Ello nos ayudará a hacer con todas nuestras posibilidades cualquier cosa que emprendamos. Hemos de hacerlo todo con toda nuestra capacidad porque de esa manera llegará a formar parte de la actividad divina y por el entrenamiento de carácter que nos facilitará. Realizad vuestro trabajo con la máxima perfección, y no incurráis en la más mínima deficiencia.

Aspiración única significa, también, que nada os desviará nunca, ni siquiera por un instante, del Sendero que habéis emprendido. Ni tentaciones, ni placeres, ni siquiera los afectos de este mundo deben apartaros jamás de él. Porque vosotros mismos debéis convertirlos en uno con el Sendero; éste debe formar parte de vuestra

naturaleza, de tal modo, que lo sigáis sin necesidad de pensar en él y no podéis desviaros. Vosotros, vuestras Mónadas, lo han decidido; abandonarlo sería abandonaros a vosotros mismos.

C.W.L.— Esta afirmación de que el individuo debe hacerse uno con el Sendero aparece, además de en este libro, en otras Escrituras. El Cristo dijo a Sus discípulos: “Yo soy el Camino”; (San Juan, 14. 6). Shri Krishna hizo una observación parecida: “Yo soy el camino por el cual debe caminar el viajero.” La misma idea queda expuesta en *La Voz del Silencio*, que dice: “No podrás hollar el Sendero antes de haberte convertido en el Sendero mismo.” Lo que pasa en realidad es que el hombre se está convirtiendo en su propio Ego verdadero. Patanjali, al definir el yoga, dice que cuando el hombre ha logrado el control de su mente ‘reside en su verdadera morada.’ La mónada es nuestro verdadero Ego, el Dios en el hombre que ha hecho descender una sombra de sí mismo para formar el Ego, el cual, a su vez, ha encarnado en una personalidad. El Ego sólo puede dominar a la personalidad cuando ha alcanzado una considerable evolución; antes de esto, se limita a mirar hacia abajo sin esforzarse demasiado, porque su influencia es poco definida. Llega después la Primera Iniciación, el momento en que la personalidad deja ya de tener voluntad propia y vive únicamente (excepto cuando lo olvida) para servir a la parte superior. El Ego ya no está activo en los planos inferiores y empieza a comprender la existencia de la Mónada y a vivir de acuerdo con su voluntad. La mónada ha emprendido el camino de la evolución del Ego, que ya no puede elegir otro, porque se está convirtiendo en la Mónada, alcanzando la liberación de sus ataduras, incluso en los planos espirituales. Mientras se transita por el Sendero, el discípulo se sentirá constantemente zarandeado de un

lado para otro, pero cuando haya realizado la aspiración única, caminará firme sin sufrir desviaciones.

A.B.— La gente olvida con frecuencia que el hombre es la expresión de la Mónada. El Ego verdadero es la Mónada y, por lo tanto, lo que el hombre hace aquí abajo, lo hace por su verdadera voluntad, no por compulsión de una voluntad ajena. La voluntad de la Mónada es vuestra voluntad; vuestros deseos no son, en absoluto, vuestra voluntad; vosotros os sentís atraídos por las cosas externas porque uno u otro de vuestros cuerpos desea sentir un placer determinado. Vosotros no sois los que deseáis el placer: es la materia elemental la que desea saborearlo y experimentarlo. Contra ese estado de cosas tenéis que oponer vuestro verdadero Ego que, invariablemente, tiende a elevarse. Tenéis que ser como una brújula fuertemente imantada cuya aguja, ciertamente, puede inclinarse hacia un lado, pero que siempre vuelve a su posición. Hasta que seáis de tal manera fuertes, que nada pueda desviaros de vuestros propósitos tenéis que practicar constantemente el retorno a la voluntad una.

Vosotros no sois materia; tenéis que hacer de ésta vuestro instrumento. Es absurdo que os dejéis gobernar por un poco de materia que habéis recogido para que se amolde a vuestras costumbres. Es como si el carpintero, al manejar un martillo, dejara que éste golpeará, no donde él quiere, sino donde al martillo se le antoje; que le golpeará en los nudillos en lugar de dar en el clavo. A menudo sucede que el hombre se magulla los dedos con su instrumento; pero esto pasa porque es un torpe artesano. Aprended a ser fieles a vuestras aspiraciones, a vuestra verdadera voluntad, y llegará el momento en que no podréis apartaros de ella.

La aspiración única también puede desarrollarse mediante la concentración. Fijad vuestra atención en un área reducida durante un tiempo determinado; concentraros en una

sola cosa durante un rato para que salga bien. Una cierta cantidad de agua que forma una fuerte corriente cuando se canaliza, si se esparce en una amplia superficie sólo humedece una capa de tierra. Lo mismo pasa con vuestras energías. Haced vuestros trabajos, uno a uno, de forma clara y precisa en lugar de hacerlos de forma inconcreta y todos a la vez. Si seguís este consejo al pie de la letra, pronto empezareis a observar algunos resultados claros; pocos en una semana, tal vez, pero a medida que el tiempo pase, estos resultados se irán acrecentando, y pronto llegarán a ser considerables, tanto en la calidad del trabajo realizado como en el incremento de vuestro poder.

CAPÍTULO XXIII

CONFIANZA

Debéis confiar en vuestro Maestro; debéis confiar en vosotros mismos. Si habéis visto al Maestro confiaréis en Él hasta el máximo, a través de muchas vidas y muertes. Si no le habéis visto, debéis tratar de pensar y de confiar en Él constantemente porque si no lo hacéis ni siquiera Él puede ayudaros.

C.W.L.— Estas son, en parte, palabras de Alcyone que aquí habla de su Maestro; pero el Maestro habló igualmente de otros Seres superiores a Él, porque de la misma manera que nosotros hablamos y pensamos de los Maestros, Ellos, a Su vez, hablan y piensan del Señor Buddha, del señor Maitreya y de otros Seres superiores a Ellos.

Para nosotros, prácticamente es imposible comprender lo que es un Maestro. Podemos esforzarnos por conseguirlo, podemos pensar en los ideales más elevados que podamos imaginar, pero el Maestro representa grandezas de tan diversas clases, inimaginables para nosotros, que el más elevado ideal que podamos formarnos de Él será siempre demasiado incompleto. Siendo éste el caso, la confianza más plena en Su sabiduría no es otra cosa que sentido común.

La total confianza en el Maestro, ante todo, es cuestión de nuestro pasado. Si repasamos las vidas de Alcyone, podemos ver que ese ha sido su caso. Durante muchas de sus vidas

pasadas ha estado en íntima asociación con su Maestro. El estudio de esa misma serie de vidas pone de manifiesto que yo, por ejemplo, he venido actuando en una asociación semejante con mi Maestro, y lo mismo en el caso de algunos otros. Supongo que esto explica el hecho de que, desde el mismo momento en que leí algo del Maestro, al instante sentí hacia Él la más fuerte de las atracciones posible. Cuando tuve el privilegio de verlo, ni siquiera por un instante tuve la idea de desconfiar de Él. En esos casos puede decirse que el Ego sabe, bien por ser consciente de la presencia del Maestro en el plano mental superior, bien por la memoria que tiene de sus vidas pasadas en las cuales le ha sido dado conocer al Maestro. En algunas ocasiones el Ego sabe, pero no le es posible transmitir ese conocimiento a la personalidad, y en otras, este conocimiento es transmitido solamente de manera imperfecta o incorrecta. También puede pasar que el Ego no sepa. El Ego no puede caer nunca en el error. En ningún caso puede engañarse; pero es cosa clara que puede ignorar algunas cosas y, en realidad, el verdadero objetivo de su encarnación es el de hacer desaparecer esa ignorancia.

Los que no tienen pruebas de la existencia de los Maestros harán bien en considerar lo razonable de la idea: la seguridad de que, puesto que el hombre está evolucionando y ha trascendido ya muchas etapas de adelanto, ante él habrán otras etapas de evolución. No debemos pensar que ya estamos en la cumbre del progreso. Muchos que han visto y han hablado a esos Seres, dan testimonio de Su existencia.¹

Son muchos los que en realidad han visto a los Maestros y, a pesar de eso, aunque esto podría parecer incomprensible,

¹ Este punto se trata extensamente en el libro *Los Maestros y el Sendero*.

se han alejado de Ellos posteriormente, motivados por la desconfianza. Recuerdo muy bien, por ejemplo, a un tal señor Brown de Londres: este señor ha publicado un panfleto que describe su vida, por lo cual no cometo ninguna falta cuando aludo a ello. Hace muchos años se marchó a la India donde tuvo el extraordinario privilegio de entrevistar en cuerpo físico a uno de los dos Maestros que iniciaron la fundación de la Sociedad Teosófica. Ellos raramente descienden de Su morada en el Tibet; pero ambos han estado en la India desde que yo ingresé en la Sociedad en los primeros años del movimiento. En *El Mundo Oculto* hay una maravillosa narración de la visita del Maestro Kuthumí a Amritsar, donde se encuentra el Templo de Oro de los Siks. El Maestro dijo: "Vi a nuestros siks borrachos sobre el piso de su templo... mañana mismo regreso a casa." Me parece que cuanto más estiman Ellos que pueden usar con mayor ventaja Sus energías en los planos superiores, tanto más dejan la actividad de los planos inferiores en manos de aquellos que se están agrupando a Su alrededor en el mundo.

El joven señor Brown ya había visto la apariencia astral del Maestro Kuthumí y sucedió que, al estar viajando por la lejana zona del Norte de la India como secretario del Coronel Olcott, llegó el Maestro, en cuerpo físico, a entrevistar al Coronel. El señor Brown estaba durmiendo en la misma tienda que el Coronel, sólo que en una división separada. El Maestro habló durante algún tiempo con el Coronel, pasando luego a la otra división de la tienda. No comprendo porque, pero el señor Brown se envolvió la cabeza con una de las sábanas, temeroso de ver al Maestro. En casos así, es natural que la persona se sienta cohibida por sus defectos; pero no creo que sea una actitud positiva la de imitar al avestruz metiendo la cabeza entre las ropas de la cama, las cuales, evidentemente, son transparentes para la visión superior. El Maestro, no obstante, habló con paciencia. "Saque usted la

cabeza de entre la ropa, le dijo, quiero que vea usted si soy la misma persona que ya vio en cuerpo astral." Después, el Maestro se retiró de la estancia dejándole una nota y fue entonces cuando el señor Brown pudo recuperarse de su turbación. Entonces tuvo la oportunidad de alcanzar lo que otros hubieran deseado. Sin duda alguna era merecedor de ello, pero no supo aprovecharlo. Y después de todo esto dudó de la existencia de los Maestros. También ha habido otros que han tenido el privilegio de ver a los Maestros sin haber aprovechado su oportunidad.

Algunas personas, debido a sus experiencias en vidas anteriores, se han creado una naturaleza escéptica; otros son excesivamente crédulos. Ninguno de estos extremos es conveniente para el progreso humano; ambos son igualmente anticientíficos. Cada hombre tiene su constitución mental especial. Si se le presentan cosas nuevas que encajen en ella, las acepta de inmediato sin exigir una prueba exacta. Decimos: "Sí, parece muy probable; está de acuerdo con mi manera de pensar; seguramente es así." Pero, por otro lado, la persona común y corriente rechaza todo lo que se le dice cuando eso no encaja con su contexto mental. Cuando uno ya tiene experiencia en el estudio oculto de las cosas, prescinde de la actitud de rechazar una afirmación cuando no se acomoda a lo que uno ya sabe. Se aprende a posponer el juicio sin aceptar ni rechazar la afirmación, diciendo: "Por lo que he visto hasta ahora, eso no me parece muy probable; pero no lo niego; me limito a esperar nuevas luces." Es una prueba de ligereza y una manifestación de ignorancia negar que una cosa pueda ser porque no está dentro de nuestra experiencia.

Generalmente, aquí, en el plano físico, el que menos sabe es el que afirma con seguridad. En las ciencias, son los estudiantes los que dogmatizan. Los grandes científicos suelen decir: "Yo no he tenido experiencia sobre tal o cual cosa, pero, desde luego, no pretendo negarla." El Canciller de

Inglaterra dijo en cierta ocasión: "Estoy tan seguro de esto como el más joven de los abogados." El hombre de poca experiencia está seguro porque no sabe que hay muchas posibilidades que no permiten establecer leyes en forma definitiva; los que han estado estudiando durante muchos años son mucho más cautelosos al expresarse. Entre nosotros existe una amplia gama de realidades que todavía desconocemos. La generación precedente hubiera ridiculizado y considerado absolutamente imposible muchas cosas que en la actualidad están al alcance de todo el mundo. Es conveniente reconocer este hecho desde un principio y estar preparados para nuevos descubrimientos que pueden presentarse constantemente a medida que el ser humano evoluciona.

Para nosotros, como estudiantes de ocultismo, es de gran utilidad substraernos a la tendencia de dejarnos influir por conceptos que hemos forjado de antemano. Tenemos que contar con la suficiente plasticidad para aceptar incluso verdades revolucionarias cuando éstas se basan en buenas razones. Si carecen de esa base, simplemente, hemos de prescindir de ellas, señalando que no podemos saber lo que hay de cierto, y sin condenar esas afirmaciones ni tampoco a las personas que las sustentan. La verdad es variopinta, y apreciar sus diferentes aspectos a la vez no es una facultad al alcance de cualquier persona, ni de cualquier grupo de individuos; en consecuencia, siempre podrá existir un fragmento de verdad en cosas que puedan parecernos irrazonables.

Es lamentable que haya muchas personas que, desconociendo absolutamente todo sobre algún asunto, están persuadidas de que saben todo lo posible sobre el mismo; especialmente, si se trata de temas religiosos, los que saben muy poco están insistiendo clamorosamente en que otros crean los errores que ocupan las mentes de ellos. En algunos

casos, dicen que es su conciencia la que los dirige de esa manera. Incluso siendo así, no siempre hemos de confiar en nuestra conciencia, porque el Ego, cuya voz es la conciencia, no sabe todas las cosas. Explica la historia que las gentes han quemado y torturado a otras por motivos de conciencia. Un Ego que recomendara hacer esas cosas sería completamente ignorante en muchos aspectos. Evidentemente, siempre hemos de prestar oído a nuestra conciencia, si estamos seguros de escuchar su dictamen, pero teniendo presente la famosa respuesta del Obispo South a un disidente: "Sea como sea, sigue tu conciencia, pero ten cuidado de que esa conciencia no sea la de un necio."

Si bien es cierto que es conveniente tener confianza, uno no puede hacer que le crean, así como tampoco puede hacer que le amen. Pero, de la misma manera que al examinar con insistencia las buenas cualidades de una persona vamos encontrando gradualmente razones para quererla, pensando en las razones que existen para una creencia, podemos ir adquiriéndola gradualmente. Estrictamente hablando, nadie debe desear tener una creencia determinada; sólo debe creerse en lo que pueda ser verdad; pero esa verdad podemos alcanzarla después de un detenido estudio de la materia en cuestión, si es que no contamos con la convicción que se ha originado en el pasado.

Los grandes líderes espirituales no acostumbran a facilitarnos las cosas. Particularmente, me inicié en los estudios ocultos bajo la dirección de la señora Blavatsky, quien daba a sus educando migajas de su conocimiento, al mismo tiempo que constantemente los sometía a pruebas muy rigurosas. Era un método muy drástico y sólo aquellos que realmente deseaban progresar siguieron a su lado, porque los demás la fueron abandonando. Entre los que seguían este método había muchos que se dedicaban a investigar en los sentimientos y decían que ella hacía cosas que un gran instructor

espiritual no debería hacer. Mi actitud fue siempre la siguiente: "La señora Blavatsky tiene su conocimiento oculto y yo voy a adquirirlo de ella, si es que quiere dármelo. Todo lo demás que haga es cosa suya, no estoy aquí para criticarla; a su Maestro le toca juzgarla, no a mí; ella puede tener sus razones para hacer lo que hace, yo no sé nada de esto. Ella posee este conocimiento, habla de estos Maestros. Yo me propongo adquirir ese conocimiento y, si es humanamente posible, me propongo llegar a los pies de esos Maestros." Lo abandoné todo para seguirla y jamás me he arrepentido de la confianza que deposité en la señora Blavatsky. Está en el karma de algunos el ser críticos por temperamento y los de esa condición aprenderán con mucha mayor lentitud que los que están dispuestos a aceptar las cosas cuando son razonables.

Hemos de recordar que nunca hay que jugar con el ocultismo. De lo contrario no conseguiremos resultados benéficos y no haremos ningún bien; el ocultismo, cuando no es el interés primordial de la vida, carece de valor. No podemos dar al ocultismo el segundo o el tercero o el décimo séptimo lugar en la vida, como tratan de hacer muchas buenas personas. En realidad, tiene que ser lo primero en nuestra vida y todo lo demás debe estar en segundo término.

Tener confianza en el Maestro significa creer que Él sabe exactamente lo que nosotros hemos de hacer y que Él dice justamente lo que quiere decir; y por eso cuando, como en este libro, establece ciertas reglas definidas, hemos de hacer todo lo posible por seguirlas. Sé que es difícil y que es tarea penosa hacer que la gente crea en esa precisión. Suele decirse: "Bueno, el Maestro quiere decir esto o aquello, aproximadamente." Pero es que Él dice exactamente lo que quiere decir, y si nosotros no creemos en sus palabras y fracasamos, sólo nosotros tenemos la culpa. En ocultismo hay que pasar de la insinceridad del mundo a la luz de la verdad; de nuestro mundo, al mundo de los Maestros.

A menos que exista una absoluta confianza no puede establecerse una corriente perfecta de amor y de poder.

C.W.L.— Si uno está en una situación de duda respecto a la existencia del Maestro o del poder de uno mismo para llegar hasta Él o para progresar, esa misma duda hace que todas las vibraciones tengan lugar en sentido contrario; y que la persona que tenga esa duda no sea un canal adecuado para ser utilizado. Por consiguiente, el discípulo debe tener confianza en el Maestro y amor hacia Él, sintiendo al mismo tiempo un amor impersonal hacia la humanidad. La única idea del Maestro, constantemente, es hacer todo lo que deba hacerse con el menor gasto posible de energía espiritual, para poder reservar el máximo para otros trabajos. El que se encuentre en cualesquiera de las condiciones ya mencionadas, no es un buen canal y por lo tanto resulta inútil para el Maestro. Resultaría realmente triste no poderle ser útil cuando necesite de nuestro servicio; tener en nuestros diferentes vehículos vibraciones que repelan Su influencia en lugar de transmitirla.

Recuerdo el caso de una persona que aspiraba ardientemente a ser discípulo de cierto Maestro. Le había servido ya en diversas formas y su único deseo era llegar a verlo. Yo estaba en casa de esa persona cuando el Maestro vino en cuerpo físico a visitar la ciudad donde esa persona residía, pero Él no fue a su casa. Encontré al Maestro fuera de ella y estuve hablando con Él durante mucho tiempo, pero no pudo visitar a la persona que anhelaba ser Su discípulo porque precisamente en aquel momento el cuerpo astral de esa persona se encontraba violentamente afectado —deformado por innobles pasiones de cierto tipo. Y de ese modo, perdió la oportunidad de toda una vida y quizá también la de muchas vidas. Si esa persona hubiera podido saber cuán cerca estaba

del Maestro, estoy seguro de que todas sus pasiones se hubieran volatilizado al momento. Pero para el Maestro hubiera significado un desperdicio de Su fuerza utilizar Su poder para despejar aquello a fin de poder mostrarse.

No hay que pensar que el Maestro se muestra resentido por nuestra falta de confianza o por alguna actitud parecida por nuestra parte, ni tampoco hay que considerar que el hecho de que Él no utilice Su fuerza para corregir un determinado estado pasional del aspirante sea consecuencia de Su aspereza de carácter. Él siempre hace lo que mejor conviene para el trabajo, sin dejarse influir por razones sentimentales de ninguna clase. Cuando hay que realizar un trabajo determinado nos es indispensable elegir el más capacitado para ello, tanto que sea amigo nuestro como no, porque servirnos de una persona menos eficiente, por motivos de amistad, sería igual que no dar cumplimiento a nuestros deberes. En caso de guerra, por ejemplo, hay que designar para el mando de las fuerzas al hombre más capacitado; poner al frente del Ministerio al hombre más útil; encomendar éstos o aquellos trabajos a los que mejor puedan desempeñarlos. No hay que incurrir en nepotismo, designando a nuestros sobrinos para cubrir uno u otro puesto; hay que servirse de los que puedan hacer mejor el trabajo; porque, sobre todo y para todos, es importante que el trabajo se haga bien.

El trabajo oculto es de esa índole: debe hacerse y los que lo dirigen se sirven siempre de los más aptos. Contar con varios años de servicio no constituye un derecho para merecer empleos, ni siquiera para recibir la atención del Maestro. El deber del Maestro es utilizar al hombre que pueda desempeñar bien el trabajo, independientemente de que lleve ya muchos años a Su Servicio o de que haya empezado a servirlo.

Cualquiera que considere el trabajo como lo más importante, no podrá por menos que celebrar el que salga otra

persona que lo desempeñe mejor que él. Ruskin, aludiendo a cierta obra literaria, dijo hace años: “Sea mía o sea de ustedes, o de quien sea, todo está bien: está bien hecha.” No tenéis que vacilar para decir que una cosa está bien hecha aunque vosotros la hayáis hecho, ni tampoco debéis dejar de reconocer que está mejor hecha porque no la hicisteis vosotros. Ruskin tiene pasajes maravillosos. Hasta donde puedo calibrar, él no sabía ni una sola palabra de ocultismo, ni yo tampoco cuando lo conocí; a pesar de lo cual, entre lo que escribió hay muchas cosas que llevan el verdadero sello del ocultismo.

Debéis confiar en vosotros mismos. ¿Decís que os conocéis demasiado bien? Si realmente lo creéis, no os conocéis; sólo conocéis la débil apariencia externa que, a menudo, ha caído en el fango. Pero vosotros —el verdadero Yo— sois una chispa del mismo Fuego Divino, y Dios, que es Todopoderoso, está en vosotros, y por eso no hay nada que vosotros no podáis hacer si queréis. Deciros a vosotros mismos: “Lo que el hombre ha hecho, el hombre puede hacer. Soy un hombre, luego también soy Dios en el hombre; puedo hacer esto y lo haré.” Porque vuestra voluntad debe ser como el acero templado si queréis hollar el Sendero.

A.B.— Cuando las instrucciones de conducta que estamos considerando son sometidas a algunas personas y se les recomienda que dejen de hacer tonterías y de cometer errores, suelen decir: “No puedo evitarlo; está en mi naturaleza.” Muchos tratan de escudarse con esas disculpas. Los que dicen eso no están realmente ansiosos de progreso; no podéis permitirlos jugar con cosas tan serias. Podéis hacer todo aquello que os propongáis, aunque tal vez no de inmediato.

Evidentemente, cuando decís, “no puedo evitarlo” realmente no podéis, porque os paralizáis con vuestro pensamiento. Este es un error fatal que impide todo progreso haciendo que el hombre quede estacionado durante meses o durante años. Es igual que atarse las piernas con una cuerda y decir que no se puede caminar. Desde luego, mientras uno permanece atado no podrá caminar, pero rompamos las ataduras si no queremos permanecer estacionados y entonces quedaremos en libertad para movernos. Podéis hacer lo que os propongáis. Libraros de la falsa idea que dejáis que os incapacite. Guardad en vuestra mente la idea de que podéis y queréis y os sorprenderán vuestros progresos. Si no lo hacéis es porque no tenéis verdaderos deseos de progreso, o al menos porque esos deseos carecen del fervor que el Maestro necesita; estáis simplemente jugando a que queréis progresar. No voy a decir que no os estéis esforzando, pero os esforzáis de una forma muy poco eficaz.

Comprended lo que os quiero decir aplicando mis palabras a vuestras actividades mundanas, al negocio por cuyo medio alimentáis a vuestra esposa y a vuestros hijos. Sabéis muy bien que al tropezar con alguna dificultad, inmediatamente buscáis los medios para solucionarla y lleváis a cabo toda clase de esfuerzos para ello. No os sentáis y os lamentáis de que es una dificultad infranqueable. En el caso que nos ocupa, utilizad la misma decisión; esa decisión que ponéis en juego en las cosas importantes. Parecería que en aquello que es de verdadera importancia es donde menos decisión y entereza ponéis en juego.

No tiene sentido implorar la ayuda del Maestro si al mismo tiempo no os esforzáis por ayudaros a vosotros mismos. Esto se parecería a la actitud de aquel que, sosteniendo una copa en una mano y tapándola con la otra, implorase que se le diese agua; si se le diera, el agua se vertería sobre la mano y sobre la copa sin que nada del líquido penetrase en ella. Cuando el

hombre pone en sus actos toda la fuerza de que es capaz es cuando actúa como ocultista. Los resultados de sus esfuerzos podrán no aparecer de inmediato en el mundo externo; pero siempre contribuirán a que la fuerza se vaya acumulando hasta que, finalmente, cristalicen en una acción fructífera.

Las cosas que tenéis que hacer ya han sido hechas y pueden hacerse, pero mientras penséis que no lo podéis hacer seréis incapaces de llevarlo a cabo. Pero si os decís a vosotros mismos: “Tengo que hacer esto y lo haré”, con seguridad que podéis hacerlo. Hacedlo así y vuestro pensamiento será un ángel de la guarda, siempre cerca de vosotros, capacitándoos para el éxito. De otro modo, tendréis a vuestro lado —como dicen los cristianos— un diablo, creado por vuestro mismo pensamiento. No forméis diablos de esos; al contrario, haced un ángel, una gran forma de pensamiento: “*Puedo y quiero.*”

C.W.L.— Es perfectamente cierto que no hay nada que no pueda hacer un hombre; pero esto no significa que lo pueda hacer inmediatamente. Aquí es donde en ocasiones se cae en el error. Conozco muy bien esto porque recibo docenas de cartas de personas que tienen serias dificultades, que son víctimas del vicio de la embriaguez, de la drogadicción, o de alguna obsesión y que suelen decir: “Ya no tenemos voluntad, la hemos perdido, no podemos dominar nuestro vicio, ¿qué vamos a hacer?” Los que no han padecido estos vicios no pueden darse cuenta de lo terrible que es encontrarse en sus garras; verse desposeídos completamente de la voluntad y sentir que no hay nada que hacer.

Hay quienes llegan a pensar en el suicidio, solución verdaderamente desastrosa. Incluso en el caso de mutilaciones irremediables, el hombre debe buscar la mejor oportunidad para corregir su situación, debe sacar fuerzas de flaqueza y debe continuar luchando con entereza. Que el que sufre compruebe que en él está la voluntad, por muy oculta que

esté. El suicidio significaría el retorno a condiciones similares a las que se pretende escapar, con el aumento del mal karma del acto. Si él tuviera que crear la voluntad, su caso sería desesperado; pero que tenga presente que la voluntad está en él, la voluntad de Dios que se manifiesta en todos los hombres. Es necesario obligarla y desarrollarla, lo cual se puede hacer gradualmente. En algunas ocasiones la entrega de un familiar o amigo dotado de gran amor y paciencia, viene a constituir una verdadera dádiva de Dios.

¿Qué ha hecho el hombre para encontrarse en esa condición? Posiblemente durante toda esta encarnación, tal vez durante una o dos de sus vidas anteriores, ha estado dejándose dominar deliberadamente por el elemental del deseo, cediendo a las tentaciones de su naturaleza inferior; dejándose esclavizar por ella deliberadamente. Al principio pudo haber luchado, pero al no haber hecho esfuerzos para resistirla ha ido acumulando muchas fuerzas nocivas, tantas, que ya no puede oponerse a ellas de inmediato. Pero sí que puede empezar a hacerlo. Utilizaremos el ejemplo del hombre que tiene que empujar un carro de ferrocarril. En las pequeñas estaciones ferroviarias, donde los trabajadores tienen tiempo sobrado para sus faenas, tal vez habréis observado la manera como procede un hombre para cambiar un carro de una vía a otra. Observad su trabajo: se trata de un objeto que pesa varias toneladas; empieza por empujarlo con fuerza, sin lograr al principio ningún resultado hasta que, poco a poco, el carro comienza a moverse con lentitud. El hombre continúa empujando y el carro comienza a caminar cada vez más aprisa. Y después viene el trabajo de pararlo, lo cual no se puede hacer inmediatamente. Si nuestro hombre se quedara plantado en el camino, negándose a moverse, el carro se lanzaría sobre él aplastándolo; tiene, pues, que oponerse a su marcha con firmeza pero al mismo tiempo cediendo terreno que resista al impulso hasta que, paulatinamente, logra dete-

ner la marcha y parar el carro. Ha puesto en el carro una determinada fuerza, la cual no puede retirar, pero sí que puede neutralizar con una energía determinada similar.

El hombre que ha cedido al elemental del deseo está colocado en una posición semejante. Ha puesto en él una gran fuerza y tiene que hacerle frente. Podríamos decir: "pero es que se trata de mucha fuerza". Ciertamente, pero de cualquier manera, de una fuerza limitada. Bastaría hacer frente a las cosas no de una manera sentimental, sino en una forma abstracta, como si se tratara de un problema matemático, para que el hombre no se creyera un desgraciado gusano que tiene que oponerse a una fuerza demasiado grande para él, y comenzara su esfuerzo para contrarrestarla. Puede contar con la seguridad absoluta de que la fuerza que él ha puesto es limitada. Ahora bien: él tiene a su disposición una fuerza ilimitada. Precisamente por el hecho de que nosotros somos chispas del fuego divino, tenemos en nuestro apoyo todo el poder de Dios. Solamente un poco de ese poder puede descender a través de nosotros en un tiempo dado; pero está descendiendo sin interrupción.

Deberá considerarse todo esto desde el punto de vista del ego; puede hacer él todas estas cosas y es su voluntad hacerlas. En la labor del desarrollo oculto jamás podrá uno hacer instantáneamente algo digno de llevarse a cabo; de igual manera que no sería suficiente sentir la música en nuestro interior, ésiéndonos necesario desarrollar el oído y la habilidad de las manos para ser canales apropiados para la expresión de la música. El ego tiene que entrenar sus vehículos pacientemente en forma similar.

Hay quien dice con frecuencia: "No puedo dominar ahora esta mala costumbre; dejadme que espere hasta que tenga un cuerpo nuevo." Los que se expresan así olvidan que su próximo cuerpo tendrá las mismas cualidades y característi-

cas del actual si no hacen nada para modificarlas, y que su situación desesperada continuará en su próxima vida. Pero si en esta encarnación realiza un claro esfuerzo contra esas malas costumbres, aunque el hombre esté dominado por ellas hasta el último momento de su vida, comenzará su nueva vida con un cuerpo mucho mejor. Lo mismo sucede en los niveles más elevados. Un hombre, por la acción de una vida de libertinaje, puede dañar de tal manera su cuerpo mental que en esta vida no pueda ya volver a su condición original. Sin embargo, si realiza claros esfuerzos para dominar sus pasiones, logrará obtener un buen cuerpo mental en su próxima vida en lugar de uno que reproduzca sus actuales defectos. En éste, como en otros casos, lo difícil de la lucha está en el principio; la confianza nace y se va fortaleciendo a partir de entonces.

De la misma manera que se pretende introducir el sentimentalismo en las relaciones entre un hombre y su maestro, se quiere disfrutar también de excepciones por lo que se refiere a la actuación de las leyes naturales; el hombre desearía librarse repentinamente de todos sus pecados y de todas sus penas. El cristiano de tipo emocional sostiene la creencia de que la sangre de Jesús salva al hombre, aquí y ahora; de que puede quedar libre de penalidades como si nada hubiera pasado. Esto resultaría muy atractivo, pero no es verdad. Lo que sí es verdad es que cuando el hombre cambia de vida y camina de acuerdo con la voluntad de Dios, queda libre de inmediato de todas las penas y dificultades que existen *en su interior*, las cuales han surgido por haber actuado en contra de esa voluntad; pero eso no significa que las consecuencias externas puedan anularse. El hombre ha cambiado ya; se ha convertido, y ahora camina en la dirección adecuada; pero tiene que responsabilizarse de los resultados de haberse conducido de forma indebida.

Podéis cambiar vuestra actitud en un momento dado y, desde luego, seréis perdonados; espiritualmente no habrá nada en contra vuestra; seréis absueltos. Pero incluso el más ortodoxo de los sacerdotes os dirá sin vacilar: “Yo no pretendo corregir los resultados de vuestros actos. Si habéis llevado una vida licenciosa, si habéis lesionado vuestra constitución, no puedo corregirlo; esos resultados os alcanzarán y será parte de vuestra penitencia tratar de corregirlos. Lo que sí corrijo —utilizando el término eclesiástico— es el pecado. Os habéis indispuerto con Dios; puedo reconciliaros de nuevo con Él. En esto la absolución os ayudará; es el poder de la Voluntad Suprema que os alentará contra las tentaciones, os ayudará a seguir por el buen camino, pero las consecuencias en el orden físico no pueden anularse.” Podéis cambiar de actitud por vosotros mismos, el sacerdote puede situaros en el buen camino cuando carezcáis de fuerza. No es que diga que una persona no pueda hacer eso por sí misma, pero será con grandes esfuerzos; sin precisión, de una manera anticientífica. Ese es el poder que subyace en la absolución, pero no el de borrar los efectos de los pecados; las leyes naturales no actúan así.

Todavía hay algo que añadir: hasta que una persona no ha desarrollado su voluntad y se controla a sí misma, en realidad no puede ofrecerse al Maestro. Hay quien dice: “Me entrego por entero al Maestro”; sin embargo, ¿no es bien notorio que no podemos ofrecernos a nosotros mismos mientras algo nuestro siga todavía bajo la acción de diversas influencias de mal carácter? Por ese motivo también debemos desarrollar nuestra voluntad. Dice el Maestro que ésta debe ser como acero templado. Recuerdo muy bien estas palabras porque Alcyone no entendió lo que significaba ser acero templado y fue necesaria una pequeña materialización para enseñárselo. No basta una voluntad férrea; se necesita una de acero templado que no pueda desviarse. La voluntad existe

en nosotros, porque en nosotros mora el poder divino; tan sólo necesitamos desarrollarla para convertirnos de ese modo en dueños de nosotros mismos; para poder hacer el glorioso ofrecimiento de nuestra voluntad a los pies del Maestro.

PARTE V

AMOR

CAPÍTULO XXIV

LIBERACIÓN, NIRVANA Y MOKSHA

De todas las cualidades, el Amor es la más importante, porque si es lo suficientemente fuerte en el hombre, le obliga a adquirir las restantes, y todas las restantes sin él jamás serán suficientes. A menudo el amor se manifiesta como un intenso deseo de liberación del ciclo de nacimientos y muertes y de la unión con Dios. Pero expresado así suena a egoísmo y sólo nos proporciona una parte del significado.

C.W.L.— Hemos dicho ya que en este libro hay varias interpretaciones de las traducciones usuales de estas cualidades. De todas estas interpretaciones la más atrevida es la de *mumukshatwa*, que ha sido traducida a las lenguas europeas con el término amor. La palabra *mumukshtwa* deriva de la raíz *much*, “liberar o poner en libertad”. Esta raíz se duplica, sufriendo luego otros cambios, hasta convertirse en la palabra *mumuksh*, “deseo de liberar”. La terminación *twa* que se añade al final y que tiene una equivalencia aproximada a la terminación *ness* —del inglés— como “eagerness”¹ convierte finalmente la palabra *mumuksh*, “deseo de liberar”,

¹ En español esta terminación tiene su equivalente en la sílaba *dad*, aplicada así: ansia-ansiedad. (N.T.)

en *mumukshwa*, es decir, 'el estado de deseo o ansia de liberar', "la ansiedad de libertad o liberación". De la misma raíz procede también la palabra *moksha*, "rescate", "descargo" o "liberación".

Con frecuencia se pregunta si *moksha* es lo mismo que *nirvana*. Aunque estas dos palabras tienen significado distinto, pueden utilizarse para expresar el mismo estado de ser, o mejor dicho, el mismo estado de algo que trasciende la idea que nosotros tenemos de ser. *Nirvana* viene de la raíz *va* con el prefijo *nis*, "soplar", "apagar a soplos", de ahí que se traduzca como "extinción". *Moksha* es la liberación de la rueda de nacimientos y muertes y *nirvana* es la extinción de aquella parte del hombre que lo ata a esta rueda y a este ciclo, es decir, lo que los hombres creen que constituye el ser humano. Algunos hindúes consideran *moksha* como una condición negativa y se esfuerzan por destruir todos los deseos personales y todos los intereses humanos, de tal manera, que ni las cosas ni las personas puedan atraerlos para reencarnar de nuevo, pudiendo así liberarse de la cadena de nacimientos y muertes durante largos períodos de tiempo; pero el concepto de la mayor parte de ellos es la de un inefable estado de felicidad, fuera de la ilusión de la separatividad, a lo que dan el nombre de *kaivalya*, independencia, unidad absoluta. Algunos budhistas conciben el *nirvana* como la extinción completa del hombre; pero otros dicen que es la obtención de la sabiduría y la felicidad que extingue todos los conceptos previos del yo y de la experiencia, porque es superinenarrable. Y así es como podemos ver que incluso en la misma religión, los hombres tienen opiniones distintas.

Los teósofos utilizamos el término *nirvana* para expresar la conciencia en el plano átomico o espiritual; pero también designamos con esta palabra la condición de aquellos superhombres o adeptos que, habiendo llegado a la quinta

iniciación, eligen uno de los siete senderos que se presentan ante ellos; aquel que corresponde al verdadero *nirvana* budhista; no la "extinción" de la Iglesia budhista del Sur, sino el inefable descanso y felicidad de la Iglesia del Norte.

El Arhat —aquel que ha pasado la cuarta iniciación— es el que puede elevar su conciencia hasta el plano *nirvánico* y experimentar en él el flujo de vida que he tratado de describir en *La Vida Interna* y en *Los Maestros y el Sendero*. Esta conciencia es tan superior en amplitud a todo lo que nosotros conocemos aquí, que hay que dudar en llamarla conciencia. El que la adquiere se ha unificado con una conciencia mucho mayor; ha perdido el sentido de encontrarse separado. Todos los esfuerzos para poner traspasar estos conceptos en palabras no impiden el fracaso, porque no existen palabras para hacerlo.

Es extremadamente difícil al traducir libros sánscritos dar a las palabras su entonación adecuada, y sólo aquel que, aunque sea ligeramente, haya logrado un contacto con la conciencia *nirvánica*, puede saber lo que quieren expresar con el término *nirvana* los antiguos autores; no podemos esperar que un lexicógrafo pueda transcribir el significado exacto de estos términos. Imaginemos que una persona que no conoce nada de la religión cristiana trate de entender el significado de la palabra 'gracia'. Al buscar este término en el diccionario se verá confundido con palabras como 'gracioso, agraciado, etc.' y se quedará siempre sin encontrar el significado de 'gracia' en religión. Lo mismo pasa con la palabra 'dispensa' en lenguaje eclesiástico; es una cosa completamente diferente al sentido ordinario de la palabra. Todas las religiones tienen cierto número de vocablos que, en el transcurso del tiempo, han ido adquiriendo un significado religioso especial y, a menos que se haya nacido en el seno de esa religión, considerarlas desde su aspecto interno no es tarea fácil, ni tampoco lo es captar el significado religioso exacto.

Cuando se inició el movimiento teosófico nadie de entre nosotros conocía nada de sánscrito. La señora Blavatsky entendía algo de las religiones de la India, pero no tenía conocimientos ni de pali ni de sánscrito. Su método consistía en describir lo que veía de la mejor manera posible y en preguntar después a cualquier amigo hindú que pudiera encontrarse presente “¿Cómo llamáis vosotros a eso, en vuestro sistema?” Con frecuencia la persona interrogada no entendía totalmente lo que la señora quería expresar; pero le daba el término más aproximado. La segunda vez que necesitaba utilizar una palabra, solía preguntar a otro, sin prestar nunca atención a que el primero pudiera ser hindú y el segundo budhista; o a que ambos fueran hindúes pertenecientes a diferentes escuelas filosóficas.

Además, la señora Blavatsky no estaba en el caso de un profesor de ciencias que expone una teoría y para apoyarla realiza experimentos adecuados para comprobar sus afirmaciones. Ella no contaba con un plan o con un esquema en el que ir colocando las nuevas porciones de conocimiento. Solía hacer diferentes afirmaciones que no siempre encajaban por lo que a las palabras se refiere, y si alguien pedía explicaciones solía decir: “No hagáis caso de las contradicciones; pensad en lo que explico”. Sus conceptos eran de una claridad meridiana y sus conocimientos eran muy claros.

Su método era diametralmente opuesto al de nuestros días que consiste en definir primero las palabras con mucho cuidado para fijar su significado. Frecuentemente —es de temer— el resultado de todo esto es que la ciencia y la filosofía se convierten en una especie de juego, como el ajedrez, en el que las jugadas que una pieza pueda hacer quedan estrictamente escritas. Con ella, las palabras eran cosas vivas —pensamientos—, formas en el plano físico, podríamos decir, de cuyo medio se valía para despertar en la mente de sus oyentes un conocimiento que ella ya poseía.

Si nosotros quisiéramos entender todas las complicadas relaciones entre el ego y la personalidad, ante todo deberíamos tener en nuestra mente una idea clara de lo que éstas son respectivamente. Este tema ya ha sido tratado extensamente en la literatura teosófica, lo mismo en las primitivas enseñanzas de la Sociedad que en las de los tiempos actuales. En *Los Maestros y el Sendero* he dicho algo de esto. Utilizando palabras concisas y concretas diremos que se puede considerar al hombre como un ser que vive en las tres divisiones a las que aludía San Pablo: cuerpo, alma y espíritu. Los términos teosóficos correspondientes son personalidad, individualidad y mónada. La mónada es, en definitiva, —una chispa de la llama eterna—, parte del mismo Dios en toda su actividad y propósitos. Desde luego, es verdad, en el sentido más elevado, que todas las cosas son parte de Dios; que nada existe fuera de Él; y esto es tan verdad por lo que respecta a la materia como por lo que respecta al espíritu. Sin embargo, hay un sentido especial en el que puede considerarse la mónada como un fragmento de la Divinidad que desciende al plano de la manifestación. Comprendo perfectamente que no resulta filosófico, ni científico, ni exacto, hablar de un fragmento de lo que es indivisible, pero es que no existen palabras para expresar las condiciones de los planos superiores y, por consiguiente, cualquier cosa que podamos decir, necesariamente tiene que resultar completamente inadecuada y, además, tiene que ser objeto de confusión. Algunos autores que han tratado de expresar estas relaciones hablan de la mónada como un reflejo del Logos; del ego, a su vez, como un reflejo de la mónada, y de la personalidad como de un representante del ego en forma similar. Esta forma de expresar estas relaciones, desde cierto punto de vista, tiene algunas ventajas; pero me parece que da una idea menos verdadera de las mismas que la otra forma, es decir, que la mónada puede considerarse como un fragmento de la Divinidad; el ego, como

un fragmento de la mónada, y la personalidad, a su vez, como un fragmento del ego.

Como parte del eterno plan de desarrollo, la voluntad del Logos de nuestro sistema es emanar de sí mismo una numerosa hueste de esas mónadas. Si se nos permite utilizar un símil, con toda reverencia, diremos que esas mónadas son lanzadas por Él como chispas, a fin de que, después de su paso a través de los diferentes planos materiales, puedan retornar a Él como grandes y radiantes Soles, cada uno de ellos capaces de dar vida y luz a un magnífico sistema, a través y por medio del cual, millones de otras mónadas puedan desarrollarse cuando les llegue el turno.

La excelsa cima de la cual procede originalmente esa manifestación divina a la que llamamos mónada, no puede expresarse en los términos de los planos conocidos; pero el punto más inferior que al parecer puede alcanzar la Mónada en su descenso, es aquel que por esa misma razón denominamos plano monádico. Hay que tener en cuenta que, según la nomenclatura de nuestra gran Presidenta, el plano más elevado de los que se nos proporcionan enseñanzas, es el plano llamado divino; el segundo —de arriba hacia abajo— es el monádico; el tercero, el espiritual, y el cuarto el intuitivo. Para que los propósitos del Logos puedan ponerse en marcha, todavía se necesita un nuevo descenso en la materia. La mónada, como a tal, no parece estar en condiciones de nuevos descensos; pero sí que puede, y así lo hace, impulsar lo que pudiéramos llamar un fragmento o parte de sí misma capaz de descender a la parte superior del plano mental. Este fragmento, al descender, se pone de manifiesto en el plano espiritual o nirvánico, como triple átma. De este triple espíritu, la primera manifestación seguirá en ese plano, mientras que la segunda descende al plano intuitivo y se reviste de materia búddhica. El tercer aspecto o manifestación, todavía descende un plano más y se ubica en la parte superior del

plano mental, donde recibe el nombre de manas superior. Y de ese modo, el Ego —que es el nombre de ese fragmento emanado de la mónada— se compone de átma, buddhi y manas, que, de manera un tanto inadecuada, representamos en español con los términos voluntad espiritual, sabiduría intuitiva e inteligencia activa.

A su vez, el Ego hace descender un fragmento de sí mismo a los planos mental inferior y astral y, finalmente, se manifiesta a sí mismo en un cuerpo físico. Cada uno de estos sucesivos descensos es una limitación imposible de describir, de tal modo, que el hombre que conocemos aquí abajo en el plano físico es, como mucho, un fragmento de un fragmento, y sólo una pálida representación del hombre real, lo cual, ni remotamente nos permite concebir lo que habrá de ser el hombre al término de su evolución.

Los Egos con los que estamos en contacto en la vida diaria se encuentran en diferentes grados de esa evolución increíblemente prolongada. En todos los casos, el Ego existe en primer lugar en su propio plano que, como queda dicho, es la parte superior de nuestro plano mental. En ese nivel, completamente aparte de su manifestación como personalidad, se puede encontrar ya plenamente despierto, consciente de lo que le rodea y llevando una vida activa; por otra parte, puede encontrarse soñoliento, casi por completo inconsciente de lo que le rodea e incapaz, por lo mismo, de adquirir experiencia en la vida activa, a menos que se sirva para ello de su personalidad, la cual actúa a niveles mucho más inferiores. A medida que el hombre va elevando su conciencia a través de los diferentes planos, irá encontrando que las vibraciones de cada uno de ellos son mucho más rápidas que las del inmediato inferior. Cuando decimos que el Ego está desarrollado en su propio plano, queremos decir que está en condiciones de responder plenamente a todas las vibraciones de ese plano; si todavía no es consciente, entonces esas

vibraciones le atraviesan sin afectarlo, y para poder llegar a la conciencia todavía le es indispensable descender y formarse un vehículo material de un plano más tosco, a cuyas vibraciones pueda responder. Mediante una larga práctica en ese plano inferior, se irá sensibilizando a sus vibraciones más elevadas, y a partir de ahí, lentamente, poco a poco, lo hará a las vibraciones del plano superior inmediato; la conciencia, pues, tiene que ir ascendiendo gradualmente, paso a paso.

La conciencia del hombre en la personalidad tiene que ir ascendiendo sin cesar hacia el Ego; y cuando la conciencia ha llegado de ese modo a desarrollarse plenamente, empieza, a su vez, a ascender hacia la mónada. Al proceso completo de descenso a la materia, en la India se le llama *pravritti marga*, o sea, sendero de partida. Cuando se ha llegado al punto forzosamente más inferior, el hombre inicia el *nivritti marga*, o sea el sendero de retorno. Regresa de su tarea diaria transportando los frutos de su cosecha, que no son sino una conciencia plenamente despierta que lo capacita para ser más útil en los planos superiores de lo que hubiera sido si no hubiese descendido a la materia. En este camino, la parte inferior del Ego sufre constantemente la tentación de olvidar su relación con la parte superior, y de identificarse plenamente con la manifestación inferior que es mucho más vívida y, como si dijéramos, sufre la tentación de aislarse por completo de la manifestación superior, dedicándose a actuar en el mundo por su propia cuenta y riesgo. Es de imaginar que el Ego, como parte de la mónada, sufra una tentación semejante en su plano superior; pero, por el momento, ahora estamos tratando únicamente de la relación que existe entre el Ego y su personalidad; más todavía: estamos considerando el tema desde el punto de vista de la personalidad que levanta su mirada hacia el Ego y trata de unirse a él.

El Ego se ha asociado con la personalidad porque siente hambre o sed de experiencias vívidas. Al no estar desarrolla-

do en su propio plano, es incapaz de responder a las vibraciones superiores de esa zona; las vibraciones más lentas de los planos inferiores tienen para él un mayor significado, motivo por el cual vuelve, una y otra vez, para recibirlas. Al irse desarrollando el Ego, poco a poco se va extinguiendo en él la sed de experiencias y, en algunos casos, cuando se trata de un Ego avanzado sensible ya a las delicias y actividades de su propio plano, va hasta el extremo contrario de descuidar su personalidad —presa en las garras del karma, hundida en el dolor y en el fastidio— condiciones que el Ego siente que ya ha dejado atrás. Esta disminución de su sed de experiencias de los planos inferiores va aconteciendo a medida que el hombre desarrolla su personalidad. Cuando adquirió plena conciencia astral, la vida física empezó a parecerle opaca por comparación; cuando alcanzó el plano mental inferior, encontró la vida astral lóbrega y oscura, y todos estos tres planos inferiores perdieron para él su atractivo cuando comenzó a estar en condiciones de gozar la vida, mucho más vívida y luminosa, del cuerpo causal. Muchos son los que han llegado al grado de evolución que les permite viajar y trabajar útilmente en el plano astral durante el período de sueño. Todos los estudiantes de ocultismo tienen sus cuerpos astrales bien desarrollados y listos para utilizarlos, aunque muchos de ellos no han adquirido todavía el hábito de hacerlo. La parte inferior del vehículo mental está también en orden y presta para entrar en actividad; la meditación regular desarrolla esta parte y la somete a control. En esta etapa de desarrollo el hombre puede ser instruido sobre la forma de usar ese cuerpo y puede dejar el cuerpo astral con el físico durante el sueño. Cuando esto se ha podido hacer, el proceso se repite de nuevo en el plano causal y el Ego ya está despierto y activo en su propio plano.

Todos los vehículos inferiores son vestiduras temporales que utilizamos para aprender la manera de manejar las

fuerzas de esos planos, y cuando lo hayamos conseguido y el Ego ya pueda trabajar perfectamente en su cuerpo causal —lo cual ocurre en la cuarta iniciación— ya no hay necesidad de encarnar de nuevo en esos niveles. Al haber triunfado ya sobre ellos, el hombre puede materializar en cualquier momento un cuerpo astral y mental de índole temporal, puede mostrarse en esos planos y actuar de la manera que desee. Aquel que ha alcanzado ese estado no necesita ya someterse a la fatigosa cadena de nacimientos y muertes que es tan desagradable. Tal vez nosotros no lo juzgamos así porque la vida nos proporciona algunas satisfacciones, es verdad, pero si pudiéramos considerar la vida desde el punto de vista del Ego, advertiríamos cuán inconmensurablemente fastidioso es para el espíritu eterno encontrarse encarcelado y preso en un cuerpo que no puede hacer esto, y que no quiere hacer aquello. Mientras estamos presos en él hacemos el mejor uso posible del mismo, pero sólo se trata de un vehículo temporal; una vez esto finiquitado, nos alegramos mucho de liberarnos por completo del cuerpo.

El hombre que ha logrado alguna experiencia del plano causal, advierte en profundidad la limitación opresiva de los tres mundos inferiores. Echa de menos toda la gloriosa libertad, amor y verdad de la región propia del Ego. Comprende a qué causa se debe su descenso a esta región de tinieblas, y entonces puede decirse a sí mismo: “Me libraré de este deseo que es la causa primordial de mi encarnación y equilibraré mi karma, actuando de tal manera que esta ley ya no me alcance.” El hombre que es capaz de albergar este pensamiento es un hombre desarrollado que ha pensado mucho en todas estas cosas; es un metafísico y un filósofo. Deliberadamente, dice: “Alejaré de mí este deseo; equilibraré mi karma con exactitud y no habrá ya nada que me haga volver a encarnar.” Eso puede hacerse. Cuando el hombre lo logra —y en la India, a través de su historia, ha habido muchos que lo han logra-

do— el hombre escapa de la rueda de nacimientos y muertes. Vive en el mundo celestial o tal vez pueda llegar hasta el plano causal; pero normalmente, no va más allá del primer plano. Ha obtenido lo que se conoce con el nombre de moksha.

El que ha alcanzado ese estado se ha situado ya por encima de todas las pasiones inferiores y de todos los deseos, porque de otro modo no le hubiera sido posible hacerlo; pero, al mismo tiempo, ha dejado de preocuparse por el otro aspecto de la evolución. Al haber comprendido perfectamente la acción de la ley kármica, ha podido así liberarse de ella. Pero no ha comprendido plenamente la ley de evolución, y de ésta no se ha liberado todavía. Es como el caso de un muchacho inteligente que en la escuela ha aventajado a sus compañeros y ha aprobado varios exámenes antes que ellos; pero después ha dejado de estudiar durante tres o cuatro años, mientras que sus compañeros han logrado situarse a su mismo nivel. Eso es lo que le pasa al hombre que alcanza moksha; no ha alcanzado la meta designada a la humanidad, porque la evolución humana termina en el adeptado.

Ahora bien: un adepto no es únicamente un hombre que ha logrado liberarse de la cadena de nacimientos y muertes, sino que es también un poder viviente; se ha convertido en uno con la mónada que, a su vez, es una chispa de la Divinidad. La Divinidad actúa descendiendo a la materia, derramándose a sí misma para integrarse en el plano evolutivo con pleno sacrificio de sí misma. Por lo tanto, el hombre que se ha identificado con la Divinidad ha de estar lleno de este espíritu de auto-sacrificio. El adepto realiza muchos mayores beneficios que el mayor de los filántropos, y lo está haciendo constantemente en los planos superiores a favor de la humanidad de la que Él forma parte. Por lo tanto, el karma de esas acciones actúa sobre la humanidad y no sobre él, porque ya no hay nada que lo ligue a una nueva encarnación; pero el conjunto de la humanidad recibe un impulso de

elevación; esta parte de karma distribuida entre todos los seres humanos no representa una gran cantidad para un individuo aisladamente; pero, con toda seguridad, sí que es un impulso constante de elevación considerable para todos. Por lo cual, en cierto sentido, podría parecer que cada uno recibirá un poco más de lo se merece en realidad. Sin embargo, no hay ninguna injusticia en esto, porque es un caso parecido al de la lluvia que cae igualmente sobre el justo que sobre el pecador.

Por lo tanto, después de un lapso de millares o incluso de millones de años, el hombre que ha alcanzado moksha se da cuenta de que la marea evolutiva alcanza ya su nivel y que lo arrastra de nuevo, teniendo entonces que volver a nacer para continuar su progreso. El hombre que aspira a lograr moksha sabe, por lo general, que su liberación no es para siempre; está sobre aviso de que en un remoto futuro será llamado de nuevo; pero estima que, para entonces, el mundo al que descienda será un mundo mejor. Dice: "Puedo permitirme disfrutar de miles de años de libertad y estar todo ese tiempo en el mundo celestial deleitándome de gozo."

Nuestro ideal es lograr una conciencia perfecta en el plano más elevado que nos sea posible alcanzar. No entra en nuestra consideración disfrutar de un descanso satisfactorio en ningún nivel. Pero, por otra parte, renunciamos a abandonar nuestra conciencia y caer en trance, como hacen algunos, con el propósito de alcanzar niveles que se encuentran fuera de la esfera de nuestra conciencia. Con frecuencia se alude a 'entrar en samadhi', y algunos aficionados a utilizar la terminología sánscrita hablan de entrar en samadhi durante la meditación. Samadhi, para cualquier persona, es el punto que está más allá de aquel en que se pueda tener una conciencia clara. Para el que posee la conciencia astral, pero no la mental, samadhi será precisamente la conciencia en el nivel más próximo, es decir, en el mental. Es justamente

situarse en ese punto que está inmediatamente más allá del que puede alcanzarse de manera consciente; entrar en una especie de trance del cual se sale con toda clase de sentimientos gloriosos y hermosos, pero, por lo general, sin una conciencia clara. No es conveniente entrar en samadhi durante la meditación; es preciso retener la conciencia para poder recordar la experiencia conseguida. Sé de muchas personas que han entrado en samadhi y han experimentado sentimientos de gran felicidad y beatitud. Sin embargo, esto no constituye un progreso, por haberse perdido la conciencia y no tener una idea clara de lo sucedido. En esto siempre existe un gran peligro: no se sabe si es posible regresar. En cierta ocasión, la Dra. Besant y yo estábamos observando unas tremendas emanaciones de vida procedentes de los planos superiores, grandes ondas emitidas por la Deidad solar. Ella sugirió que nos lanzáramos dentro de esas ondas para ver a dónde nos llevaban. Lo hubiéramos hecho así a no ser por su Maestro que intervino para indicarnos que nos abstuviéramos de ello. Poco después, la Dra. Besant le pregunto: "¿Si nos hubiéramos arrojado dentro de aquella onda, dónde estaríamos?", a lo cual el Maestro respondió: "Podríaís haber sido arrastrados alrededor de un millón de años, ya fuese en Sirio o en algún otro sistema solar." Queda, pues, de manifiesto que no es conveniente lanzarse en oleadas semejantes cuando no se sabe lo que está pasando. No es un buen sistema perder la conciencia: es mucho mejor esforzarse por conservar el dominio de los vehículos y tratar de observar el camino que se sigue; de otro modo, hay el peligro de perder el cuerpo físico y, además, nuestra utilidad temporal. Nuestro método consiste en conservar la plena conciencia en cualquier plano que podamos alcanzar y tratar de ser útiles en ese plano. Nuestros Maestros nunca hablan de una simple contemplación pasiva. Nuestro objetivo no es sentarnos para disfrutar del descanso,

sino ser activos en el trabajo del Maestro, ininterrumpidamente.

La paráfrasis que da el Maestro de la cuarta cualidad —Amor— es, preeminentemente, una característica suya. Él va más allá de la palabra para buscar la razón. “¿Qué razón tenéis para buscar la liberación?” — dice. Para poder ser libres, para prestar mayor servicio, tratáis de unificaros con Dios. ¿Qué es Dios? Dios es Amor. Si queréis ser uno con Él debéis desarrollar el Amor. Esta cualidad, por lo tanto, es Amor. Los que hayáis leído el libro *El Hombre, de dónde viene, cómo y a dónde va*, recordarán la explicación que allí se da de diferentes seres llegados de otras cadenas a ésta y cómo a algunos de esos grupos se les denominaba cargamentos de servidores. Prácticamente hablando, todos los miembros de la Sociedad Teosófica pertenecen a algunos de esos grupos; por lo cual, ese concepto de servicio es un factor determinante de nuestra disposición. Sabéis cuán difícil es desasirnos de una determinada tendencia con la que hayamos nacido. Nuestra nacionalidad, por ejemplo, entraña muchos puntos de vista minoritarios que son muy difíciles de abandonar. Esta es la nacionalidad que podría llamarse la personalidad; pero este concepto de servicio podría llamarse la nacionalidad del Ego, o mejor dicho, la nacionalidad de la Mónada. Ha nacido con esa tendencia, la cual ha venido cultivando desde entonces.

Es difícil comprender que existan precisamente otros tipos tan buenos como el que estamos considerando. La Deidad Solar se manifiesta a Sí Misma en tres aspectos: voluntad, sabiduría y amor. Esa es la forma que se explica en este libro. La humanidad se acerca a Él a lo largo de estas tres líneas. El camino que cada hombre sigue es el mejor para él; pero hay que entender que el que otro hombre sigue, también es el mejor para él y que, a la larga, todos esos caminos convergen. Hemos de adquirir la capacidad de con-

siderar simultáneamente todos esos aspectos y de entender que, verdaderamente, todos ellos son uno. En el Credo de Atanasio se nos dice que debemos entender la doctrina de la Trinidad sin confundir las personas ni dividir la substancia; debemos aprender que en toda la eternidad sólo existe un Dios, aunque Sus manifestaciones sean a través de Tres Personas.

Al principio se dijo que si el amor es suficientemente fuerte en un hombre, eso hará que adquiera todas las demás cualidades. El amor hace que el hombre actúe en concomitancia con su poder. Tomemos uno de los mejores y más bellos ejemplos: el amor maternal. Veamos como éste actúa en una raza de salvajes. La mujer salvaje no tiene muchos conocimientos, pero sí que está preparada para defender a su hijo y, si es necesario, sacrificará su vida por él. La madre civilizada hará lo mismo en las mismas circunstancias. De vez en cuando llega a nuestro conocimiento el hecho de una madre que pierde la vida por salvar a su hijo de un incendio, o más frecuentemente, como resultado del contagio de alguna enfermedad infecciosa. En la vida ordinaria en la que nos movemos, el poderoso amor hace que la madre piense. El amor que siente por su hijo la induce a documentarse en higiene, dietética y otras cosas. Y así es como el amor conduce a la actividad mental y física.

Para que una persona pueda llegar hasta el Maestro tiene que sentir tal amor que éste se convierta en un intenso deseo de servicio. San Juan dijo: “Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. Aquel que no ama a su hermano mora en la muerte.” (Juan, 1-3-14.) Y “Aquel que no ama no conoce a Dios.” (Ibid. 4-8.) Todo esto es perfectamente cierto. Es bueno conocer los términos técnicos de la Teosofía, comprender su filosofía y su ciencia; estar en condiciones de distinguir y utilizar los dos mil cuatrocientos tipos y más, de esencia elemental; todo esto

es muy útil con fines prácticos; pero lo que hace al verdadero teósofo es el amor.

Recuerdo muy bien que, hace mucho tiempo, cuando Babu Mohini Mohun Chatterji, que a la sazón era un discípulo, vino a Londres para instruirnos, nos habló por primera vez de esos requisitos que no aparecían explicados en los libros del señor Sinnett, ni en *Isis sin Velo* y que, por aquel entonces, eran los únicos libros de los que disponíamos. Nos dijo con toda claridad que sin esta cuarta cualidad, sin ese intenso deseo de liberación, de unión con Dios, los seis puntos de buena conducta tenían tanto valor como 'regar un desierto' —así fue como lo expuso. Esos seis puntos serían estériles y sin valor para nosotros, a no ser que tuviéramos ese intenso anhelo de unificarnos con Dios y de obrar como Él lo hace. Entonces no comprendimos tan claramente como ahora, que esto no era más que hablar del servicio, a pesar de que los Maestros ya habían puesto en evidencia, insistentemente, Su amor hacia los innumerables seres humanos, hacia los humildes y los marginados." Por aquel entonces, estábamos tratando de estudiar Teosofía. Este tema era tan nuevo, tan interesante, tan atractivo, que dedicábamos a su estudio la mayor parte de nuestro tiempo; más tiempo del debido tal vez, a no ser por el atenuante de que, para poder servir a los demás, es indispensable saber algo.

No se trata tanto de deseo como de voluntad, propósito, determinación.

C.W.L.— La voluntad es, con mucho, la cualidad del primer rayo, al cual pertenece el Maestro Morya. El Maestro Kuthumí pertenece al segundo rayo, el rayo de la sabiduría y del amor; pero en esta ocasión se expresa como si Él fuera del primer rayo. Recuerdo una vez en que Alcyone aludió a su deseo de adquirir una determinada cualidad. El Maestro

dijo: "No desees una cosa; el deseo es débil. Ten voluntad, porque eres Dios. Si quieres adquirir una cualidad, ten voluntad de ello y ve a hacerlo." Ese es, expuesto con énfasis, el punto de vista de la Jerarquía. Realmente, es importante para nosotros comprender la actitud de los Maestros y Su manera de considerar las cosas, lo cual les ha hecho llegar a donde están y que puede hacer lo mismo tratándose de nosotros.

Para lograr resultados, este propósito debe ocupar toda vuestra naturaleza, de modo que no quede espacio para ningún otro sentimiento. En realidad es la voluntad de ser uno con Dios, no para poder escapar a las fatigas y al sufrimiento, sino para que, por vuestro profundo amor hacia Él podáis actuar con Él y tal como Él lo hace. Porque Él es Amor, vosotros, si queréis llegar a ser uno con Él, debéis estar llenos de un perfecto altruismo y también de amor.

El discípulo del Maestro sólo tiene un deseo: el deseo de servir. En aras de este servicio estará dispuesto a abandonar todos sus placeres personales y todas sus ambiciones, para poder convertirse en una ruedecilla de la gran maquinaria. El hombre común y corriente no ha comenzado a pensar seriamente en cosas elevadas. Toma la vida tal como viene y sus deseos son no apartarse de esta clase de vida para iniciar otra más elevada y más noble, sino que más bien lo que desea es alcanzar lo que él llama el éxito. Si alguien le sugiriese que abandonara todo eso que, por nuestra parte recibe el nombre de 'yo inferior', ese hombre preguntaría: "Si hiciera tal cosa, ¿qué me quedaría?" Hasta donde él puede calibrar, ciertamente, no le quedaría mucho, aunque si permanecería todo aquello que es real.

Es muy difícil explicar a un hombre en esas condiciones lo que se entiende por 'sumergirse en la Vida Divina'. Conozco a una persona muy buena y muy inteligente que estuvo realizando un estudio profundo del Buddhismo del Norte. Un día vino a verme y me dijo: "No puedo aclararme con esto, me parece que no vale la pena continuar con este estudio arqueológico, pues la única finalidad que le presentan al hombre es volverse uno con Buddha. No me parece que eso pudiera resultar valioso para el Buddha y en cambio, sí que sería mi fin." Ese es el punto de vista que tiene el hombre de tipo medio cuando se trata de estas cosas. Y sin embargo, en todo esto hay un significado verdadero, radiante, luminoso; si uno puede captarlo todos sus conceptos sufren una verdadera revolución. Esta expansión de conciencia no nos despoja lo más mínimo de la libertad; no destruye la individualidad en absoluto. No es que yo sea absorbido por el universo; es que el universo se convierte en mí mismo. Cuando se dice 'Ese Ser soy yo', aplicando esto al yo inferior, el concepto es ilusorio; pero cuando se comprueba 'Yo soy Dios', no es en absoluto una ilusión; y el sentido de que lo que yo creía que era Yo en realidad es una expresión de Dios, no es una ilusión. La idea de que fuera de Él pudiera existir algo, o de que ese algo pueda estar separado del Espíritu Uno, eso sí que es realmente una ilusión.

La vida cotidiana puede proporcionarnos un ejemplo de esta inclusión de lo más pequeño en lo más grande. En una gran empresa comercial ingresa un muchacho con el cargo de dependiente. Al principio, el joven considera a la empresa como si ésta fuera un capataz y le resulta pesado presentarse en ella todos los días y llevar a cabo su trabajo. Pasados algunos años, cuando le han ascendido a un puesto de mayor responsabilidad, ya empieza a decir: "Hacemos esto", "hacemos aquello", o sea que empieza a identificar sus intereses personales con los de la firma. Va avanzando en el escalafón

y llega a gerente y, finalmente, a socio de la empresa. A partir de entonces ya habla siempre de la casa, y cuando estudia algún negocio siempre es 'la firma' la que tiene en mente. Es tan libre y está tan capacitado antes como ahora para desplegar sus iniciativas como mejor le parezca; pero ahora posee la seguridad de usar su voluntad debidamente. La firma no le obliga a tomar esa actitud, es él el que voluntariamente la asume. Éste no es sino un pequeño ejemplo para dar una idea de la forma en que una persona puede identificarse con un poder superior, quedando su voluntad tan suya como siempre.

Llegará un momento en que nos habremos convertido en el Sendero mismo; en que no flaquearemos en ninguna de las cualidades, porque éstas se habrán desarrollado en nosotros y habrán pasado a formar parte de nuestra íntima naturaleza. Todo el tiempo estamos cerca del Dios vivo porque Él está siempre en nosotros y a nuestro alrededor. Pero nos corresponde a nosotros realizarlo, elevar gradualmente nuestra conciencia poniendo en juego todos los medios de los que dispongamos, hasta que podamos captar realmente esa idea. Tendremos que unificarnos con Dios en su más elevada manifestación; en las manifestaciones internas; no simplemente en la forma material. La materia que configura nuestros cuerpos y la que nos rodea es Su vestidura externa; pero no es con la vestidura, es con Él con quien deseamos unificarnos. Cuando seamos uno con Él, a su vez Él, al reconocerlo, nos utilizará como canales vivientes a través de los cuales puede hacer fluir Su fuerza. Somos canales de la fuerza divina en estos planos inferiores, pero sólo seremos canales efectivos cuando lleguemos al punto de no tener ya una personalidad separada en oposición a Él. Siempre actúa por esos medios y Sus ministros, la Gran Jerarquía Oculta, proceden en la misma forma. No cabe duda de que Ellos podrían operar milagros por la acción directa sobre la gente; pero esto sería

utilizar sin necesidad una gran cantidad de Su fuerza, y por ese motivo trabajan por conducto de los medios que han dispuesto.

Existe una gran cantidad de seres que nunca tratan de entender los principios por los que se rige la vida. Piensan que la naturaleza debe someterse a sus caprichos y no aceptan el orden de las cosas establecidas. Son como algunos asistentes a las sesiones de espiritismo que pretenden dictar las condiciones bajo las cuales tienen que verificarse éstas o aquellas manifestaciones. Esta actitud mental es absurda, porque en el mundo no existe ninguna línea de investigación en la que se pueda prescribir las condiciones en las que tienen que actuar las leyes naturales. Algunos salvajes ante los que se exhibieron fenómenos eléctricos, declararon que todo esto era pura superchería. El jefe de la tribu hizo patente su incredulidad diciendo que todo ello se conseguía por medio de alambres; que cortaran los alambres y que entonces él sí creería en la electricidad. El electricista replicó sonriendo: "Es que vosotros no entendéis la ley; los conductores de la electricidad son los alambres, sin ellos la fuerza no puede ser conectada." A lo cual replicó el salvaje: "Ya le demostré que eso es una trampa." Lo mismo pasa con la gente de las sesiones espiritistas. No aceptan el orden impuesto por la naturaleza, quieren que las cosas se ajusten a sus deseos. Pretender que Dios haga las cosas de la manera que a nosotros nos parece mejor, es la idea que adoptan determinadas mentalidades; pero, por lo que a mi respecta, mi razón repudia esa idea, lo mismo que el hacer peticiones a Dios en las plegarias pidiéndole que haga o que deje de hacer esto o lo de más allá. Siempre tengo la absoluta certeza de que Él conoce las cosas infinitamente mejor que yo, y pienso que si Él, por razones inexplicables cambiara de intención como resultado de mis oraciones, yo quedaría en condiciones infinitamente peores a aquellas que son resultado de su voluntad.

La idea de la unificación con Dios puede no habérsenos ocurrido a muchos de nosotros, pero es muy común entre nuestros hermanos los habitantes de la India. El Maestro, cuando habla de Dios en este libro, utiliza muchas frases alusivas a esta idea. En una de sus vidas anteriores Él fue un destacado instructor budhista llamado Nagarjuna y en esa encarnación predicó y escribió mucho. En los libros suyos que se conservan se opone con todas sus fuerzas a la idea de una Deidad personal. Incluso se opone al uso de esa palabra o nombre y entra en profundas cuestiones metafísicas relacionadas con ello. Los hindúes, que conocen toda la filosofía de Nagarjuna, suelen decir: "Es una cosa muy curiosa que en este libro nuestro Maestro, que combate denodadamente la personalidad en la Deidad, utilice ahora la palabra Dios. El Señor Buddha atacó enérgicamente todo aquello que pudiera parecer una personalidad en la Deidad." Este contrasentido queda resuelto al considerar que en este libro el Maestro no trata de lo Absoluto; no habla de Aquello; de lo Supremo; de lo Eterno; al dirigirse a un muchacho hindú, trata de Ishwara; es decir, del Logos Solar, de la Deidad Solar y, sin duda alguna, es en ese sentido que el Maestro emplea aquí la palabra Dios. El Maestro habla como Nagarjuna hablaba a los estudiantes de la India, y por eso atacó enérgicamente todo intento de degradar el concepto de la Deidad, personalizándola, de la manera en que lo hacen muchos de nuestros hermanos cristianos.

Dice luego que nosotros debemos hacernos como Él. Y ante esto surge la pregunta: "¿Qué es lo que sabemos de Él?" Sabemos que se manifiesta en tres aspectos. Algunos se acercan a Él a través de uno de ellos y otros lo hacen a través de los otros dos. El nuestro es el camino del amor activo, porque ese es el camino de nuestro Maestro. Hay siete grandes rayos de la Vida Divina y, por consiguiente, hay siete tipos de hombres. Uno de ellos es la línea de la devoción; otro, la

de la voluntad, y otro la línea de la sabiduría. Los hombres buscan a Dios de manera diferente, pero como sea que nuestros Maestros se encuentran en la línea del amor activo, todos los que deseen seguirlos tienen que utilizar los poderes correspondientes a su tipo particular en servicio activo por amor a Dios y a los hombres. Tomemos por ejemplo el caso de la devoción, de la cual existen tres clases o tipos. Una persona se arrodilla delante del objeto de su devoción y ansía convertirse en uno con él. Entiendo que en nuestro mundo occidental este tipo de devoción sólo puede encontrarse en unos cuantos monjes y monjas, cuyo deseo consiste simplemente en consumirse en una perpetua adoración de la Deidad. Esta forma de adoración es espléndida pero, sea como sea, mientras el hombre la practica no piensa en los demás, sino únicamente en su unificación con la Deidad. Si se le interroga sobre los demás dirá: "Que hagan lo que yo estoy haciendo." Conozco un hombre en la India cuya idea era precisamente esta: sentarse en adoración ante la imagen de su Deidad y esforzarse por unificarse con Ella. Ese es el fin que se ha propuesto, y eso es lo que conseguirá en el futuro. Pasará toda su vida celestial —posiblemente muy prolongada, millares de años quizá— en una especie de éxtasis de adoración. Una adoración tan pura significa el desarrollo de sus diversos vehículos y algún progreso para él.

Hay una segunda clase de devoción que apenas si merece ese nombre: es la devoción inferior que requiere un 'quid pro quo' de la Deidad, pidiéndole una determinada cantidad de riqueza, de dignidades, de ayudas, a cambio de ésta o aquella cantidad de devoción.

El devoto del tercer tipo es el que dice: "Amo al Gran Uno, o amo a tal Maestro con tanto amor que por eso tengo que hacer algo para ayudar a los demás a conocerlo y a comprenderlo como yo. Tengo que hacer buenas obras en Su nombre". Esta es una devoción práctica y noble. Nosotros no pertene-

ceamos al rayo de la devoción, no hemos de tener en cuenta únicamente la devoción; hemos de tener también la variante de la actividad que nos impulsa a actuar en aras de nuestra devoción. De la misma manera, si alguno de nosotros pertenece al rayo del conocimiento-sabiduría, también tiene que poseer la actividad como característica de su naturaleza. Hay algunos que desean ser sabios únicamente para saber y para comprender. Esta es una cualidad espléndida en el hombre, y son muchos los que realizan grandes progresos de esta manera. Pero de entre éstos, los que se entreguen al servicio hallarán en sí mismos este complejo resultante: "Deseo conocimiento, pero sólo lo deseo para poder ser útil a los demás." Esas personas podrán ver con claridad los errores que cometen aquellos que, ansiando de todo corazón poder servir, a causa de su torpeza, hacen más mal que bien. "Adquiera yo el conocimiento perfecto para poder servir realmente bien", esa es la actitud de aquel que, efectivamente, quiera practicar el servicio.

Deseamos unificarnos con Dios no simplemente para ser Uno con Él y gozar de Su gloria y de Su alegría, sino para poder actuar como Él, cuya acción más grande fue la de descender en pleno sacrificio a la materia para que nosotros pudiéramos llegar a ser; así pues, el que quiera unificarse con Dios debe irradiar el pleno olvido de sí mismo en aras del trabajo que hay que hacer por el Dios que es todo Amor. "Tú, si es que quieres ser uno con Dios, debes llenarte de perfecto altruismo y amor". Esas palabras son la síntesis del Sendero. Voluntad, sabiduría y amor, cada una de estas cualidades llevada a la perfección y empleada en el servicio, reclama a todas las demás y por ello es perfectamente cierto que "el amor es el cumplimiento de la ley." (Romanos, 13-10.)

CAPÍTULO XXV

EL AMOR EN LA VIDA DIARIA

En la vida diaria esto significa dos cosas: primera, que tenéis que tener cuidado para no dañar a ningún ser viviente; segunda, que siempre estaréis alerta para cualquier oportunidad de ayuda.

C.W.L.— Estos son dos aspectos de una misma cosa; el aspecto pasivo de que no debéis hacer el mal, y el activo de que debéis hacer el bien. Se dice que las religiones orientales son negativas, que la idea de servicio que hacemos aparecer en ellas en realidad es una idea cristiana. Esto no es cierto. Si bien es verdad que el cristiano contemporáneo ha relegado la idea de servicio a segundo lugar, también lo es que el cristianismo original insistía muchísimo en ella. “Pues el mayor de entre vosotros será vuestro servidor.” (San Mateo, 23-4.) La misma idea la encontramos también en las religiones de la antigüedad.

El Buddhismo —que siempre ha sido considerado como el sistema religioso más negativo— ciertamente, orienta sobre las cosas que hay que abstenerse de hacer. Pero sus cinco preceptos no son más negativos que los diez mandamientos judíos. El buddhismo no ordena “No harás esto”, aunque sí exige el compromiso de abstenerse de ciertas cosas. Sus preceptos están expresados en los siguientes términos: “Yo observo el precepto de abstenerme de matar; de abstenerme

de tomar lo que no me pertenece; de abstenerme de decir lo que no es verdad; de abstenerme de ingerir bebidas tóxicas o drogas estupefacientes; de abstenerme de relaciones sexuales ilícitas". Esa es la forma, no es una orden, es un compromiso.

En el compendio de la religión, en un solo sutta o verso expuesto por el mismo Buddha, podemos ver su aspecto positivo:

Deja de hacer el mal;
Aprende a hacer el bien;
Purifica tu corazón;
Esta es la religión del Buddha.

Exactamente lo mismo se expone con claridad en el Noble Óctuple Sendero, donde encontramos: "Recto criterio; rectos propósitos; rectas palabras; recta conducta; rectos medios de ganarse la vida; rectos esfuerzos; recta memoria y recta meditación." Todo esto es en realidad muy positivo.

En el *Bhagavad-Gitá*, que prácticamente es el evangelio de millones de hindúes, se enseña la actividad más positiva. En él se describe a Dios como a un gran Hacedor, y se dice que quien no siga Su ejemplo, trabajando por el bienestar del mundo vive en vano. La inacción puede ser en verdad pecaminosa. El libro advierte, como frecuentemente solía hacerlo Madame Blavatsky, que los pecados de omisión son tan graves como los de obra. Y por lo que se refiere al sannyasi —el hombre que ha renunciado a la vida material— dice que debe practicar constantemente la caridad, el sacrificio y la austeridad. Las grandes escrituras históricas de los hindúes están llenas de relatos de hombres que se dedicaron al bienestar público, y de instructores muchos de ellos conside-

rados como encarnaciones divinas que enseñaron el servicio al prójimo.

No es posible mayor énfasis en el servicio de los demás que el que expresan esas religiones, aunque todas ellas tengan su lado contemplativo, como lo tuvo el cristianismo de la Edad Media. Sólo en años recientes y a causa de la intensa actividad de la quinta subraza raíz, es cuando nos hemos sentido inclinados secretamente a menospreciar al ermitaño y a la monja, y a rendir homenaje al hombre de acción, al gran héroe, al gran legislador o al gran estadista. Sin embargo, el concepto esencial de las órdenes religiosas era verdaderamente hermoso. Consistía en que las órdenes de monjas y frailes predicaran al pueblo y llevaran a cabo actos de caridad, dejando que las órdenes contemplativas retiradas de la vida del mundo, se dedicaran enteramente a la meditación y a la oración. Traducido todo esto en otros términos, significa la creación de pensamientos nobles y elevados para esparcirlos, con el bien entendido propósito de ayudar a los hombres. Esas órdenes contemplativas se dedicaban a la plegaria y a la meditación a favor de sus hermanos que, por razones diversas, no podían ejercerlas tan bien y de manera tan completa a favor de ellos mismos. La teoría de esas órdenes contemplativas era que ellos constituían una parte de la humanidad dedicada a llenar una necesidad de la misma; no eran simplemente monjes holgazanes que se substraían al trabajo activo. A ellos les correspondía un trabajo más árduo que los demás no estaban en condiciones de desempeñar; un trabajo en los planos superiores practicado, por lo general, en unas circunstancias de abnegación y ascetismo, que hubiera desalentado al hombre ordinario.

También es cierto que la vida conventual, cuando no se ajustaba a un ascetismo tan rígido atraía a muchas personas que buscaban una manera de vivir holgada y cómoda. Esas personas se zafaban de las penalidades del trabajo físico y

tampoco ejercían su actividad en los planos superiores. Entre los monjes budhistas hay algunos de este tipo a los que se califica despectivamente como 'monjes del arroz'; individuos que ingresan en un convento para asegurarse una subsistencia que, aunque no lujosa, les garantice que comerán mientras quede en la región alguien que tenga comida. También esto es verdad, posiblemente en mayor grado, por lo que se refiere a las órdenes monásticas medievales de Europa. Muchos individuos se adherían a ellas con la idea de adquirir poder, y pasando por alto en ocasiones la carencia de propiedades. Aunque el monje no las poseía a título personal, el monasterio, como a tal, adquiriría muchísimas y, en gran medida, éstas estaban a disposición de los individuos.

Primero, no dañar. Hay tres pecados que producen más daño que todos los demás en el mundo —la murmuración, la crueldad y la superstición— porque son pecados contra el amor.

C.W.L.— Cuando se oye hablar de pecados que causan mayor daño que los demás, uno se inclina a pensar que se trata del asesinato, del robo y de crímenes parecidos; y la sorpresa es grande al observar que la lista la encabeza faltas que normalmente se juzgan como leves, como la murmuración, la crueldad y la superstición. El Maestro tiene en cuenta la cantidad de estos pecados y la trascendencia de sus efectos. El asesinato y el robo son reputados universalmente como pecados graves y, como consecuencia, las personas respetables no incurrían en ellos, excepto en los casos en que se han querido dignificar con el nombre de guerra. Pero no es así con la murmuración, que es universal; y si tenemos en cuenta el daño que causa en cada caso, individualmente, la gran cantidad de sufrimientos mentales que origina, el deterioro de los ideales que con frecuencia acarrea, y si multiplicamos todo esto por los millones de casos que están ocurriendo

constantemente, es fácil comprender que este defecto es más pernicioso que el robo y el asesinato. Es una perversidad destruir el ideal de una persona, degradarlo, ultrajarlo y hacerle creer que, después de todo, ese ideal no es ni tan bueno ni tan elevado, ni tan noble como ella lo había imaginado. Suele encomiarse la destrucción de ídolos. Destruir el ídolo de una persona puede convertirse en la mayor ofensa que se le pueda infligir. Si esa persona idealiza algo que para nosotros es vulgar y mezquino, quizá podremos despertar en ella un ideal más elevado; pero es perverso y cruel despojarla de su ideal sin proporcionarle otro mejor y superior que pueda sustituir al primero. No nos corresponde a nosotros descubrir los defectos ni tratar de minimizar a nadie bajo ninguna circunstancia. Tal vez por experiencia personal muchos de nosotros sabemos cuán maravillosa es la labor benéfica que ha desarrollado la doctora Besant. Decenas de miles de personas han vislumbrado la luz gracias a sus conferencias y a sus libros; pero las murmuraciones de que ha sido víctima han impedido que otros muchos miles no hayan podido escuchar su palabra o leído sus libros. "He oído decir esto y aquello de la señora Besant; ¿por qué voy a leer un libro escrito por semejante persona?" Esa murmuración ha apartado a muchos de lo que hubiera podido ser su salvación en esta encarnación. También se cuentan por miles los que han escrito solicitando su consejo para solucionar algunas de sus cuitas. Son muchos los que se han abstenido de solicitar sus consejos a causa de los rumores totalmente falsos que han circulado sobre ella.

Creo que no conozco a nadie que haya sido atacado con tanta frecuencia y con tanta maldad como nuestra gran Presidenta. Mucho antes de ingresar en la Sociedad Teosófica propagaba en público el libre pensamiento. Sufrió ataques y ultrajes; primero por haber reeditado lo que se conoce como el panfleto Knowlton que explica que los problemas sexuales

deben someterse a examen y estudio y no quedar escondidos por una hipócrita mojigatería. Dicho panfleto había visto la luz antes de que ella naciera, pero su publicación se suspendió bajo amenaza de persecución. Nuestra Presidenta acometió esta empresa en parte porque creía que estas cuestiones tenían que ser aireadas para que las clases humildes pudieran adquirir la información que el panfleto facilitaba; pero más bien como una protesta contra las restricciones a la prensa y como una vindicación de la libertad de expresión y de publicidad por lo que respecta a la salud y al bien público en general. Reeditó el panfleto con la sana intención de lanzar un reto a lo que ella consideraba que era una ley injusta; anunció de antemano a las autoridades sus intenciones de poner este trabajo a la venta, y los invitó a presentarse oficialmente a una hora determinada para adquirir un ejemplar. Ellos aceptaron la invitación y en su carácter de funcionarios públicos adquirieron un ejemplar, procediendo de inmediato a perseguirla; sin embargo, este asunto terminó en un *nolle prosequi*. Después, ella escribió un trabajo mejor redactado sobre el mismo tema. La recompensa que tuvo —en el plano físico, evidentemente— fue el convertirse en víctima de los ataques más abominables. Posteriormente, al haber llegado a la conclusión de que ésa no era la manera indicada para resolver esa dificultad social, retiró del mercado el mencionado panfleto; pero tengo la absoluta certeza de que ella jamás lamentó haber combatido en este caso de la mejor manera que le fue posible, y según su modo de entender las cosas. Esta actitud altruista y esta demostración de entereza escasean mucho en el mundo.

También Madame Blavatsky fue víctima de las murmuraciones de los envidiosos. Se lanzaron contra ella perversas y enconadas acusaciones, obviamente ridículas para todos los que la conocimos personalmente pero que, sin embargo, tuvieron el efecto de que muchas personas se abstuvieran de

hacer un cuidadoso examen de las verdades teosóficas. Murió en el año 1891, pero con frecuencia encontramos a personas que cuando oyen hablar de la Sociedad Teosófica lanzan esta acusación a su fundadora: “Oh, sí: esa Sociedad la fundó la señora Blavatsky de quien está demostrado que fue una charlatana; nosotros no perdemos nuestro tiempo ni gastamos nuestra energía en estudiar supercherías; no puede creerse que en todo eso haya algo de verdad.” Los que así hablan han perdido la ocasión de adquirir un conocimiento teosófico que hubiera podido cambiar sus vidas.

Estos ejemplos nos hacen ver el incalculable daño que una maligna y torpe murmuración puede acarrear. Esta forma de egoísmo también daña cruelmente a la persona contra la que va dirigida. Si la persona se siente herida, deja ver una debilidad en su carácter; pero esto no excusa que el que ha iniciado la murmuración se libre del mal karma engendrado. Nuestra Presidenta es invulnerable a los ataques de la maledicencia, aunque si éstos se prolongan más de lo normal sobre un mismo tema, en ocasiones suele decir: “Esto ya va resultando muy monótono; quisiera que encontraran alguna otra cosa en la que ocuparse.” También a mí, particularmente, me ha correspondido una buena dosis, pero esto no me ha hecho perder ni una hora de sueño. Es así como el mal karma resbala sobre nosotros. Pero el daño que causa a los demás la murmuración aporta su karma a los que la originaron y a los que la propagaron. Es muy difícil no prestar atención a lo que se dice de otra persona, y debo confesar que todavía me cuesta un esfuerzo no sentirme disgustado cuando alguien habla mal de nuestra Presidenta, por ejemplo; o cuando alguien exterioriza pensamientos indignos contra nuestros Maestros. Para nosotros, los que los conocemos, esos pensamientos no son más que blasfemias.

En realidad, la murmuración no es una crítica. Es lamentable que la palabra crítica haya llegado a entenderse como

chisme, como murmuración. La palabra crítica viene del griego *krinein*, juzgar, y debe indicar una actitud de examen que busca formarse un juicio; pero no es así. La justicia es una de las manifestaciones de Dios; juzgar, pues, las palabras o las acciones de un hombre sin examinarlas exhaustivamente, no es correcto y ello representa una mala acción. Entiendo que no haya Escritura en el mundo, por sagrada y bella que sea, que no pueda ser ridiculizada con sólo quitarle algunas palabras o colocándolas en distinta posición. Eso es lo que hacemos constantemente con los pensamientos de los demás. Tropezamos con un hombre irascible que se expresa áspera y bruscamente, y en seguida damos por hecho que sus palabras son el exponente de su carácter. Pero no nos detenemos a examinar las razones de su irritabilidad. Puede ser que haya tenido que pasarse la noche en vela atendiendo a un niño enfermo; quizá alguien le causó graves perjuicios y contrariedades, y a nosotros nos llegó la acción refleja, aunque en realidad él no esté disgustado con nosotros. Si se hubiera tratado de un gran Adepto no se hubiera sentido molesto, pero no todos somos grandes Adeptos y, por consiguiente, estas cosas resultan inevitables.

Siendo muy pequeño aprendí esta lección de un viejo cochero. Estaba yo un día cerca de él en un momento en que alguien se le acercó y le interpeló rudamente. El viejo cochero le contestó como si no se hubiera dado cuenta del tono grosero empleado por el individuo. Cuando éste se hubo marchado le pregunté: "Oye, Juan, ¿qué le has hecho a ese hombre para que esté tan disgustado contigo?" El viejo criado replicó: "nada, señor, no le he dado ningún motivo de disgusto; probablemente haya sido su mujer, o alguna otra persona." Y luego me explicó cómo es que cuando un hombre sufre un fuerte contratiempo, se desahoga con el primero que encuentra.

La tenacidad con que se clava en la mente del hombre esta predisposición a juzgar mal, la virulencia de este veneno mental, resultarían increíbles si no tuviéramos la prueba constante de ello. El hombre adquiere una idea errónea que impregna todo su cerebro. Incluso lo hemos visto en este libro. La primera vez que oí esta enseñanza dada a Alcyone sobre la murmuración, mucho antes de que se publicara el libro, quedé muy impresionado de su importancia, lo cual me llevó a repetirla en diversas ocasiones. Cuando este libro salió a la luz, hubo algunos que inmediatamente advirtieron la circunstancia de que esa enseñanza había sido expuesta unos meses antes de publicarse el libro y esto les dio pie para afirmar que parte del libro era por descontado obra mía.

Ya he mencionado que hubo dos períodos en el desarrollo de la memoria de Alcyone en las experiencias en el plano astral: uno, mientras él no podía recordar a la perfección y necesitaba que yo le recordara el precepto especial que le había dado el Maestro para que lo pusiera en práctica al día siguiente; el otro, en el que él podía recordar perfectamente. Descubrí que en Bombay corría ya el cuento de que todo el libro le había sido repetido por mí de esa manera. Pero, lo cierto es que el libro fue escrito por él en el segundo período, es decir, cuando él ya podía recordar todo lo que el Maestro le había dicho, y lo escribió él mismo. Cuando la gente se desvía un poco, como en este caso, acaba por confundirlo todo. A consecuencia de esta deformación de los hechos, he sido víctima de toda clase de iniquidades e injusticias. Para mí, esto carece en absoluto de importancia, pero me permite ver con toda claridad con cuánta facilidad cae la gente en confusiones cuando al principio tienen una idea equivocada. He tenido que observar casos, incluso chuscos, en los que todo cuanto sucedía para apoyar una idea sin fundamento era simple imaginación del principio al fin.

Uno de los experimentos que debemos llevar a cabo en el curso de nuestro entrenamiento oculto consiste en identificarnos con la conciencia de algunos animales. Es sólo cuestión de práctica; se somete al estudiante a este entrenamiento con el fin de que se capacite para, posteriormente, aprender a hacer lo mismo con formas de conciencia superiores. Nosotros nos consideramos muy por encima de cualquier animal, lo cual está justificado porque pertenecemos a un reino más elevado. Por lo tanto, debería resultarnos muy sencillo comprender la mente de algunos animales; pero la experiencia que tengo me hace imaginar que casi todo aquel que dedica alguna atención a los animales, debe estar interpretando mal durante todo el tiempo las ideas y los motivos de ellos. Cuando realmente podáis penetrar en lo que piensa un animal, os daréis perfecta cuenta de que las razones que tiene para hacer lo que hace nunca se os hubieran ocurrido. Entonces, si somos incapaces de comprender a un animal cuya capacidad mental es poca y simple, debemos ser menos capaces todavía para entender a nuestro prójimo. Estamos más cerca del ser humano, por supuesto, pero tengo mis dudas de que haya alguien que pueda entender por completo a otro ser humano. Por extraño que parezca, los hombres vivimos aislados, cada uno en su mundo aparte. Desde otro punto de vista, es perfectamente cierto que nosotros formamos una íntima fraternidad; pero por lo que se refiere a las mentes, cada uno vive en su torre de marfil. La circunferencia de la mente de un hombre sólo tiene contacto con la de otro en un punto tan sólo, y esto todavía de manera incierta y dudosa.

El hombre que quiera llenar su corazón con el amor de Dios debe guardarse constantemente de estos tres pecados.

C.W.L.— Puede pensarse que es cosa fácil no caer en estas tres faltas mencionadas. Pero no es así, porque son tan comunes y tan habituales que muchos ni siquiera se dan cuenta de su existencia. Por el momento de la evolución en el que nos encontramos son nuestras dificultades especiales, lo cual hace que nos sea muy difícil dominar estas tendencias. Hemos estado desarrollando nuestra mente inferior, la cual, lo primero que busca son puntos diferenciales. Es por eso que lo primero que se capta en cualquier cosa, son los puntos desagradables; luego vienen los comentarios e inevitablemente surge la crítica. El que gasta sus energías censurando los defectos ajenos se va quedando atrás; es un anacronismo deplorable. Hemos de esforzarnos para lograr la síntesis, para encontrar en todas las cosas lo bueno y lo divino, porque ya es tiempo de empezar a desarrollar buddhi. Tratemos de vivir para el mañana, no para el ayer; no nos dejemos arrastrar por la marea de este ignorante oscurantismo; vigilémosnos constantemente para no ser derribados. De otro modo, la corriente nos arrastrará y nos hará caer.

CAPÍTULO XXVI

MURMURACIÓN

Veamos lo que hace la murmuración. Ésta empieza con un mal pensamiento, y esto ya es un crimen en sí. Porque en cada uno y en cada cosa está el bien; en cada uno y en cada cosa está el mal. A ambos podemos fortalecerlos pensando en ello, y de esta manera podemos ayudar o podemos obstaculizar la evolución; podemos hacer la voluntad del Logos o podemos resistirnos a Él. Si pensáis mal de otro, estáis haciendo al mismo tiempo tres cosas malas.

C.W.L.— El Maestro califica a un mal pensamiento como un crimen. Si tenemos en cuenta lo extremadamente cuidadoso y equilibrado de las palabras del Maestro, hemos de comprender que aquello que Él condena con esa energía tiene que ser realmente malo.

Es posible que toda tentativa de comprender los motivos del otro, de seguir la línea de sus razonamientos, no sea correcta; por eso, lo mejor que podemos hacer es concederle el beneficio de la duda. Muchas personas, cuando se enjuician de un modo general, son realmente respetables y bien intencionadas y, por lo tanto, hemos de concederles el mérito de sus buenas intenciones. Si estamos equivocados, nuestro pensamiento ligeramente benévolo actuará sobre ellas y las beneficiará. Cuando oigamos algo desfavorables sobre otra

persona, preguntémonos si prestaríamos oídos a esta murmuración y si la divulgaríamos en caso de que se tratara de nuestro hijo o de nuestro hermano. Con toda seguridad, no lo haríamos. Indefectiblemente, en primer lugar la contrarrestaríamos y, en cualquier caso, no la haríamos circular. ¿Por qué tendríamos que proceder de un modo diferente cuando se trata del hijo o del hermano de otra persona?

1.— Estáis llenando vuestro entorno con malos pensamientos, en lugar de buenos, y así estáis aumentando el dolor del mundo.

C.W.L.— Para nosotros, el mundo es según lo hagamos y según lo aceptemos. Si un hombre es pesimista, predispuesto a encontrar el lado malo y oscuro de todas las cosas; si siempre está buscando la oportunidad de sentirse herido u ofendido, eso es lo que encontrará. En el mundo hay mucho de malo y de triste en estos planos inferiores, como dijo el Señor Buddha. Nosotros podemos incrementar este mal hasta que llegue a convertirse en serias dificultades; pero también podemos enfrentarnos a la vida con una actitud optimista, con un espíritu de alegre determinación para descubrir lo mejor en todo. En último término, encontraremos muchas cosas luminosas y estaremos contribuyendo a que en el mundo exista más alegría, tanto por lo que respecta a nuestra vida externa como con relación al poder de nuestra mente. Hay muchas personas que durante años han venido practicando una meditación regular y metódica. Indudablemente, han aprendido a pensar de un modo algo más definido que aquellos que ni siquiera lo han intentado; por lo tanto, sus pensamientos son más poderosos. Cuando esas personas piensan mal de los demás, el daño que ocasionan es, en muchos aspectos, mucho mayor que el que hacen las personas que no tienen ese entrenamiento. En primer lugar, porque poseen más conocimientos, porque, según expresión de la

Iglesia, 'están pecando contra la luz'; en segundo lugar, porque sus pensamientos producen formas más definidas, relativamente permanentes, que frecuentemente ejercen una considerable influencia en los planos astral y mental. Usad, pues, vuestro poder para hacer que el mundo sea más hermoso y más feliz. No tenéis idea de cuánto es lo que puede hacerse por el simple hecho de alejar la tristeza y los pensamientos egoístas, si os llenáis de amor que irradiará a todo vuestro alrededor.

2.— Si en esa persona hay el mal que vosotros pensáis, lo estáis fortaleciendo y alimentando; y de este modo estáis contribuyendo a que vuestro hermano sea peor en lugar de ser mejor. Pero, generalmente, el mal no está allí, y vosotros sólo lo habéis imaginado; y entonces vuestro avieso pensamiento tienta a vuestro hermano a obrar mal, porque si todavía no es perfecto podéis hacer que sea lo que habéis pensando de él.

C.W.L.— El clarividente puede ver los pensamientos de una persona cuando asedian a otra zumbando a su alrededor como una nube de mosquitos. Esos pensamientos no pueden penetrar en la mente de esa otra persona mientras esté ocupada con algún asunto; pero cuando sus pensamientos se diluyen, cuando está meditando, cuando está cansado, o cuando tiene algún momento de distracción, la nube de mosquitos aprovecha la oportunidad. La forma de pensamiento penetra como en barrena en su aura mental y vibrando gradualmente termina por colorear la zona por donde ha entrado, desde donde aprovecha para ejercer toda su influencia. De ese modo sugiere la buena o la mala idea y, si en la persona a la que se asalta hay algo de similar condición, cosa muy frecuente, consigue que esto se active.

Un ligero impulso recibido por una persona, en algunos casos, puede que no tener una gran trascendencia, pero hay ocasiones en que determina una acción definitiva. Los chicos de la escuela suelen jugar a empujarse unos a otros y ha habido casos en que un chico, intencionadamente, ha empujado a otro al borde de un precipicio. No se puede saber cuándo el pensamiento de una persona está al límite de cometer una mala acción, y un mal pensamiento sobre él puede hacer que se precipite por el despeñadero. También puede ocurrir el caso contrario; un hombre puede estar bien equilibrado en el punto preciso de caer hacia el lado del bien o hacia el lado del mal, y un pensamiento poderoso, un buen pensamiento de ayuda, puede inclinarlo hacia la buena acción y situarlo en un camino que para él signifique un rápido progreso.

He podido observar casos en los que un mal pensamiento sobre un hombre condujo a éste a cometer una serie de malas acciones cuyo resultado habrá de pesar sobre él durante muchas vidas; su mal proceder ya estaba latente en él; pero no había cristalizado todavía en acción; un mal pensamiento de alguna persona desembocó en el preciso y necesario empuje para que actuara en la dirección incorrecta para que se deslizara por la pendiente del crimen. Mientras no se pueda ver esto clarivamente no se puede tener una idea cabal sobre ello; pero bastará con verlo una sola vez. A partir de ahí y para siempre seréis sumamente cuidadosos con vuestros pensamientos, con una cautela hija del horror. Adquiriréis un nuevo sentido de responsabilidad que a veces encontraréis agobiante. Recordad las palabras que el poeta Schiller escribió sobre la clarividencia cuando ansiaba volver a la ceguera de sus sentidos: "quitadme este don cruel; quitadme este don horroroso."

3.— *Llenáis vuestra propia mente con pensamientos malos en lugar de buenos; y así, obstaculizáis vuestro propio desarrollo y os convertís, para aquellos que pueden verlo, en un objeto feo y desagradable en lugar de uno bello y amable.*

C.W.L.— Muchas personas se preocupan de su apariencia física; de la gracia y elegancia de sus ademanes, no solamente porque les agrada tener la mejor apariencia para ser bien recibidos, sino porque es una obligación social. Antiguamente se estimaba que el hombre tenía el deber de presentarse de la mejor manera posible, en todos los sentidos; su ropa, su apariencia, sus palabras, sus modales. Debía conducirse de manera elegante y apropiada en todo cuanto hacía. No solamente por lo que respecta al atuendo personal; el mobiliario tenía que ser no sólo útil, sino al mismo tiempo elegante. Cuando se construía una casa debía hacerse bella y agradable como un deber hacia los vecinos, aunque no fuera una mansión de elevado costo; sus enseres, sus tallas, sus pinturas, debían ser de calidad. Actualmente sólo se piensa en construir al menor costo posible, sin pensar en la mala apariencia de la construcción. Se edifican casas horribles o factorías de enormes dimensiones que hieren la sensibilidad de las personas de buen gusto y que deprimen a todo aquel que las mira. La persona que diseñó y dispuso esas construcciones genera un mal karma, aunque uno piense que esas cosas carecen de importancia. También las cosas que nos rodean revisten un carácter importante. Es verdad que las personas de fuerte espíritu están por encima de estos detalles, pero ¿no es preferible tener cosas que nos eleven en lugar de otras que nos deprimen? Todo aquel que construye un hermoso edificio merece la gratitud de sus conciudadanos por haber creado algo bello, cuya visión beneficiará a todos. El agrado que se experimenta al contemplar una cosa hermosa no carece de importancia. Siempre pienso que aquel que

utiliza prendas de bellos colores merece gratitud, por el efecto que el color produce en esta civilización gris y opaca de nuestro tiempo.

Todo lo que es cierto tratándose de belleza física, es más cierto todavía por lo que se refiere a los demás planos. El hombre que se crea un cuerpo astral hermoso y radiante, lleno de amor y devoción, que fluye sobre todos los seres que lo rodean, merece la gratitud de su prójimo. Los moradores del mundo astral son mucho más numerosos que los del físico. Si en el mundo astral nos permitimos una mala apariencia, el número de personas a las que escandaliza o molesta nuestra presencia es mucho mayor de lo que sería en el cuerpo físico. Los moradores de ese plano, no solamente ven la belleza de nuestro cuerpo astral sino que todos ellos, incluso aquellos que no la ven, sienten su influencia. Estas vibraciones actúan sobre ellos y su influencia los mejora. El hombre que se deja dominar por pensamientos repelentes, egoístas o negativos, propaga la fealdad a su alrededor, además de convertirse en una cosa horrible y repelente. En el plano físico, las enfermedades asquerosas pueden ocultarse; en el plano astral el leproso siempre está exhibiendo sus llagas.

No contento con haberse perjudicado a sí mismo y a su víctima, el chismoso trata con todas sus fuerzas de hacer partícipe a los demás de su crimen. Se afana en explicarles su historia malévolamente, esperando que ellos la crean; y luego, se unen a él derramando los malos pensamientos sobre la pobre víctima. Y eso sucede un día y otro, y no lo hace un solo hombre sino miles de ellos. ¿Empezáis a daros cuenta de cuán terrible es este pecado? Debéis evitarlo completamente. No habléis nunca mal de nadie; negaros a escuchar

cuando alguien habla mal de otro, pero decidle amablemente: "Tal vez esto no sea cierto, e incluso si lo es, es más caritativo no hablar de ello."

C.W.L.— Para decir esto hace falta valor; pero hay que hacerlo tanto en beneficio del que murmura como de su víctima. Para decirlo en forma amable puede hablarse en plural: "Quizá sea mejor que no digamos nada de esto." Así evitaremos tomar la apariencia de superioridad, cosa que siempre causa una mala impresión, y tal vez consigamos que el murmurador deje la cosa en paz.

CAPÍTULO XXVII

CRUELDAD

Pasemos a la crueldad. Esta es de dos clases, intencionada y sin intención. La crueldad intencionada es producir dolor a otro ser viviente deliberadamente; y éste es el mayor de todos los pecados —la obra del demonio más que la del hombre. Diréis que ninguna persona podría hacer una cosa así; pero los hombres lo han hecho a menudo, y aun lo siguen haciendo cada día. Los inquisidores lo hicieron; muchas personas religiosas lo hicieron en nombre de su religión.

C.W.L.— La crueldad es obra de un demonio; no de un hombre. Así es como lo juzga el Maestro. En la vida diaria es muy frecuente que el hombre diga o haga algo para causar dolor a otro. El que hace eso es merecedor de esa condena: actúa más bien como demonio que como hombre. Parecerá increíble, pero hay quienes lo hacen así.

En nombre de la religión se han cometido cosas horribles. En los Vedas, los libros más antiguos que se conocen, encontramos relatos de matanzas terribles. Vemos que los arios, al bajar hacia las llanuras de la India pasan a cuchillo a sus habitantes. No hay crueldad que sea excesiva para esa gente; tienen que ser borrados de la faz de la tierra. ¿Por qué? Basta una sola razón: ¡porque practican ritos diferentes! Los musulmanes invaden una gran parte del mundo ofreciendo a los

pueblos conquistados el Corán o la espada. Los cristianos no se han portado mejor. Iguales razones inspiraron a los inquisidores en sus persecuciones, los atroces procedimientos contra los indios en América del Sur, y las demás cosas parecidas. En la actualidad pensamos que somos más civilizados y, sin embargo, incluso en nuestros días, hay lugares en los que los sentimientos religiosos llegan a grandes extremos. Solemos decir que si la ley castigara esas persecuciones, bastaría nuestro grado de civilización para impedirnos cometer las atrocidades del pasado; pero no estoy muy seguro de ello. Conozco algunos sitios en Inglaterra donde a las personas de religión no ortodoxa se las considera excluidas de los eventos sociales, y de quienes se sospecha toda clase de malas acciones. Ya no quemamos a los herejes en la hoguera, ni les arrancamos los dientes como lo hacían nuestros antepasados. *Autres temps, autres moeurs!* No quisiera ver poderes absolutos en manos de los dirigentes de alguna secta dogmática.

Los viviseccionistas lo hacen.

C.W.L.— No hay nada que excuse la crueldad deliberada infligida a los animales. Son nuestros hermanos menores, y aunque todavía no han llegado a hombres, habrán de serlo después de muchas o de pocas encarnaciones. La práctica cruel de experimentar en animales es horrenda y, en realidad nunca podrá beneficiar a los humanos, porque la ley del karma no puede modificarse y lo que el hombre siembra eso es lo que tiene que cosechar. He oído decir a la Dra. Besant que no es lícito salvar vidas por medios semejantes. Sabemos que el instinto de conservación se encuentra arraigado en cada hombre y en cada animal; que el cuerpo que se ha forjado a través de tan considerable esfuerzo y trabajo debe servir a la vida inmanente durante tanto tiempo como sea posible y que, por lo tanto, la vida humana debe salvarse

cuando para ello sea posible emplear procedimientos lícitos. Pero los fines no pueden justificar los medios. Sentimos una justificada admiración por aquel que afronta la muerte antes que la deshonra; y hay que hacer notar que es una gran deshonra para el ser humano salvar vidas por medio de tan diabólicos procedimientos. Nuestra Presidenta afirmó que para ella era preferible morir a salvar su vida de esta manera.

Sobre esto existe una gran variedad de opiniones entre los miembros de la Sociedad Teosófica, en la que cada uno es libre de sostener unas u otras creencias; pero la opinión del Maestro —antes mencionada— es perfectamente clara. Sea cual fuere el horror que nos inspire la crueldad de la vivisección, sin embargo, hemos de tener cierta tolerancia hacia algunos doctores y hacia otras personas que, aunque aferrados a su conveniencia, llevan a cabo estos experimentos lamentando su implícito dolor y no por el placer de la crueldad —aunque el que existan esas cosas entre los humanos sí que proporciona la oportunidad a algunos espíritus en forma humana para ejercerla—, sino porque creen que es el único medio de salvar cuerpos humanos del dolor y de la muerte y creen, sinceramente, que en esos casos los medios que se emplean quedan justificados por el fin que se persigue. Por lo tanto, por más contrarias que sean nuestras opiniones a las de esas personas, condenemos el pecado pero no al pecador. Queda fuera de toda duda que el karma tiene que acarrear grandes sufrimientos a los que practican la vivisección. Los que miran a esas personas con una indignación que casi llega al odio, cambiarían su actitud si se dieran cuenta de esa circunstancia.

No todos los viviseccionistas son crueles en el mismo grado. Por ejemplo, sé de un miembro de nuestra Sociedad, un cirujano que está a la cabeza de esta profesión que se dedica a vivisecciones de cierta clase. En el cuerpo humano hay determinados conductos que en ocasiones se cortan.

Tienen un diámetro tan pequeño que cuando se trata de coser los extremos donde se ha producido la ruptura, la inevitable cicatriz obstruye el conducto. Durante mucho tiempo resultó imposible salvar a las personas que se encontraban en esas condiciones, hasta que a ese doctor se le ocurrió la idea de que si hacía una incisión más larga sería posible conseguir que la herida cicatrizara sin que el canal quedase obstruido. Lo hizo practicando un corte transversal en el tubo, cerca del extremo de una pieza; y uno de longitudinal sobre el lado de la otra, haciendo descansar el primer extremo dentro del segundo para que así se soldaran. Para ver si su idea daba resultado en la práctica, realizó experimentos con perros. Me confió que había hecho pruebas en unos doce perros vagabundos, a los que alimentó perfectamente hasta ponerlos en condiciones sanas, procediendo luego a anestésarlos; después de la operación fueron atendidos cuidadosamente y la experiencia tuvo un éxito satisfactorio. De aquí resultó que lo que hasta entonces había sido imposible, pasó a ser una posibilidad reconocida. La operación, que se practica hoy en todo el mundo, lleva el nombre de su inventor. El principio es incorrecto, pero prácticamente los animales no sufrieron ninguna crueldad, habiendo salido de la prueba mejor de como estaban antes de ella. Este experimento fue, por lo tanto, muy distinto de los demás que se practican y me parece totalmente inadecuado que se ataque a este doctor de la forma en que los antiviviseccionistas atacan constantemente a los viviseccionistas.

Algunos de los experimentos que se explican son atrozmente crueles, como el determinar a qué grado de temperatura puede cocerse un animal antes de que desaparezcan éstas o aquellas funciones, y otros horrores semejantes y, obviamente, inútiles. Hay miles de prácticas que se realizan sin ninguna necesidad para instruir a los estudiantes y para poner a prueba toda clase de efectos, la mayoría de las cuales

son completamente inútiles, porque la constitución humana difiere, en gran medida, en muchos aspectos, de la de los animales. Un chivo, por ejemplo, puede ingerir, sin daño aparente, entre sus diferentes alimentos, algunos belemnitos que, ingeridos por un hombre, lo conducirían indefectiblemente al plano astral. Además, un animal bajo la acción de terror que le produce la práctica cruel, sufre alteraciones en sus flúidos corporales, lo cual es motivo de que las observaciones que se obtienen tengan sólo un valor relativo.

El sustituto apropiado para todas estas crueldades no es otro que la clarividencia. Sería preferible que el doctor observara la economía interna del hombre vivo, y no estableciera determinadas deducciones seccionando el cuerpo vivo de un animal, que difiere mucho del cuerpo humano. Los que creen que *se debe* practicar la vivisección harían bien en constituir una asociación comprometiéndose a hacer las prácticas en ellos mismos; de este modo, podrían hacer observaciones que por verificarse en cuerpos humanos, serían de mayor valor que el que puedan tener las observaciones en los animales y, al mismo tiempo, evitarían estas horrendas crueldades practicadas en criaturas indefensas a las que en el mundo de Dios no tenemos derecho a torturar. Por otra parte, esto no sería necesario porque la décima parte del trabajo, del estudio y de las investigaciones que exigen estos experimentos, podría producir un ejército de clarividentes responsables; ciertamente, la atención que se dedica al estudiante común y corriente en su largo entrenamiento sería suficiente, en general, para desarrollar en él su clarividencia.

Existe un serio peligro de otra clase de crueldad resultante de la gran autoridad que se adjudica la corporación médica ortodoxa. No nos satisface convertirnos en sus esclavos, como nuestros abuelos lo fueron de la Iglesia. Es cierto que, en cierto modo, esta corporación ha hecho mucho bien, pero eso no la autoriza a establecer una 'inquisición científica' dotada

del poder de imponer penas a los herejes que no quieran someterse a sus credos transitorios. Es verdad que sólo el poder civil está facultado para imponer la pena; pero esto es lo que ocurría en el caso de la Iglesia: aquellos que no se sometían a la creencia quedaban en manos de las autoridades civiles, con la súplica hipócrita de que la pena impuesta no podía consistir en el derramamiento de sangre, lo cual impedía al poder civil cortar cabezas; pero les dejaba el camino abierto para quemar a las víctimas. Ha habido muchas opiniones relativas a la obligación legal de la vacuna, la cual sigue siendo obligatoria en algunos países, aunque todavía está por ver si este remedio no causa mayores males que la enfermedad que se trata de prevenir. Los cambios en las opiniones médicas son sumamente frecuentes, lo cual no impide que éste o aquel procedimiento o medicina sea objeto de un apoyo fanático mientras no pasa de moda. Los elementos de ciertos grupos que están investidos del poder, en el curso de la historia han dado motivo a grandes opresiones y han ocasionado mucho sufrimiento. No aceptamos 'inquisiciones científicas.'

Hay quienes tratan de buscar excusa a las crueldades cometidas con los animales echando mano de la antigua teoría hebrea de que los animales han sido creados para el hombre. Los animales existen para el Logos; son estados evolutivos, formas en las que subyace su vida. Está justificado el utilizar a los animales cuando con ello estimulamos su evolución. Progresan por su contacto con el hombre. Es cierto que al capturar a un caballo salvaje interferimos en su vida; pero de esto se deriva un gran beneficio para él, especialmente por lo que se refiere a su desarrollo mental.

Hay quienes hacen extensiva la antigua idea a los niños. Hay padres que creen que sus hijos existen para que les sirvan como criados; para que les proporcionen motivos de orgullo; y también para que los sostengan en la vejez, etc., etc. Y en

esto basan la actitud inhumana de que sus hijos deben ser obligados a convertirse en lo que los padres quieran, sin tener en cuenta los intereses y las aptitudes que los niños puedan tener como consecuencia de sus vidas anteriores. Esto parece una crueldad excesiva.

Muchos maestros de escuela lo hacen habitualmente. Todas estas personas tratan de excusar su brutalidad diciendo que es la costumbre; pero un crimen no deja de ser un crimen porque muchos lo cometan.

C.W.L.— Azotar a los niños es una vieja costumbre muy difundida, pero esto no sirve de excusa. Sin embargo, no es una costumbre universal; me siento complacido al afirmar que unos cuantos países han alcanzado la civilización por lo que a esto respecta. Uno de éstos es el Japón. Por mi propia experiencia sé que otro es Italia. Durante largo tiempo viví en una ciudad italiana, en una casa situada frente a una gran escuela y pude observar con muchísimo interés las relaciones entre niños y maestros. Debido a la naturaleza más expresiva y sensible de los alumnos, no los trataban como lo hacemos nosotros [en Inglaterra]. Cuando les llegaba el turno a los muchachos para que formaran fila, era frecuente ver a alguno de ellos abandonando la fila y corriendo hacia el maestro lo tomaba por el brazo y le decía algunas palabras con toda naturalidad. El profesor sonreía, acariciaba al niño como prueba de gratitud por sus palabras o le decía algo en respuesta a las mismas. Entre profesores y alumnos reinaba la más sincera camaradería. También pude darme cuenta de que cuando los niños se encontraban por la calle con su profesor corrían hacia él y lo cogían del brazo. Fuera de las horas escolares, eran los mejores amigos. Buena señal, porque el hombre a quien los niños quieren siempre es bueno en el fondo; la niñez tiene un instinto infalible. En Italia no puede

haber la crueldad que prevalece en Inglaterra porque las costumbres son diferentes. Poner la mano en un hombre es un agravio que no puede olvidarse en ese país; es motivo de apuñalamientos y de duelos y cosas por el estilo, y es por eso que los niños gozan de una absoluta seguridad.

Durante muchísimo tiempo, el castigo ha venido siendo una costumbre; pero esto no impide que sea tan cruel como infructuoso. En primer lugar, no somos nosotros los llamados a imponer castigos. La ley del karma, que no puede cometer errores como nos pasa a nosotros, es la que se encarga de esa tarea. Repetidas veces se han cometido terribles injusticias legales en personas absolutamente inocentes. El criminal se hace más daño a sí mismo que el que causa a su víctima, y la venganza debe dejarse en manos de la naturaleza.

Además, el castigo se dicta para inspirar temor al que ha infringido la ley, con la intención de que no reincida; y a todos los que no la han infringido todavía, para que se abstengan de hacerlo. La idea de azotar a un niño es la misma que la de castigar al criminal por medios legales; ambas actuaciones llevan implícita la idea de venganza. “Cometiste esa falta, sufre éste o aquel castigo.” A menudo el maestro se deja llevar por la ira y el castigo que impone es el resultado de sus sentimientos, no la serena reflexión de lo que sería más conveniente para el niño. Se dice que el castigo legal tiene por objeto evitar que la gente cometa crímenes; pero esos resultados no se consiguen. Hace un siglo los castigos de la ley inglesa eran excesivamente severos. Por ejemplo, una persona podía ser condenada a la horca por el robo de cualquier objeto por valor de un chelín y seis peniques. Recuerdo haber visto una inscripción explicando eso en la puerta de la prisión de Newgate —cosas parecidas ocurrían en otros lugares— y otras advertencias semejantes, por ejemplo que tal o cual persona iba a ser ahorcada por haber robado un par de

guantes valorados en dos o tres chelines. Cuando se imponían penas tan severas, la proporción de crímenes que se cometían era superior a la de ahora. La criminalidad no tiene nada que ver con los castigos que se imponen; se trata, principalmente, de una cuestión de educación y civilización a nivel general.

Los castigos legales o escolares, normalmente, no tienen ninguna relación con el crimen cometido. A una persona que ha robado algo se la encierra en prisión durante cierto tiempo. ¿Cuál es la relación entre ambas cosas? Lo razonable sería obligar a esa persona a trabajar para retribuir de esa manera el valor de lo robado. De algún modo, el castigo debería corresponderse con el crimen. Encarcelar a una persona por haber robado algo es una incongruencia manifiesta. Lo mismo pasa cuando se azota a un niño por no haber aprendido la lección. ¿Qué relación existe entre lo uno y lo otro? Lo razonable sería decirle: “No has aprendido la lección, tienes que estudiarla hasta que la aprendas mientras los demás juegan.” No existe el sentido de justicia en todo aquello que es radicalmente erróneo. La idea de causar dolor a propósito, siempre es torpe y jamás será la adecuada, por importante que sea la costumbre en la que se quiere sostener. Infinidad de cosas indebidas, infinidad de torpezas, siempre han sido una costumbre: el calzado que se utilizaba en China, y que oprimía los pies, por ejemplo, y muchas de nuestras diversas costumbres en épocas distintas. No debemos aceptar la idea de que porque una cosa ha sido costumbre, aunque lo haya sido durante siglos, tiene que ser necesariamente una cosa buena, porque a menudo no lo es.

Muy justificadamente, una comunidad podría decir a los criminales habituales —tal como se hacía en el antiguo Perú: “Somos una raza civilizada. Con grandes esfuerzos hemos establecido nuestro Estado que se rige de acuerdo con éstas y aquellas normas, y exigimos que la gente cumpla nuestras leyes. Si tú no las puedes acatar, vete y vive con quien te

parezca.” El exilio era entonces el único castigo impuesto, y ser expulsado de la sociedad para vivir con tribus bárbaras era la mayor de las desgracias, a la vez que la mayor de las penalidades. La sociedad tiene el derecho de expulsar de la comunidad a las personas peligrosas. Cuando tropezamos con un malayo que, a velocidad frenética, trata de cometer crímenes, debemos detenerle, aun cuando sea necesario quitarle la vida. Pero, a menos que se trate de emergencias por el estilo —y cuando sea inevitable— no tenemos derecho a matar; tampoco nadie tiene derecho a torturar; esto es fidedignamente cierto.

La pena capital, si es una venganza, nos hace tan brutales como el mismo criminal que ha despertado en nosotros lo que con verdadero eufemismo calificamos de justa indignación. Si se trata el ponernos a salvo de futuras depredaciones del criminal, esto es un principio incorrecto, porque el Estado tiene deberes hacia todos los ciudadanos, no sólo hacia los que somos normales; y también debe tenerse en cuenta al hombre real, no simplemente al cuerpo físico. Buscar la solución más fácil matando al hombre es, por lo tanto, una cosa totalmente criminal, que nunca puede ser causa de bien, porque despierta muchas malas pasiones y porque el hombre tendrá que reencarnar en pésimas condiciones kármicas con nosotros en el futuro. El criminal nato —caso rarísimo, porque la mayor parte de los criminales son producto de un medioambiente deplorable— es realmente un caso patológico. Lo que necesita no es un tormento ni una brutalización que acentúen sus tendencias antisociales, sino un tratamiento adecuado; un entrenamiento que lo capacite, física y emocionalmente, para colocarse entre las filas del ciudadano normal. El Estado debe amparar a los deficientes físicos y mentales; igual debe ser su actitud hacia el criminal que, por lo general, no es otra cosa que un ser emocional o mental-

mente deficiente. Esa es la actitud de amor; ese es el punto de vista del Maestro.

Estos ideales son reales, claros y prácticos. Tanto el criminal como el niño tienen que ser corregidos por la educación, no por el miedo. El sistema de aterrorizar a los niños produce unos resultados desastrosos. Introduce en sus vidas el temor, el sufrimiento y el engaño, y es deplorable por lo se refiere al carácter y a la ciudadanía. Es otra forma del antiguo concepto eclesiástico del infierno; sólo que, en este caso, el infierno está aquí y podemos evadirlo utilizando la suficiente astucia. Se cree que se puede lograr que los demás se porten bien inspirándoles miedo. Es difícil explicarse cómo puede todavía perdurar esta idea. Uno de nuestros principales novelistas contemporáneos me escribió hace algún tiempo contándome que estando en una playa se encontró con un muchacho al que expuso algunas ideas teosóficas, y le hizo ver que la teoría del infierno era una solemne tontería. Poco después, la madre de ese joven, encolerizada, hizo una visita al novelista y se expresó con él de esta manera: “Esa idea es la única manera con la que he podido hacer que ese muchacho se portara bien; atemorizándole con él infierno, amenazándole con él día y noche. Ahora que usted le ha convencido de que el infierno no existe, ¿qué voy a hacer?” Es probable que si esta señora hubiera tenido conocimiento de algo más y le hubiera proporcionado a su hijo las explicaciones pertinentes desde un principio, no hubiera tenido necesidad de recurrir a una forma de terrorismo tan desagradable.

La libertad y el amor son dos grandes factores en el desarrollo del alma humana. Hay muchas personas con ganas de conceder la libertad a los demás a condición de que hagan exactamente lo que les prescriben. Pero, la verdadera libertad es el derecho que cada uno tiene de actuar a su modo. Por lo general, es mucho lo que se interviene en cuestiones ajenas; una excesiva dirección externa coarta la libre actividad que

trata de ayudar o asistir. Esto se observa en la vida escolar, donde se implantan multitud de reglas innecesarias, siendo así que la libertad daría al individuo mayores oportunidades de desarrollo. Esa es una de las diferencias entre el sistema inglés y el de otros países. En Inglaterra se busca, ante todo, dejar al hombre en la mayor libertad posible. En otros países se trata de prevenir desórdenes y peligros y de dar garantías al ciudadano promulgando infinidad de leyes. Recuerdo que un personaje extranjero me dijo en cierta ocasión: "Bien, señor: en un país verdaderamente bien gobernado todo debería estar prohibido." En mis viajes por el mundo me han extrañado mucho las formas en que estaban concebidas las leyes. En un país, prohibiciones rígidas; en otro, demandas. Algunos países adoptan un plan militar, sólo bueno para los espíritus jóvenes; en otros, se hace una llamada a la buena voluntad y al sentido común del hombre. Recuerdo, por ejemplo, un cartelón que, prohibiendo ciertas prácticas indebidas, decía: "Los caballeros no lo harán: los no caballeros no deberían hacerlo." Esto lo vi en Estados Unidos, uno de los países más jóvenes. Me pareció una cosa muy bien hecha.

Hay casos en los que resulta necesario ejercer una presión para velar sobre los intereses del público; pero, siempre que se pueda, es preferible ganarse la voluntad de la gente a tener que mandarla por la fuerza. Me temo que, en cuanto a educación se refiere, ésta no se entienda sino de una manera superficial. Siempre se emplean mandatos conminantes: "Haced esto; no hagáis aquello." Incluso cuando se trata de enseñar a los niños se prescinde por completo de su interés y se les da órdenes. "Esta es la lección y hay que aprenderla."

Los nuevos métodos, como el de la señora Montessori, hacen que las lecciones sean interesantes, de modo que la mente del niño se abre como una flor. En realidad sólo existe una manera de enseñar con provecho y ésta consiste en que, ante todo, el niño sienta amor por quien le enseña. De ese

modo se ejerce sobre él una determinada persuasión moral, porque en ese estado de ánimo, el niño teme molestarnos o causarnos un disgusto si no actúa bien. Esto es totalmente legítimo porque realmente sentís disgusto. Si empezáis por imponeros por amor, haréis que despierte el amor del discípulo, y algo conseguiréis. Para poder enseñar al niño hay que tener despierta la mente y contar con un corazón repleto de amor, y tener una paciencia tan grande como el océano; hay que comprender los disparates que el niño comete y estar en condiciones de mostrarle cómo se hacen las cosas de forma pertinente pero a su modo. Si se empieza utilizando la brutalidad y la fuerza, no se consigue más que despertar la hostilidad y no puede conseguirse nada que valga la pena.

En todas las cosas de la vida ordinaria pasa lo mismo. Cuando un hombre de negocios quiere realizar una operación provechosa con otro lo trata afablemente, tratando de convencerle de que el negocio que le propone es ventajoso para ambos. Jamás pensaría en intentar forzarlo, porque no haría más que provocar un antagonismo que haría imposible cualquier trato amistoso. Los niños son seres humanos y se puede conseguir mucho más de ellos por medio de la persuasión que no por medio de la fuerza. Ningún maestro, por inteligente e instruido que sea es digno de ese título, altamente honorable, si no puede despertar el interés de los niños y ganarse su buena disposición. Este es un requisito indispensable. Esa es la forma en que actúan los Maestros que jamás piensan en utilizar la fuerza ni en dar mandatos directos, sino que proceden mostrándonos el camino debido y animándonos para que les imitemos.

El karma no tiene en cuenta la costumbre; y el karma de la crueldad es el más terrible de todos. En la India, al menos, no puede aceptarse ninguna excusa para esas costumbres, porque el

deber de indañabilidad es muy conocido de todos.

C.W.L.— El hombre que ejerce la profesión de maestro de escuela lo hace para ganarse la vida, y ejerce esa profesión como ejercería otra cualquiera. Los señores del Karma no lo miran desde el mismo punto de vista. Ponen al hombre en esa posición con la idea de proporcionarle una magnífica oportunidad. Si él la desempeña con cuidado, con tacto y amorosamente, probablemente, en su próxima vida podrá llegar a ser un instructor religioso. Después de ella le quedará el camino expedito para convertirse en un gran santo, en un gran bienhechor de la humanidad. La profesión de la enseñanza va directamente hacia alguno de los premios más altos de la vida, desde el punto de vista de los señores del Karma.

El maestro ha de comprender que cada niño es un Ego, y tiene que darle toda la ayuda posible para desarrollar su carácter. Como es natural, la oportunidad del maestro es muy grande, porque tiene a su cuidado niños a los que ha de instruir y puede hacer de ellos mucho de lo que se proponga. Con relación a lo importante que es la influencia de un maestro, un conocido jesuita dijo en una ocasión: "Dejad a mi cuidado a un niño hasta los once años; después, que vaya por donde quiera." La influencia de un maestro sobre el carácter de un niño es tan poderosa por lo que el maestro significa y por su forma de actuar, como por sus enseñanzas verbales. El maestro que cumple su cometido irradia una poderosa influencia de amor. Su posición es, al mismo tiempo, de una gran responsabilidad, puesto que, si en lugar de despertar el amor y estimular las buenas cualidades en sus alumnos despierta en ellos el temor y la desconfianza, obstaculiza el progreso de esos Egos, siendo de ese modo la causa de un daño absoluto.

Desperdiciar esa oportunidad significa para el hombre una seria caída. La crueldad en esos casos produce terribles resultados: en algunas ocasiones hemos podido observar de qué manera el karma hace pagar esas faltas cobrando en la misma moneda; pero con mucha frecuencia el resultado se manifiesta en forma de locura y, en menor proporción, en histerismo y neurastenia. En ocasiones, estos resultados se manifiestan en un notorio y catastrófico descenso en la escala social. Una persona que ha sido cruel, al ocupar una posición medianamente satisfactoria, suele caer hasta lo más bajo de la de la sociedad como resultado de su cruel actitud. Por ejemplo, he visto algunos casos de brahmanes que han renacido como parias, como consecuencia de su crueldad hacia los niños. Y por eso es evidente que los señores del Karma, que son los que regulan las grandes leyes del universo, las consideran desde el mismo punto de vista que el Maestro.

Una oportunidad algo parecida a la de un maestro de escuela es la que tiene un hombre que desempeña el cargo de gerente en una empresa o es el jefe de un importante negocio. El hombre estima que una posición de esa clase es muy atrayente porque le da la oportunidad de tener un buen salario, de ganar mucho dinero y de adquirir influencia. Pero, como en el caso anterior, los señores del Karma consideran ese empleo como una oportunidad para ayudar a todos los que están bajo las órdenes del gerente o del jefe del negocio. Es frecuente que el patrón sienta hacia sus trabajadores una cierta hostilidad mal disimulada; piensa que éstos tienen el propósito de conseguir de él lo máximo que puedan y de abusar en todas las formas posibles. Por su parte, los trabajadores consideran que el jefe quiere explotarlos, exprimirlos hasta donde sea posible; pagarles lo menos que sea permisible. Por desgracia, es verdad que hay casos en que ambas partes piensan así justificadamente. Hay muchos patronos que se colocan en esa posición, y hay muchos obreros que

asumen esa actitud con respecto a sus patronos; pero el hombre que posea conocimiento, en absoluto considerará las cosas desde ese punto de vista. El único aspecto que importa, por lo que a los señores del Karma se refiere, es que el hombre que se encuentra en la posición de patrón tiene una oportunidad estupenda para influir benéficamente en la vida de los obreros que están a sus órdenes. Los señores del Karma, por lo general, nunca consideran las cosas desde nuestro punto de vista. La humanidad en general, pongamos por caso, considera la muerte como una cosa terrible, como un castigo severo, pero a menudo ésta no es sino una recompensa; una liberación que nos conduce a condiciones más halagüeñas.

El destino de la persona cruel debe recaer también sobre todos los que salen intencionadamente a matar a las criaturas de Dios, y lo llaman 'deporte'.

C.W.L.— La sátira de Punch, "Este es un día hermoso; salgamos a ver qué podemos matar", alude con agudeza a esta costumbre de la caza. Cuando yo era clérigo de una parroquia rural en Inglaterra, tuve contacto con un grupo típico de esa gente que se dedica al tiro al blanco, a la caza y a la pesca. Hacían de estas cosas su ocupación cotidiana y su principal tema de conversación. Sin embargo, por difícil que parezca, todas esas personas eran bondadosas y amables con el prójimo; eran buenos padres de familia y excelentes maridos; jueces clementes y amigos leales, que no se apercebían de la mala índole de su diversión. Uno de ellos, que cazaba venados y mataba faisanes hasta donde podía y con todo ahínco, era capaz sin embargo de pasarse la noche en vela atendiendo a un perro enfermo, dando muestras de su corazón bondadoso y dejando ver que sentía una especie de fraternidad hacia los animales. La crueldad siempre es el resultado de una ceguera mental. No es que no haya cerebro, es más bien que nunca se

han puesto a pensar en la cuestión y dan por sentado que todas las criaturas fueron creadas para que ellos sintieran el placer que se deriva de su habilidad para matarlas. Se come carne con la misma falta de reflexión. En mi juventud yo comía carne y nunca me pasó por la imaginación que eso estuviera mal, hasta que cayó en mis manos un libro sobre este tema, lo cual sucedió mucho antes de que se fundara la Sociedad Teosófica.

Cuando por primera vez descubrimos que ese 'deporte' no es sino una cosa horrible, y que al practicarlo hacemos una carnicería entre las criaturas de Dios, nos extraña no haber advertido eso antes. Miles de personas no se han dado cuenta todavía de este perjuicio. Deslumbradas como están por la costumbre, jamás han pensado en el espantoso daño que ocasionan. Lo mismo sucede respecto a algunas prendas de vestir. Cierta clase de plumas, por ejemplo, sólo pueden obtenerse a un costo terrible para la vida animal; no sólo por lo que se refiere a la vida del animal sacrificado, sino también a las crías del mismo. Realmente, los que usan esas prendas no son sino criminales inconscientes. No son crueles propiamente hablando; no; se limitan a seguir la costumbre. Pero el karma tiene que proceder. Un hombre puede caminar en la oscuridad en dirección hacia un precipicio; el hecho de que ignore a dónde va, no le exime del resultado.

Ya sé que cosas como ésas vosotros no las haríais; y que por respeto al amor de Dios, cuando se presente la oportunidad, hablaréis claramente contra ellas.

C.W.L.— Hay que fijarse bien en las palabras 'cuando se presente la oportunidad'. No hemos de exponer nuestras ideas a los demás extemporáneamente; pero sí que hemos de dar nuestra opinión cuando se nos pida o cuando el tema

venga a cuento de manera natural. Manifestar nuestras ideas sin el debido tacto, por excelentes que puedan ser, por lo general, acarrea más perjuicio que beneficio. Generalmente, las personas agresivas que actúan así provocan resentimiento. Una persona que nos para en la calle para preguntarnos intempestivamente si ya hemos encontrado a Jesús, o bien si ya hemos salvado nuestra alma, no consigue impresionarnos favorablemente y, normalmente, nos hace pensar que estando por su parte tan faltado de tacto, su religión carece de valor práctico. Si se presenta una oportunidad favorable, puede prestarse un libro, o un folleto, o se puede conversar amable y tranquilamente sobre el tema. Pero si nos encontramos entre un grupo de 'deportistas' no es aconsejable que ataques la caza como una cosa perversa, aunque sí lo sea. Si alguien me pidiese mi opinión podría expresarme así: "Para mí, toda vida es sagrada; estos animales son en realidad nuestros hermanos menores y no tenemos mayor derecho a matarlos por placer del que tendríamos para matar a un hombre con el fin de divertirnos." Sin duda, alguno de los circunstantes mostrarían su extrañeza; tal vez se mofarían de mí disimuladamente; pero no se opondrían a mi idea de manera tan ruda como si se sintieran atacados.

Los vegetarianos tenemos que sufrir con frecuencia la incomodidad de sentarnos a la mesa con personas que comen carne; pero esto es inevitable, sobre todo cuando se va de viaje. Tampoco es conveniente exteriorizar nuestras ideas sobre este punto; sinceramente, no sería el medio más adecuado para convertir a los demás; pero, si se nos pidiera nuestra opinión podríamos exponerla con firmeza, con moderación y con serenidad. De esa manera, sería muy probable que, si alguien reflexionara sobre esto, terminase por darnos la razón.

Pero hay crueldad hablando y actuando; y una persona que dice una palabra con intención de herir a otra es culpable de este crimen. Tampoco eso lo haríais vosotros; pero algunas veces, una palabra dicha sin pensar hace tanto daño como una llena de malicia. De modo que debéis vigilar contra la crueldad no intencionada.

C.W.L.— Hay quienes presumen de decir lo que piensan, aunque ofendan a los demás, y consideran que esto es una virtud. El Maestro, que nunca utiliza palabras ociosas, dice que ese proceder puede ser un crimen cuando las palabras son crueles. En un debate, en una discusión, no es necesario abstenerse de exponer nuestro punto de vista; pero debemos hacerlo con cuidado y cortesía. El Apóstol dijo: "Que cada uno esté plenamente convencido en su propia mente." (Romanos, iv, 5.) Esto no quiere decir que tengamos que esforzarnos para persuadir a los demás, sino que debemos comprender por qué tenemos nuestras creencias. En esos casos, estaremos en condiciones de exponer nuestros puntos de vista cuando sea necesario de una manera cortés y mesurada.

Es curioso que muchas personas no puedan diferir en sus opiniones con los demás sin sentirse más o menos enfurecidas, aunque sepan que hay miles y miles de problemas en el mundo que pueden ser debatidos lo mismo desde un punto de vista que desde el otro. Una discusión entre un católico irlandés y uno de protestante, es casi seguro que terminará a golpes, una forma de argumentación que no puede servir de base a ninguna convicción. Cuando a alguna persona se le expone una opinión que no esté de acuerdo con la suya, se siente menospreciada; estaba tan segura de que su idea era la correcta que a cualquiera que no esté de acuerdo con ella le atribuye una malicia premeditada para rechazar sus pun-

tos de vista. Hemos de ser, pues, muy cuidadosos al exponer lo que pensamos.

El teósofo siempre está sintiendo una tentación muy especial, porque al estar basadas nuestras creencias en la razón, sólo espera que los demás lo puedan ver así; pero, lo más frecuente es que la otra persona no lo vea de ese modo. La razón, por perfecta que sea, por lógica que parezca, no siempre impresiona al hombre común y corriente; éste no vive en su razón, vive en sus sentimientos, los cuales, cuando se excitan por lo que decimos, no hay razón que baste para convencerle y cuanto más hablamos, más se dejará llevar por el enfado.

Normalmente, esto ocurre por falta de reflexión. Un hombre está tan lleno de orgullo y codicia que ni siquiera piensa nunca en el sufrimiento que causa a los demás, pagándoles poco, o haciendo pasar privaciones a su esposa y a sus hijos. Otro, piensa sólo en su propio placer, y le importa poco cuántas almas y cuántos cuerpos arruina para satisfacerlo. Sólo por evitarse unos cuantos minutos de molestia, un hombre deja de pagar a sus trabajadores el día que les corresponde, sin pensar en las dificultades que esto supone para ellos. Así pues, mucho sufrimiento es por falta de atención —por olvidar que una acción afectará a los demás. Pero el karma nunca olvida, y prescinde del hecho de que el hombre olvide. Si deseáis entrar en el Sendero, debéis pensar en las consecuencias de lo que hacéis para no pecar de crueldad por negligencia.

C.W.L.— El que paga a sus trabajadores un poco menos de lo que vale el trabajo, puede ocasionar muchos sufrimientos, tanto a ellos como a sus esposas y a sus hijos. Reducir el

jornal unos cuantos centavos, puede traducirse en poca alimentación para la familia. El negocio es el negocio; ya lo sé, pero *en caso necesario* es preferible ganar menos que caer en la tentación de explotar al pobre. Los patronos se están dando cuenta de que les conviene pagar 'buenos salarios', como lo ha demostrado Henry Ford, de quien se dice que es el hombre más rico del mundo. Siendo yo sacerdote, solía mezclarme con los pobres para poder ver las cosas desde su punto de vista y era muy frecuente encontrarme con personas que se aprovechaban de su desamparo. Eso sucedía también en la India, donde en algunas ocasiones los niños 'intocables' se desmayaban de hambre en las escuelas, hasta que estuvimos en condiciones de proporcionarles alimento.

CAPÍTULO XXVIII

SUPERSTICIÓN

La superstición es otro mal poderoso, y ha causado crueldades terribles. El hombre que es esclavo de ella, desprecia a los otros que son más sabios, trata de obligarles a hacer lo que él hace.

C.W.L.— La persona supersticiosa nunca tiene en cuenta los diferentes temperamentos de los demás. Tiene ciertas convicciones que desea imponer sobre todo el mundo, sin advertir que es imposible imponer una creencia, a menos que se trate de un hecho científico de carácter concreto, porque en el mundo hay tantas actitudes con respecto a la vida, como personas. Aun conociendo a mucha gente es muy raro encontrar dos seres semejantes en el modo de verse afectados por las circunstancias. Es posible predecir algunas posibilidades generales por lo que respecta a juzgar exactamente la forma en que se reaccione ante ciertos impactos, a menos que se las conozca muy bien. Y por eso la superstición implica, entre otras cosas, una falta muy grande de comprensión. El hombre dominado por la superstición no admite que exista otra forma de considerar las cosas que no sea la suya propia.

La superstición no sólo es mala para el que la padece; cuando la persona es relevante, trata de ejercer coacción sobre los demás. En la historia nos encontramos con que la superstición religiosa ha sido el origen de males terribles. Impulsados por ella, los musulmanes llevaron a cabo horri-

bles carnicerías que fueron causa de grandes derramamientos de sangre en amplias zonas de Asia, Europa y África, dando a elegir 'entre el Corán y la espada'. La superstición que dio vida a la Inquisición ya ha sido expuesta anteriormente. Las matanzas de San Bartolomé y las Vísperas Sicilianas, durante las cuales los protestantes y los católicos se acuchillaron unos a otros, también fueron resultado de la superstición. La última de ellas fue en parte política; pero la primera fue exclusivamente de carácter religioso. El odio entre las diferentes sectas cristianas fue, en gran parte, el responsable de esta carnicería, aunque con toda seguridad también intervino en ellas la cuestión política, como sucedió con Constantino cuando adoptó el cristianismo pensando que era una buena medida para la situación en que se encontraba el Imperio Bizantino.

Las Cruzadas fueron otra gran superstición. Una relato que en realidad carecía de base, sobre la vida y la muerte de Jesús, originó la muerte de veinte millones de seres en esas Cruzadas, al tratar los cristianos de conquistar el país donde, según ese relato, había transcurrido Su vida. Si hubiera sido posible hacer comprender a esa gente que la vida de Jesús fue la misma de todos los Iniciados, y que esa vida ha pasado en todos los países del mundo en uno u otro tiempo, se hubiera evitado ese derramamiento de sangre. Sin embargo, quizá no todo haya sido una pérdida, porque en su lucha con los sarracenos, más civilizados que ellos, los cristianos trajeron a Europa mucha información útil, y porque su disposición a morir por un ideal pone de relieve su amor a la justicia. En la idea de que los lugares santos de una religión deberían pertenecer a la gente de esa religión, había algo de bello y caballeroso. Sin embargo, el tiempo ha venido a demostrar que, en este caso, fue conveniente que los cristianos no tuvieran éxito. En esa tierra santa los soldados musulmanes han tenido que mantener en paz a las sectas cristianas rivales

(la griega y la latina), que siempre están luchando por sus derechos sobre el fuego sagrado y el sepulcro.

Actualmente, en la India tenemos un problema semejante, aunque nadie haya soñado siquiera en hallarle una solución por el procedimiento de las Cruzadas. Los lugares santos de los budhistas: el sitio donde nació el Señor Buddha, donde alcanzó el Buddhado, y donde murió, todos estos lugares están en manos de los creyentes hindúes, cuya religión difiere del budhismo de la misma manera que el cristianismo pueda diferir de la religión musulmana. Los budhistas desean ardientemente poseer esos lugares sagrados, pero los creyentes budhistas jamás han pensado en desencadenar una guerra de conquista. Podemos felicitarnos por ello porque los budhistas suman alrededor de quinientos millones de seres. Su religión les prohíbe cometer actos irracionales de semejante calado. Algunos budhistas han tratado de comprar esos lugares y a punto estuvieron de lograrlo. La Sociedad Teosófica prestó su colaboración, pero desgraciadamente una gran parte del dinero se perdió en un litigio y el proyecto no pudo llevarse a cabo.

No hay ninguna religión, —a excepción hecha del budhismo—, que no haya hecho persecuciones. El budhismo no ha podido hacer eso por sus principios inherentes; la obligación de la tolerancia queda muy bien expresada en las palabras de su Fundador: ¿Quién es budhista? El hombre que sigue las enseñanzas del Señor Buddha, no el hombre que cree esto o aquello, sino el que vive como el Señor Buddha dijo que debería vivirse. Preguntad a un misionero cuál será el destino de un budhista realmente bueno, y casi siempre os responderá: "Si no cree en Cristo no hay ninguna esperanza para él", o bien, como máximo, lo dejará en manos de la infinita misericordia de Dios. Si haces la misma pregunta a un budhista respecto a un buen cristiano, os dirá: "Este hombre es un buen budhista; se llama cristiano, pero pone en

práctica las enseñanzas del Señor Buddha; todo será bueno para él." Esa es la tolerancia del buddhismo, como ya he explicado con anterioridad. Evidentemente, todas las religiones condenan realmente la intolerancia y la violencia, pero la ignorancia y el fanatismo de algunas de ellas ciegan a sus prosélitos ante este hecho.

La forma de superstición que se llama odio racial; el que una raza sienta instintivamente repulsión por otra *en bloc*, no es sino una absoluta insensatez, porque hay personas buenas y personas malas en todas las razas. Recuerdo que en algunas remotas aldeas de Inglaterra, la actitud de los campesinos hacia los extranjeros era casi siempre de desconfianza y de ridículo. El hecho de que un hombre hablase una lengua diferente era para esa gente ignorante un motivo de burla. Hay algunos labriegos que, sobre este particular, son menos descorteses que la generalidad de nuestro pueblo. Siempre pienso que cuando un extranjero visita nuestro país, debemos considerarlo como nuestro invitado y tenemos el deber de hacerle agradable su estancia y de que reciba la mejor impresión posible de nuestro pueblo y de nuestro país.

Durante la época napoleónica existía en Inglaterra la superstición de que todos los franceses eran verdaderos diablos que luchaban contra nosotros con absoluto conocimiento de que procedían con injusticia y contra toda razón. En la actualidad, se observan casos de que grandes multitudes sufran una obsesión predominante que alcanza las proporciones de una monomanía nacional. Bajo la influencia de esa monomanía temporal, se cometen atrocidades horribles que el pueblo ni siquiera soñaría cometer en otros tiempos. En esos casos, los individuos sólo son responsables hasta el grado en que se han dejado influir por esa idea; las cosas que suceden son más bien hechas por la monomanía que por los individuos. Esto es muy parecido a lo que le pasa al que, dominado por la ira, profiere palabras ofensivas; es la ira la

que habla, no el hombre. Se le puede reprochar el haberse dejado arrastrar por la ira; pero hemos de tener en cuenta que es probable que, pasado un momento, lamente sus palabras.

Pensad en la atroz carnicería producida por la superstición de que los animales debían ser sacrificados.

C.W.L.— Los sacrificios de animales y otros, por lo que se refiere a la religión, son un aspecto de las relaciones entre el hombre y Dios. Sólo hay tres posibles aspectos en esta cuestión: 1º. Dios elaboró Su plan dejando que éste se desarrollara por sí mismo y manteniéndose al margen de sus resultados; 2º. Dios mantiene un malévolos interés en él, sediento de sangre y de otros sacrificios; 3º. Dios es siempre el padre amoroso de Su creación.

La primera teoría es prácticamente el materialismo moderno, con el añadido de un creador original. La segunda, nos presenta a Dios como un monstruo sediento de sangre. Muchas de las escrituras antiguas deforman a Dios de esta manera. En un pasaje del Antiguo Testamento los judíos alardean de sacrificar ciento veintidós mil bueyes de una sola vez. Es posible que sea una exageración propia de aquella época. Jehová exigía sacrificios y no le importaba en absoluto el sufrimiento causado para satisfacer sus deseos. Siempre estaba pidiendo a gritos sacrificios que debían hacerse a él y no a ninguna otra deidad. Los judíos contemporáneos se horrorizarían de ello, pero es evidente que la practicaban en los tiempos de David y Salomón. De ello se deduce que el Jehová que ellos adoraban no era lo que nosotros llamamos Dios —concepto hasta el cual ellos no podían elevarse— sino una de las grandes deidades elementales, restos de los días de la Atlántida. Con anterioridad, los judíos habían estado en

contacto con la civilización egipcia, pero esas grandes ideas habían causado en ellos una impresión superficial; posteriormente, durante su cautividad en Babilonia, llegaron hasta la idea de un Dios supremo. De inmediato lo identificaron con las características de su Jehová; posteriormente, sus profetas escribieron sobre Él de forma magnífica, pero siendo influidos a veces por sus antiguas ideas. Los sacrificios de sangre corresponden únicamente a las primitivas etapas de la evolución humana. Están relacionados con la primitiva magia y tienen siempre una conexión con los elementales que viven de las emanaciones de la sangre. El elemental busca los sacrificios porque absorbe el olor de la sangre y por ese medio obtiene el poder de materializarse. Algunas tribus salvajes dicen que si no practican sacrificios les alcanzan muchas calamidades; que pierden sus cosechas y que se incendian sus casas; los dioses de las colinas de la India, por lo tanto, son posiblemente grandes deidades elementales de la Atlántida.

Podemos tener la completa seguridad de que los Grandes Seres nunca aprueban esos sacrificios. En la India, por ejemplo, la revelación original de los Vedas no habla ciertamente de ellos, sino que, en cierta medida, proceden de las tradiciones aborígenes que todavía existen. El Señor Buddha habló en contra de los sacrificios de animales e indujo al rey Bimbisara para que en su reino promulgara su abolición.

Es evidente que ninguna deidad merecedora de nuestra adoración se complace con los sacrificios sangrientos, aunque sí que hay elementales y espíritus de la naturaleza a los que les agradan. Entonces, pues, hemos de considerar esos pasajes de las Escrituras como pertenecientes a un período evolutivo ya trascendido desde hace muchísimo tiempo. Algunos se niegan a manifestarlo con claridad por la reverencia que sienten hacia esas Escrituras; pero no es más que una superstición considerar un grupo de palabras como sagrado

y sacrosanto para siempre. Debemos ser eclécticos respecto a las Escrituras y respecto a todo lo demás. Cuando leemos un libro apreciamos y recordamos aquellos pasajes que son especialmente hermosos y útiles para nosotros. De la misma manera, hemos de tomar de cualquier escritura aquello que sea noble, bello e importante siempre, descartando todo lo que no sea satisfactorio para nuestros ideales. Aunque en los Salmos y en otras partes de la Biblia se hace mención de los sacrificios sangrientos, hemos de aceptar el hecho de que nunca podían ser agradables para Dios; que sin duda alguna pertenecen a un tipo de religión que considera a la deidad como un ser malo, susceptible de cohecho.

Mezclar las enseñanzas puras del Cristo de que Dios es un padre amoroso, con las ideas antes expuestas, constituye la gran tragedia del cristianismo. Es cierto que la ofrenda a la Deidad, de sacrificios animales no es una idea que haya degradado al cristianismo; pero el concepto de Dios como un ente deseoso de hacer el mal, a menos de que le sobornemos, todavía sigue siendo la enseñanza de las grandes organizaciones cristianas. Inventaron la desconcertante teoría de que Dios sacrificó a Su propio hijo en beneficio de otros seres que, sin este sacrificio, no hubieran podido escapar al infierno. Yo creo que la mayoría de las personas no se han detenido a pensar qué clase de dios tendría que haber sido para exigir o para permitir ese sacrificio. Podéis imaginaros lo que se diría de un rey que, habiendo condenado caprichosamente a determinadas personas a sufrir terribles torturas, las liberara luego porque su propio hijo viniera a decirle: "Si tienes que matarlos, mátame a mí; yo no he hecho nada malo; pero mátame sin embargo, y pon a esas gentes en libertad." Esta teoría no es cristiana.

El coronel Ingersoll estuvo muy acertado cuando dijo que un Dios honrado era la mejor obra del hombre. Es cierto que para que una nación pueda remontarse hasta el concepto de

una Deidad realmente grande y gloriosa, tiene que haber alcanzado un elevado grado de evolución. Es cierto que nuestros remotísimos antepasados que deambulaban por las selvas y las llanuras, pintarrajeados de azul, y los antiguos y belicosos judíos, tenían esos burdos conceptos de la Deidad; pero no existe absolutamente razón alguna para que sigamos con ellos en el tiempo actual.

La tercera teoría —que es la que apoya la Teosofía— consiste en afirmar que Dios es un ser benéfico, que ha configurado un esquema evolutivo con una finalidad que persigue incesantemente y que, por lo tanto, todo lo que sucede es una parte de Su trabajo. Concede a sus criaturas una determinada libertad y éstas hacen algunas cosas que no armonizan totalmente con Su plan; pero como la voluntad de los humanos es parte del plan Divino, todo, en definitiva, es Su trabajo.

Cuando decimos que Dios concede cierta independencia o libertad a los hombres, debemos puntualizar que esa libertad es limitada y creciente. Al que emplea la libertad y los poderes que esto conlleva, se le autoriza más. Es una forma parecida a la que se utiliza para enseñar a caminar a un niño. El que le está enseñando no deja que el niño, al dar sus primeros pasos, se quede solo en un suelo resbaladizo, en la parte superior de una escalera, o en cualquier otro lugar peligroso. Más tarde, cuando ya ha crecido, puede caminar por el borde de un precipicio para admirar el paisaje, si así lo desea. De un modo parecido, el Logos nos protege mientras nos va preparando para que no suframos un percance irremediable y echemos a perder nuestras vidas.

Esta tercera teoría es la que va incrementándose constantemente. Hace ya mucho tiempo que el cristianismo ha sido mejor que sus creencias, y son muchos los cristianos que tienen un criterio más amplio que el que la misma Iglesia

autoriza oficialmente. La Iglesia de Inglaterra, por ejemplo, formula lo que podríamos llamar su teoría de las cosas en un determinado sermón que titula “Los Artículos de la Religión”. La clerecía tiene que dar su aprobación a esos artículos, pero si un sacerdote pregunta: “¿Cómo puedo aceptar estos artículos, al ser, como son, evidentemente contradictorios?”, se le replica que en el momento en que se promulgaron, había dos partes irreconciliables y que hubo que hacer algo para complacerlas a las dos; que el obispo y el resto de los miembros de la Iglesia los han autorizado con su firma al haberlos interpretado con una actitud filosófica y que, puesto que ellos lo han hecho así, bien puedes hacerlo tú también. “Bueno —podría ser la respuesta del sacerdote joven— si esto no tiene ningún sentido, puedo aceptarlo muy bien.” Una actitud que, ciertamente, no es demasiado ética.

No tengo nada que objetar a los Credos cristianos; en ellos hay un sentido mucho más profundo del que, en general, sospecha el cristianismo. Pero sí expreso mis objeciones a los Treinta y Nueve Artículos y la Confesión de Fe, porque con las ideas más hermosas se las ingenian para entremezclar otras que son absolutamente impropias. Si el catecismo se hubiera detenido precisamente al final de la primera pregunta: “¿Cuál es el objetivo principal del hombre?” y hubiera dado como respuesta: “Glorificar a Dios para siempre”, todo hubiera resultado perfecto.

El cristianismo ha ido mucho más allá de sus enseñanzas y de sus creencias autorizadas. Hace poco encontré un pasaje que pone esto de manifiesto con toda claridad. Hay un libro, escrito por el Deán de Ripon, que dice: “El desenvolvimiento de Cristo en el hombre es la meta del cristianismo.” Y después

1 Véase *El Credo Cristiano* de C.W. Leadbeater.

explica qué es el Cristo en el hombre, diciendo: “Es la sabiduría del hombre de ciencia; la elocuencia del legislador, la rectitud del juez; el amor a la belleza en el artista; el amor al hombre en el filántropo”, etc. Ese cristianismo lo aceptamos todos. Esa idea es muy parecida a la del *Gitâ*. “De los reyes —dice Shri Krishna— Yo soy el cetro; de los que buscan la victoria, Yo soy el estadista; y de los secretos, Yo soy el silencio; el conocimiento de los que saben, soy Yo.” “Todo aquello que es glorioso, bueno, bello y fuerte, tienes que entender que procede de un fragmento de mi esplendor.”² El moderno Deán cristiano está muy próximo a estar de acuerdo con el autor del *Bhagavad-Gitâ*, una escritura de una remota antigüedad, mucho más antigua que *El Mahabhârata* del cual llegó a formar parte. Muchas de las gloriosas enseñanzas incorporadas en el *Gitâ* ya existían entre los atlantes que residían en las planicies de la India, mucho antes de que los arios invadieran ese país. Sé muy bien que esta idea no goza de la aceptación general, pero responde a hechos verdaderos que nosotros hemos visto.

Es evidente que hemos de tener una confianza ilimitada en Dios porque Él sabe y nosotros no sabemos. Sabemos, sí, de una manera general, lo que se espera de nosotros como colaboradores de Su trabajo en la evolución; pero no conocemos los detalles. Aunque sí sabemos que esos detalles están en buenas manos. No sabemos lo que será nuestro karma; pero los grandes Poderes que lo regulan lo conocen absolutamente y son Ellos los que tendrán que decidir con sabiduría qué parte del mismo nos será asignada ahora y qué parte se nos destinará para el futuro. Si fuera posible para los Grandes Seres escucharnos y cambiar nuestro destino según lo

que nosotros pensamos que nos convendría, seguramente que esto sería mucho peor para nosotros. No quiero decir que todas nuestras aspiraciones sean inútiles; al contrario, si tenemos aspiraciones elevadas, éstas representan un nuevo factor que introducimos en el caso y que pueden facilitar a los Grandes Seres la modificación de la acción de nuestro karma, tal vez para que éste se precipite un poco antes sobre nosotros para poder liberarnos más pronto; tal vez para modificar su acción y que nos llegue en otra forma. Pero aquello que acontezca, es lo mejor que puede suceder a cada uno, y no sólo a unos cuantos, así que nunca hemos de pretender alterar la voluntad de Dios; hemos de aceptar agradecidos cualquier cosa que nos llegue, aprovechándonos siempre de ello del mejor modo posible, no del peor. Hemos de considerar nuestras dificultades como algo que hay que vencer; estando siempre alegres, porque sabemos que Dios está en el fondo de todo y que Él es absolutamente benéfico.

... Y por la superstición todavía más cruel de
que el hombre necesita la carne para alimentarse.

C.W.L.— Eso es una superstición porque hay muchos millones de personas que viven con una salud perfecta sin comer carne. Probablemente haya unas cuantas personas que, por una mala herencia o por su propio karma son realmente incapaces de hacer que sus cuerpos digieran alimentos de clase más pura; pero estas personas son muy pocas en realidad. He conocido unos cuantos casos, entre muchos cientos de teósofos, de personas que después de haber realizado esfuerzos durante mucho tiempo por adoptar una dieta vegetariana, hallaron que les era imposible; pero así y todo, después de algunas dificultades iniciales, pudieron mantenerse con frecuencia con la dieta vegetariana para mejorar la salud.

2 *Bhagavad-Gitâ*, X, 38-41.

Ha quedado demostrado de manera irrefutable que la mayor parte de las personas pueden estar perfectamente fuertes sin echarse encima la carga de participar en la matanza de animales. Apenas un pequeño porcentaje de cuerpos físicos son los que no pueden adaptarse a la alimentación vegetariana. Esta es una condición lamentable para esas personas; pero la persona que, de una manera inteligente, se ha esforzado realmente para modificar su dieta y la encuentra imposible, debe aceptarlo como su karma. En casos así, no siempre se debe ni tampoco es sensato obligar al cuerpo a someterse a la voluntad, obligándole a ingerir únicamente alimentos puros corriendo el riesgo de hacerle perecer. Es posible que haya deberes para con los demás que no pueden cumplirse sino gozando de una buena salud. Desde luego, ya sé que un consejo de esta clase se presta a ser utilizado como excusa por aquellos a los que no les gusta la alimentación vegetariana, muy superior a la dieta carnívora y que se resisten a someterse a las molestias que implica adaptar el cuerpo a una nueva alimentación; pero hay que darlo, porque hay personas que se encuentran en la lamentable situación de verse en la necesidad de continuar con sus viejos hábitos alimenticios.

No es correcto comer carne porque es una crueldad matar animales y también porque la carne introduce en nuestros cuerpos partículas nocivas que los embotan y provocan deseos animales, en los elementales de nuestros cuerpos. También hay otras razones que ya he explicado en una conferencia que forma parte de mi libro *Vislumbres de Ocultismo*. Este es uno de los pocos temas en los que prácticamente todos los argumentos están de un solo lado, porque no se puede argumentar nada en favor de la dieta carnívora, como no sea que muchos la siguen porque les agrada. Creo que a cualquier persona puede demostrársele con absoluta nitidez que la abstención de carne es una cosa conveniente. No se trata de

una simple cuestión de moral —lo cual para nosotros ya sería suficiente— sino también de una cuestión de higiene, porque la dieta vegetariana se traduce en una mejor salud y evita horribles enfermedades. Hechos definidos ponen de manifiesto que el vegetariano goza de una mayor resistencia.

A esta idea se la discute diciendo que en cualquier caso nos es necesario destruir la vida para poder vivir; que los vegetarianos también destruyen la vida. Esto es cierto sólo de manera muy limitada. Se nos puede imputar la destrucción de la vida vegetal, pero esta forma de vida es mucho más primitiva y no está tan consciente como la animal.

La objeción fundamental al hecho de matar, es que interfiere con el curso de la evolución. Cuando se mata a un hombre no se le causa en realidad ningún daño al individuo por lo que a sus placeres y felicidad se refiere; pasa a un plano donde habrá de ser mucho más feliz de lo que haya podido ser en el plano físico y la mera destrucción de su cuerpo no es esencialmente cruel, porque un hombre a quien se mata repentinamente no siente nada. El daño que se le causa es el privarle de la oportunidad de evolución que ese cuerpo le proporciona. Tendrá una nueva oportunidad en otro cuerpo, pero le causamos un retraso y creamos a los Señores del Karma la dificultad de buscar otro lugar para la evolución de ese hombre y de conducirlo nuevamente a través de su niñez antes de que pueda aprovechar su nueva oportunidad, que sólo encontrará cuando llegue a la madurez. Por eso es mucho más grave matar a un hombre que a un animal; el hombre tiene que desarrollar una personalidad completamente nueva, mientras que el animal solamente pasa al alma grupal, desde la cual la nueva encarnación es relativamente fácil. No obstante, en el caso de animales muy evolucionados, que son manifestaciones más complicadas de vida, el matarlos es causa de —permítasenos decirlo con mucho respeto— muchas molestias para las fuerzas de la evolución. El matar a

un mosquito, por ejemplo, es una falta infinitamente menor, pues éste pasa a su alma grupal y vuelve a renacer en corto tiempo. El daño que se causa destruyendo incluso a cientos de miles de insectos no es nada en comparación con el que se comete al matar a un caballo, una vaca, un perro o un gato. No puede concebirse ningún caso en que sea lícito matar a un hombre en beneficio propio, excepto en casos de emergencia en defensa de la propia vida o de la vida de otro. El yogui no se defiende ni siquiera en esos casos; lo deja todo en manos del karma. Sin embargo, creo que está justificada la defensa de nuestras vidas cuando son atacadas, y tengo la completa seguridad de que está en nuestro derecho defender la vida de un amigo, o de un niño incluso a costa de la vida del agresor. Lo mismo puede afirmarse con respecto al derecho de matar animales. Si un animal nos ataca con peligro de perder nuestra vida, o nuestra seguridad, nos asiste el derecho de matarlo en caso necesario. Toda la dificultad estriba en determinar cuál es el daño mayor. Si, por ejemplo, sufrís el ataque de mosquitos que, prescindiendo de su alimento natural, os atacan y envenenan vuestra sangre y quizá causen perjuicios a un trabajo importante, muy bien puede ser el mal menor el matar a los mosquitos. Si os es posible protegeros detrás de una tela 'mosquitera' o si podéis ahuyentarlos de vuestra habitación, mucho mejor. El mosquito es vegetariano por naturaleza y por instinto. Hay millones y millones que no conocen el sabor de la sangre. Ponedlos en contacto con los seres humanos, facilitándoles así la oportunidad de probar el nauseabundo sabor de la sangre y veréis lo que pasa. Sucede una cosa parecida con una gran variedad de pequeñas alimañas. Son buenas cuando habitan en el lugar que les corresponde, pero dejan de serlo al ponerse en contacto con los humanos. No solamente somos nosotros los que sufrimos cuando nos vemos infectados por esas plagas, sino que

también se propaga la infección entre otras personas que no la hubieran sufrido de no haber estado allí con nosotros.

Si bien, a pesar de nuestro conocimiento imperfecto, no tenemos ninguna justificación especial para exterminar ninguna criatura que nos perjudique, es una realidad que hay algunas formas destinadas a desaparecer, ya sea porque han terminado su cometido, ya sea porque constituyen formas experimentales que han sido mejoradas y que ya no son necesarias. No es una falta de respeto decir que las Fuerzas de la evolución están, hasta cierto punto, realizando algunas experiencias. El Señor Maitreya, cuando sucedió al Señor Buddha en el cargo de Instructor del Mundo, experimentó con algunos métodos de religión que es factible que puedan haber fracasado. Madame Blavatsky solía hablar en ocasiones, con alguna reserva, de determinadas plantas y animales que consideraba fracasos, formas de manifestaciones de vida destinadas a desaparecer gradualmente y que, mientras tanto, tendrían la función de servir de morada a entidades inferiores a aquellas para las que originalmente se habían proyectado, y en algunas ocasiones hasta para dar forma de expresión a criaturas de vida involucionante. Habló de ciertas formas asquerosas de la vida, de ciertos insectos y reptiles, a los que llamó subproductos, considerando que la destrucción de esas formas no era nada parecido a la destrucción de formas de vida en evolución.

La teoría de la no destrucción de vida se lleva hasta el extremo en algunos lugares, por ejemplo en los casos en que la gente se abstiene de matar sabandijas, permitiendo ser devorados por ellas. Esto no puede aceptarlo ninguna persona civilizada. Hay algunos casos en que el propietario de una biblioteca ve atacados sus valiosos libros por la barrena, animalillo que perfora las hojas de papel. Lo mejor sería desalojar a esos animalillos, pero seguramente es preferible destruirlos antes de permitir que perjudiquen libros que

pueden ser útiles para los demás y para nosotros mismos. Hay muchas otras formas inferiores de vida que, si lo permitiéramos, harían prácticamente imposible la vida. El Yogui, que nunca destruye la vida, siempre puede proveerse de alimentos, pero el agricultor que los produce necesita protegerse contra el gorgojo y contra los gusanos. En Australia se tienen que enfrentar especialmente con el problema de los conejos que, habiendo sido importados a aquel país, han proliferado hasta alcanzar tal número de millones que, de no combatirlos, acabarían por destruir todo vestigio de cultivo.

No sólo para la obtención de alimentos podemos destruir ciertas clases de insectos, sino también como medida de protección, pues el que cultiva plantas o árboles o legumbres, tiene cierta responsabilidad por lo que toca a la vida que anima esas formas. Es cuestión de poner en ejercicio, en todos esos casos, al sentido común. Como quiera que sea, es bien notorio que no es lo mismo matar un animal en defensa propia que el quitar la vida a criaturas de elevada evolución, como las vacas y las ovejas, por ejemplo, para dar satisfacción a una forma viciada del gusto, cuando no es absolutamente necesario.

Pensad en el trato que la superstición ha dispensado a las clases más pobres de nuestra querida India, y ved en eso de qué manera esta cualidad negativa puede engendrar una crueldad despiadada, incluso entre aquellos que conocen el deber de la fraternidad.

C.W.L.— Las clases oprimidas de la India, llamadas algunas veces los panchamas o seres de la quinta casta, las clases proscritas, los parias, son los descendientes de los primitivos pobladores de la India, a quienes los arios encontraron allí cuando bajaron de los Himalayas. Las leyes de casta prescritas por el Manú —leyes eugénicas convenientes en los tiempos

en que fueron promulgadas— prohibían a los nuevos pobladores casarse con los nativos y mezclarse y comer con ellos. El abuso de estas leyes fue causa de grandes crueldades infligidas a los nativos. Por ejemplo, al paria no le está permitido acercarse a un pozo a sacar agua, porque puede contaminarla y perjudicar a los seres de casta; de aquí que se vea obligado a procurarse agua de los pequeños pozos que pueda hacer o hallar, lo que le origina serias penalidades debido especialmente a que en algunas regiones del país las aldeas de parias sólo pueden establecerse en terrenos malsanos, de los que con frecuencia son arrojados a otros. Hasta hace poco tiempo era difícilísimo para un paria colocarse en una buena posición, a menos de recurrir al poco satisfactorio recurso de hacerse cristiano o musulmán, con lo cual lograba mejorar algunas de sus más serias desventajas sociales.

Este, y otros peores todavía, ha sido el tratamiento que la superstición ha hecho sufrir a esas clases oprimidas, incluso entre personas que han hecho una especialidad de la práctica de la fraternidad. En estos casos, a consecuencia de sus supersticiones, han olvidado qué significa la fraternidad. Confiamos que, con el tiempo, irán formando comunidades limpias y respetables. Las condiciones de la época moderna, tales como el contacto que existe entre las diferentes clases en los trenes y en los tranvías, tienden a facilitar este proceso.

Es deber de las clases privilegiadas de la India y una obligación kármica que pesa sobre ellas elevar a esas clases oprimidas que fueron conquistadas por los antepasados de las castas privilegiadas. Su misma nobleza, su innata calidad aria, debe impulsarlas a llevar a cabo esta labor necesaria. Ante la presencia de un niño sucio no hemos de retirarnos con repugnancia; debemos hacer que se lave; igualmente, no debemos sentir horror ante el paria, sino proporcionarle las condiciones en que pueda adquirir salud, limpieza y conocimiento. No se trata esencialmente de comer juntos, pero sí

que hemos de ser amables y compasivos para con nuestros hermanos menores.

Es cierto que el nacer en una casta o comunidad determinada ofrece siempre al hombre unas oportunidades definidas; pero de esto no se deduce que él haga siempre el mejor uso de ellas. Nacer en la familia de un hombre bueno, de baja casta, puede ofrecer mejores oportunidades en cierto sentido, que pertenecer a la familia de un brahmán indigno. Es frecuente que el hombre se esfuerce por llegar a cierta meta y que cuando lo logra haga un mal uso de las oportunidades que esto le proporciona; de aquí que un mal brahmán pueda ser uno que esté en su primera encarnación como a tal, o que haya hecho un mal uso de sus oportunidades en un nacimiento anterior. Es cierto, sólo en casos raros, que:

Quien sufrió como esclavo puede renacer como príncipe
Por valiosos méritos dócilmente adquiridos;

Quien mandó como rey puede vagar como pordiosero
Por actos efectuados y por los omitidos³.

Por regla general, los que pertenecen a las grandes masas de la clase trabajadora irán subiendo gradualmente hasta la clase burguesa y más arriba. La mayor parte del karma de un hombre se genera con personas de la clase en que él se encuentra y necesita condiciones semejantes para agotar su karma en vidas futuras. El proceso evolutivo es gradual también, por lo que respecta a la cultura y educación y por eso una transición brusca hasta una clase más baja o más elevada es, en cierto modo, parecido a una operación quirúrgica

3 *La Luz de Asia*, Libro viii.

que sólo tiene lugar en casos kármicos excepcionales. Sea como sea, la humanidad es una sola familia y el deber de la fraternidad nos corresponde a todos sin excepción.

*Los hombres han cometido muchos crímenes
en nombre del Dios del Amor, empujados por
esta pesadilla de la superstición.*

C.W.L.— Otro aspecto de la superstición consiste en que el que mayores daños causa es precisamente aquel que tiene mejores intenciones; aquel que se aferra fielmente a la letra de su ley. Un hombre verdaderamente malo y egoísta —esos hombres existen, aunque no muchos quizá— tiene por norma invariable la satisfacción de sus propios deseos. No trata de meterse con los demás, a menos que intercepten su camino; y así es como, después de todo, no hace mucho mal en el mundo. Un necio bien intencionado es mucho más peligroso, porque siempre está tratando de intervenir en los asuntos de los demás. Los misioneros, por ejemplo, suelen encontrarse en ese caso. No dudo que los misioneros europeos y americanos puedan haber hecho mucho bien en África Central entre los salvajes; pero en la India, donde cualquier trabajador de las clases inferiores sabe más que el misionero sobre la filosofía de la religión, sobre las grandes y elevadas ideas, el misionero está en una situación ridícula y fuera de lugar. Sus intenciones son buenas, pero hacen muchísimo daño. Muchas guerras han sido ocasionadas por los métodos irracionales de los misioneros: sus gobiernos se han visto precisados a intervenir para salvarlos cuando están en peligro de recibir lo que llaman el martirio. Se ha establecido ya una costumbre: primero los misioneros; luego los vendedores de brandy y ginebra y finalmente los ejércitos conquistadores. Damas inglesas y norteamericanas pobres han llegado a prescindir de cosas indispensables para su vida por dar ayuda pecuniaria a esos misioneros, creyendo que al proce-

der así lo hacen por la causa de Cristo. No tienen ni la menor idea de que miles de años antes de Cristo, la India ya tenía una religión y una filosofía muy profundas y que su dinero podría emplearse mejor en convertir a los infieles de la misma Inglaterra.

Por lo tanto, tened cuidado de que no quede en vosotros ni el más mínimo vestigio de la misma.

C.W.L.— El énfasis con que se combate la superstición demuestra con claridad que existe el peligro de que seamos supersticiosos sin darnos cuenta de ello y es por eso que debemos vigilarnos con gran cuidado. Todo problema tiene siempre por lo menos dos aspectos, y no hay nadie —ni siquiera el teósofo— que pueda percibirlo totalmente. Cuando nos hayamos unificado conscientemente con el Logos en Su propio plano, veremos todas las cosas ampliamente y diremos que nuestro criterio es correcto; pero cuando esto llegue a ocurrir nuestra visión de las cosas incluirá probablemente todas las demás, porque siempre hay un germen de verdad en todas.

Tenéis que evitar estos tres grandes crímenes, pues son fatales para todo progreso, porque pecan contra el amor.

C.W.L.— Que el amor debe gobernar nuestras vidas y vivificar todos nuestros poderes es la enseñanza especial de la línea a la que pertenece el Maestro Kuthumí. Para algunos es difícil comprender cómo los Maestros que poseen todas las cualidades más elevadas y más nobles que podamos imaginar, sin embargo, puedan tener más de una cualidad que de otras. El Maestro Morya, que representa el Primer Rayo, tiene como principal característica la voluntad y el poder y, sin embargo, sería un error suponer que tiene menos

amor y sabiduría que cualquiera de los otros Maestros. De la misma manera, sería una equivocación suponer que el Maestro Kuthumí tiene menos poder que los Maestros del Primer Rayo. Estas diferencias están más allá del simple conocimiento humano.

De la misma manera hay diferencias de nivel entre los Grandes Seres; el Bodhisattva está mucho más elevado que nuestros Maestros. Para nosotros, todos parecen tan grandes que no nos es posible establecer ninguna diferencia entre Ellos. Todos son soles de luz resplandeciente, y tampoco para nosotros parece haber diferencia entre un gran Ángel y un Devarâja; sin embargo, en el uno está todo un reino, toda una evolución por encima del otro. Es una cosa necesaria que el Logos Solar tenga mayor poder que todos aquellos que forman parte de Él, aun cuando parecería que no puede haber ningún ser que tenga más poder que Ellos. El conocimiento y el poder del Maestro son en tan gran medida superiores a los nuestros, que para nosotros todo esto resulta una deslumbrante gloria; sin embargo, la diferencia sí existe.

CAPÍTULO XXIX

SERVICIO

Pero no sólo debéis absteneros del mal; debéis ser activos para prodigar el bien. Debéis estar tan llenos del intenso deseo de servicio que estéis siempre atentos para prestarlo a vuestro alrededor —no sólo a los hombres, sino incluso a los animales y a las plantas. Debéis prestarlo en las pequeñas cosas de cada día, para que se convierta en hábito, de modo que no desperdiciéis la extraordinaria oportunidad, cuando se presente, de hacer cosas importantes.

C.W.L.— Nos exponemos a desperdiciar una oportunidad si no nos hemos formado el hábito de la vigilancia; pero si ya hemos adquirido ese hábito, no es probable que dejemos pasar muchas oportunidades, porque éste actuará automáticamente en las más extrañas circunstancias o en las mayores emergencias. Esa es la razón del prolongado y penoso entrenamiento a que se somete al soldado: no sólo para que sepa qué hacer al recibir tales o cuales órdenes, sino para que adquiriera ciertos hábitos que se conviertan en instintivos en él. En la batalla, y no sólo antiguamente sino también en la actualidad, el soldado se encontraba colocado en situaciones absolutamente imprevisibles y en condiciones que podrían hacerle perder el ánimo por valiente que fuese; unas circunstancias que excusarían que el hombre perdiera la cabeza. Pero incluso en esas emergencias el hábito se impondría en

el soldado y el hombre podría obedecer las órdenes en la forma adecuada.

Este mandato de ser activo en el bien no va dirigido a aquellos que ejercen su actividad en otros planos. Erróneamente podría interpretarse como un reproche contra las órdenes contemplativas de monjes o monjas, o contra la casta brahmánica de la India. Antiguamente se entendía que el brahmán era el guía espiritual del país, que dedicaba todo su tiempo a la práctica del ceremonial y ritual y al estudio, a la enseñanza y al consejo en beneficio de la comunidad. Los demás que se dedicaban a las tareas ordinarias y a producir dinero los proveían de sustento, porque ellos estaban dedicados al trabajo espiritual. Una idea muy parecida apoya en los países católicos a las órdenes religiosas que emplean su tiempo en rezar por los muertos. En los tiempos en que imperaban esas ideas se aceptaba que vivos y muertos formaban una sola comunidad y que el servicio que esas órdenes prestaban era mucho más valioso para la comunidad que el cosechar maíz; por eso los miembros de esas órdenes recibían limosnas para su subsistencia sin sentirse en modo alguno avergonzados por ello, y los que impartían la limosna se sentían muy honrados. Todos esos conceptos eran completamente opuestos a los de nuestros tiempos modernos; entonces, el pedir limosna para vivir no implicaba la menor vergüenza, al contrario, los que pedían limosna, y que habían hecho votos de pobreza, castidad y obediencia, constituían la parte más espiritual del pueblo. Condenar a los que vivían de esa manera es incurrir en el mismo error que el que se cometió durante la Revolución Francesa, cuando se estimaba que el escritor y el filósofo llevaban una vida holgazana e inútil y que debían dedicarse a empedrar los caminos.

Porque si anheláis ser uno con Dios, no es para vuestro propio beneficio; es porque podéis ser un

canal a través del cual Su amor pueda derramarse hasta alcanzar a vuestros semejantes. El que se encuentra en el Sendero no vive para él, sino para los demás; se ha olvidado de sí mismo para poder servirles.

C.W.L.— Toda la idea de este libro es llevar a la gente a cierta actitud. Su consideración no es, ni con mucho, la del saber, sino la de ser; es decir, vivir la vida teosófica; llenarse de amor hacia todo y de intenso deseo de colaborar en el plan evolutivo; olvidarse de uno mismo en servicio de los demás. Si habéis visto a un cirujano mientras practica una operación difícil, habréis visto a un hombre en plena e intensa actividad poniendo en marcha el máximo de su cerebro y de sus manos, y sin embargo puede estar absolutamente abstraído en el trabajo que ejecuta, como si toda su vida estuviera en las puntas de sus dedos. También en la guerra el hombre en ocasiones se olvida totalmente de sí mismo en sus esfuerzos por salvar a un compañero herido, o por llevar a cabo una acción necesaria pero peligrosa.

El Logos es omnipotente en Su sistema; derrama Sus fuerzas en todos los niveles de ese sistema. No podemos sino suponer que Él puede inundar todo el sistema con esa fuerza a cualquier nivel y en cualquier extensión que elija. Pero es un hecho que no procede así; la fuerza que en cada nivel derrama, parece ser una cantidad definida y de una clase definida solamente, de donde resulta que nosotros —chispas de Su fuego— podemos hacer ciertas cosas que la Gran Llama de la cual formamos parte no hace, a no ser por nuestro conducto ya que somos partes de Él. No queremos decir que Él no pueda hacerlo; pero sí que no lo hace, aparentemente. Está en nuestro poder armonizar nuestra voluntad con la Suya por medio de una intensa devoción para hacer descender mayores fuerzas de los planos superiores, transmutarlas

y derramarlas a nuestro alrededor. Este trabajo permanecería sin hacerse, hasta donde podemos discernir, a menos que lo hagamos; parece que Él cuenta con nuestra cooperación. Cooperación que también es Suya, porque no hay fuerza que no Le pertenezca.

En varias ocasiones me he valido del símil de un canal o tubería para describir la forma en que la fuerza del Maestro se distribuye en los planos inferiores, por un discípulo. También podríamos servirnos del símil de un transformador de electricidad: desde la estación generadora, distante tal vez cientos de millas, se envían a la estación transformadora de una ciudad grandes cantidades de energía eléctrica; donde los transformadores que la reciben con una alta tensión la convierten en enormes volúmenes de corriente a baja tensión, adaptable al alumbrado y a otros usos. De igual manera, un discípulo residente en Sidney, por ejemplo, puede recibir del Maestro, desde los Himalayas, fuerzas procedentes de los planos superiores para transformarlas en fuerzas de los planos inferiores que puedan ser distribuidas a su alrededor o enviadas para quienes se destinan.

Es así como todos los Iniciados son transformadores de fuerzas espirituales; por su conducto pueden ser derramadas en determinados niveles de acuerdo con su estado o grado. La fuerza divina nos está rodeando siempre, igual que el sol brilla constantemente. Cuando la luz solar no llega a la tierra es a causa de esta última, excepto cuando tiene lugar un eclipse solar que provoca nubes que se interponen entre ella y el sol; igualmente, el hombre propicia nubes de ignorancia y egoísmo entre él y el Logos que está irradiando una gran variedad de sus fuerzas en todos los planos. El iniciado toma una línea definida de conducta que lo posibilita para ser un mejor canal para estas fuerzas. No es que las fuerzas se vean afectadas en lo más mínimo; ellas están siempre ahí, pero

pasan sin afectarnos cuando no estamos preparados para recibirlas.

Tomemos la analogía del prana en el plano físico. Todos absorbemos prana pero, en ocasiones, cuando una persona cae enferma no está en condiciones de especializarla para su uso y pronto empieza a notar una gran falta de vitalidad. Aunque esa persona se encuentre en esas condiciones, incapacitada para especializar el prana para uso propio, sin embargo puede utilizar el que haya sido preparado por otro; otra persona de mucha vitalidad puede verterla sobre ella y proporcionarle la fuerza requerida para que recupere su condición normal. En forma parecida, el iniciado recibe muchas de las fuerzas superiores y las transforma de manera que puedan ser asimiladas fácilmente por otros. Cuanto mayor sea el número de personas que vayan alcanzando el desarrollo que permite esta clase de trabajo, mayor será la rapidez de la evolución humana en general. De la misma manera que una planta no puede absorber más que una determinada cantidad de luz solar, es imposible derramar una cantidad mayor de luz espiritual sobre cualquier persona de la que esté capacitada para recibir.

Sin embargo, no hay que considerar estos canales como meramente pasivos. Son canales vivientes.

El discípulo no permanece quieto para hacer las veces de tubería. Hay determinadas fuerzas que sí descienden por su conducto de esa manera, y el discípulo del Maestro es consciente con frecuencia de la naturaleza de las fuerzas que fluyen por él, y sabe a quien están destinadas. Pero también hay una gran cantidad de fuerzas que él puede utilizar en cualquier momento a su voluntad, y que puede enviar de uno a otro lado, según estime conveniente. Su adaptabilidad y su tacto deben así entrar en juego, y su vida estará llena de actividad positiva de esa clase. Por lo tanto, él no lleva una

vida de ciega obediencia; al contrario, siempre está ocupado mientras otros se dedican indolentemente a pensar en sí mismos.

El hombre común y corriente no puede ser utilizado de esa manera porque no está lo suficientemente desarrollado en los planos superiores y porque, aunque el Ego esté desarrollado hasta cierto punto, el hilo de conexión con la personalidad es muy delgado. El Maestro puede utilizar al discípulo porque el canal está abierto; también de ese modo el Iniciador Único utiliza a los Iniciados para la fuerza de la Jerarquía. En esos casos, el hombre ya es el Ego superior y aunque esté dedicado a las obligaciones del plano físico, en el fondo de su mente siempre subsiste el sentimiento de: “Yo soy Yo; una chispa de lo Divino; no puedo hacer algo indigno de Aquello; *noblesse oblige* [nobleza obliga].

La importancia del trabajo exige que las relaciones entre el Maestro y el discípulo no se basen nunca en el sentimiento, aunque estén llenas del más profundo afecto que se pueda conocer en el mundo. El Maestro no acepta a un hombre como discípulo porque ya lo sea algún miembro de su familia, o porque lo haya conocido en otras vidas. Tanto el Maestro como el discípulo sólo tienen en mente lo que en Egipto se llamaba ‘el trabajo oculto’; la reconstrucción del cuerpo mutilado de Osiris, la reunión de los fragmentos esparcidos. Conocen la ‘luz oculta’ que existe en todos los hombres, “la joya en el loto” por cuyo conducto pueden recibir ayuda, cuando la súplica se haga en la forma debida. Ese fue el trabajo de los Iniciados en el antiguo Egipto y el de los iniciados de hoy. Utilizan el poder que hizo los mundos, el amor de Dios, que no es personal. A nadie se le obliga a ingresar en el ocultismo; pero el que lo haga tiene que adoptar la divisa y la actitud de la Fraternidad, que es no vivir para sí mismo, sino para los demás; no para el progreso o satisfacción personales, sino para el trabajo.

Es como una pluma en la mano de Dios, a través de la cual puede fluir Su pensamiento y encontrar por sí mismo una expresión aquí abajo, lo cual sin una pluma no podría hacerse.

C.W.L.— Podría parecernos que Dios debió de haber calculado que al llegar la evolución a cierta etapa, dispondría de muchas de esas plumas a través de las cuales podría escribir; podría interpretarse que Dios Mismo —como dijo un poeta— ‘os necesita y me necesita’. Nuestra colaboración forma parte del plan. Idea grandiosa y muy lógica; de inmediato comprendemos que si hemos llegado a alcanzar un nivel de conocimiento, de amor y de poder más elevado que el de los demás, lo hemos hecho para estar en condiciones de poderlo distribuir entre todos los hombres.

Sin embargo, al mismo tiempo, también es una pluma de fuego viviente, irradiando sobre el mundo el Amor Divino que llena su corazón.

C.W.L.— Según una narración dos monjes alejandrinos tuvieron el deseo de conservarse perfectamente puros; uno de ellos se escudó con una coraza de pensamientos protectores; pero el otro estaba tan lleno del amor de Dios que lo irradiaba de sí continuamente y lo mantenía en pureza. Siempre hay dos senderos: el del ocultista que progresa trabajando en el mundo y el del místico que consiste en recluirse en sí mismo; en muchos casos, la finalidad del místico es simplemente la de unirse con Dios; pero no es correcto calificarlo de egoísta, ya que por el simple hecho de su unificación esparce una influencia poderosa. Nuestra finalidad —la del ocultista— consiste en elevarnos paso a paso a través de todos los diferentes estados, hasta que, alcanzados ciertos niveles superiores de Iniciación, podamos unificar nuestra conciencia con el Tercer Aspecto de la Deidad; luego

con el Segundo y, finalmente, con el primero. El místico se arroja en la Vida Divina en el estado de evolución en que se encuentra; pero solamente alcanza una manifestación inferior de la Vida Divina; a partir de entonces tendrá que ir ascendiendo para poder sentirse también uno en niveles más elevados.

La sabiduría que os capacita para ayudar, la voluntad que dirige la sabiduría, el amor que inspira la voluntad —ésta son vuestras cualidades. Voluntad, Sabiduría y Amor, son los tres aspectos del Logos; y vosotros, que deseáis alistaros a Su servicio, debéis ser la expresión de estos aspectos en el mundo.

C.W.L.— He aquí, hermanos míos, un hermoso final. Del mismo modo que Alcyone tuvo éxito, vosotros también podéis tenerlo.